



JOHN CHEEVER

Bullet Park

Lectulandia

Bienvenidos a Bullet Park, un universo en donde hasta sus habitantes más intachables pueden sentirse aterrorizados por el simple acto de mirarse al espejo. En ese ambiente asfixiante, John Cheever narra la azarosa intersección de las vidas de dos hombres: Eliot Nailles, un buen hombre que ama con devoción a su mujer y a su hijo, y Paul Hammer, el hijo bastardo que, tras años de rodar, se establece en Bullet Park con un objetivo: asesinar al hijo de Nailles.

He aquí una novela mordaz y punzante sobre los suburbios norteamericanos, con sus fachadas idénticas, su normalidad desesperante y, bajo una superficie impecable, el infierno que late. Una auténtica obra maestra, escrita con el lirismo y la potencia que han hecho de Cheever uno de los exponentes máximos de la literatura moderna.

Lectulandia

John Cheever

Bullet Park

ePub r1.0

Editor 24.09.14

Título original: *Bullet Park*

John Cheever, 1969

Traducción: Juan Forn

Editor digital: Editor

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Robert y Susan Cowley

Primera parte

1

Ahora imaginen una pequeña estación de ferrocarril, diez minutos antes de que oscurezca. Más allá del andén, las aguas del río Wekonsett reflejan el resplandor crepuscular. La arquitectura de la estación es extrañamente inadecuada, grave sin llegar a ser sombría, con algo de pérgola, de casa de campo o de verano, pese a que los inviernos son duros por aquí. Los faroles a lo largo del andén arden con una melancolía casi palpable. El escenario contiene en cierto modo la esencia de este asunto. Cuando viajamos, lo hacemos sobre todo en avión; sin embargo, el espíritu de nuestro país sigue siendo el de una tierra de ferrocarriles. Uno se despierta en un coche cama a las tres de la mañana, en una ciudad cuyo nombre no conoce y quizá nunca descubra. En el andén hay un hombre con un niño sobre los hombros. Parecen despedir a un viajero, pero ¿qué hace un niño despierto a esas horas, y por qué llora el hombre? Al otro lado del andén, en un vagón comedor iluminado, un camarero solitario hace sus cuentas en una de las mesas. Más allá de la plataforma se alza una torre de agua, y más allá corre una calle desierta, bien iluminada. En momentos así, uno piensa con felicidad: éste es mi país, único, vasto, misterioso. Nunca experimentamos ese sentimiento en aviones, aeropuertos o en trenes de otros países.

Ahora imaginen que llega un tren a esa estación, que un pasajero baja del tren y es recibido por un agente inmobiliario llamado Hazzard^[1], pues quién otro sería capaz de conocer la antigüedad, el valor y el estado exactos de las casas del pueblo.

—Bienvenido a Bullet Park. Ojalá le guste tanto que se quede a vivir entre nosotros —dice al recién llegado el señor Hazzard, aunque él no vive en Bullet Park. Su nombre, como el de los demás agentes inmobiliarios, decora los carteles de venta clavados a los árboles en lotes y casas vacíos, pero todas sus transacciones tienen lugar en una oficinita en el pueblo vecino.

El recién llegado dejó a su esposa en el Plaza de Nueva York, mirando televisión. La búsqueda de refugio debe ocurrir en un nivel casi primordial, ahora que los precios se han disparado y nada es exactamente lo que uno anda buscando. La pintura descascarada y los muebles que dejaron los dueños anteriores le producen al forastero el mismo efecto que la ropa y los papeles de un muerto reciente en la familia. Sabe que la casa que busca debe de haber aparecido al menos dos veces en sus sueños. Cuando todo aquello haya terminado, cuando el jardín haya florecido y los muebles hayan encontrado su lugar, los rigores del viaje habrán sido conjurados, pero en este atardecer cada una de sus migraciones palpita en sus venas.

Los habitantes de Bullet Park aparentan que no llegaron sino que fueron plantados y crecieron aquí, cosa por supuesto falsa. El desorden, los camiones de mudanzas, las hipotecas y préstamos bancarios, las lágrimas y la desesperación caracterizan la mayoría de las llegadas y partidas de Bullet Park.

—Éste es nuestro centro comercial —dice Hazzard—. Tenemos toda clase de planes de crecimiento. Y allí está Powder Hill —agrega, señalando con un gesto de la cabeza una colina iluminada a la derecha—. Hay una propiedad que me gustaría mostrarle. Piden cincuenta y siete mil. Cinco dormitorios, tres baños...

Las luces de Powder Hill parpadeaban, las chimeneas humeaban y de una soga tendida colgaba la funda de felpa rosada de una tapa de inodoro. Vista a la distancia por un adolescente fanático y vengativo que cruzara la cancha de golf, el trozo de felpa parecería el imprimátur, el estandarte por excelencia de Powder Hill, detrás del cual marchaban en zapatos apretados las legiones de quebrados de espíritu que se dedicaban a intercambiar esposas, perseguir judíos y luchar en vano contra el alcohol. Malditos sean todos, pensaría el adolescente. Malditas las luces bajo las cuales nadie lee, maldita la música constante que nadie escucha, malditos los pianos que nadie sabe tocar, malditas las casas hipotecadas hasta los caños de desagüe, malditos por saquear de peces el océano para alimentar los visones cuyas pieles se echan encima, malditas sus estanterías donde hay un solo libro: una guía de teléfonos encuadernada en brocado rosa. Maldita su hipocresía, malditos sus eufemismos, malditas sus tarjetas de crédito, malditas sus rebajas constantes del indómito espíritu humano, maldita su pulcritud, maldita su lascivia. Y malditos sobre todo por haber diluido la potencia, el hedor, el color y el ardor que dan sentido a la vida. Aullemos, aullemos, aullemos.

Pero el adolescente, como ocurre siempre con los adolescentes, estaría equivocado. Tomemos, por ejemplo, a los Wickwire^[2], frente a cuya casa (tasación: sesenta y cinco mil dólares) estaban pasando Hazzard y el forastero. Si el adolescente se propusiera atacar las normas y costumbres de Powder Hill, los Wickwire serían un blanco perfecto: eran encantadores, eran brillantes, eran incandescentes, su agenda de compromisos estaba completa desde el Día del Trabajo hasta el Día de la Independencia. Se los podía considerar una especie suprema de asistentes sociales —digamos celebrantes—, por el modo en que usaban su encanto incandescente para hacer fluidas las cosas a nivel comunidad. Entendían a la perfección que los cócteles y las cenas eran tan importantes para el bienestar comunitario como la asociación vecinal, el consejo escolar o los servicios municipales. Aunque eran una colectividad con pocos altares —cuatro, para ser precisos, y ninguno de ellos sacrificial—, les consagraban tal seriedad y dedicación como si ofrendaran en ellos un poco de su propia carne y de su propia sangre.

Los Wickwire siempre estaban cayéndose por las escaleras, tropezando con muebles de bordes filosos, metiendo el auto en alguna zanja. Llegaban a cada reunión impecablemente vestidos, pero el brazo derecho de ella estaba enyesado y él llevaba anteojos negros y ayudaba su renguera con un bastón de empuñadura de oro. Ella se había luxado el brazo en una caída; él se había quebrado la pierna durante el invierno,

y los anteojos negros ocultaban un moretón reciente, que ya había alcanzado la coloración purpúrea de una luna invernal asomando entre las nubes ante los ojos de un grupo de jóvenes anhelantes y perplejos. Sus perennes lesiones no disminuían en absoluto la brillantez social que los caracterizaba. En realidad, no había ágape en el que no hicieran gala de alguna extremidad vendada, en cabestrillo o enyesada. Su encanto y ardor como celebrantes era cosa seria.

Y el mejor momento de comprobarlo tendría lugar después de un fin de semana cualquiera, en el que hubieran almorzado y cenado fuera de casa tres días seguidos. Por ejemplo ahora: la luz matinal del lunes se posa sobre ellos mientras aún duermen. Suena el despertador, pero él lo confunde con el teléfono. Tiene los hijos en un internado, y lo primero que piensa es que uno de ellos está enfermo, o en problemas. Cuando comprende que se trata del despertador y no del teléfono, lo apaga, gruñe, apoya los pies en el piso, maldice y logra ponerse de pie. Se siente hueco, pero recién vaciado: capaz aún de recordar todos los signos vitales en sus entrañas. Ella gime y se cubre el rostro con la almohada. Él avanza por el pasillo hacia el baño sintiendo su dolorosa oquedad. Cuando se mira en el espejo suelta un grito de asco y terror. Tiene los ojos enrojecidos, el rostro surcado de grietas y el pelo como si se lo hubieran teñido de apuro. Por un instante experimenta el curioso poder de intimidarse a sí mismo. Se echa agua en la cara y se afeita. Eso agota sus energías, así que vuelve por el pasillo al dormitorio, dice que tomará el tren siguiente, se desploma en la cama y se cubre con las sábanas para darle la espalda a la mañana. Ella sigue gimiendo. Al rato se levanta de la cama, el camisón enredado en su agradable grupa. Entra en el baño pero cierra los ojos cuando pasa frente al espejo. De vuelta en la cama, se cubre el rostro con la almohada y se suma a los lamentos de él, hasta que él rueda hacia su sector y dedican veinte minutos a una sofocante sesión amorosa que los deja con un lacerante dolor de cabeza. Él ya ha perdido el tren de las 8:11, el de las 8:22 y el de las 8:30.

—Café —dice, y se levanta otra vez de la cama. Baja a la cocina y deja escapar otro grito de dolor al ver las botellas vacías sobre la mesada. Están alineadas como dioses en un santuario del remordimiento, cuya función fuera conminarlo a postrarse de rodillas y elevar una plegaria: «Oh, botellas vacías, piadosas botellas vacías, tened piedad de mí, por el amor de Jack Daniels y las bodegas Seagram».

Su transparencia —es decir, que estén vacías— las vuelve doblemente críticas. Las etiquetas —whisky, gin y bourbon— tienen la ferocidad de demonios chinos pero él sabe bien que, si intentara aplacarlas con cualquier manifestación de reverencia, serían implacables con él. Así que las arroja al tacho de la basura, aunque eso no atenúe su poderosa presencia. A continuación pone agua a hervir y, tanteando la pared como un ciego, vuelve al dormitorio, donde oye gemir a su esposa:

—Quisiera estar muerta.

—Ánimo, querida —le dice con voz ronca—, ánimo.

Saca del armario un traje limpio, una camisa, una corbata y un par de zapatos y vuelve a meterse en la cama y a cubrirse con las sábanas. Oyen el ómnibus escolar en la esquina, que toca la bocina apurando al hijo de los Marsden. Ya son casi las nueve, el jardín está inundado de luz, la semana ha iniciado su espléndida procesión. La pava silba en la cocina. Él se levanta de la cama por tercera vez, baja y prepara el café. Vuelve con una taza para cada uno. Ella sale de la cama, se lava la cara sin mirarse en el espejo y vuelve a acostarse. Él se pone los calzoncillos, y vuelve a la cama. Durante la hora siguiente se levantan y vuelven a desplomarse, van del baño a la cocina y al dormitorio, luchando por sumarse al fluir de las cosas. Finalmente él termina de vestirse y, arrasado por el vértigo, la melancolía, las náuseas y una erección intermitente, llega a su Getsemaní, el tren de las 10:48 del lunes por la mañana.

No había nada de hipócrita en las mañanas de lunes de los Wickwire, así que olvidemos al adolescente.

El recién llegado comenta que el lugar parece tranquilo, se diría que sus habitantes se hubieran refugiado tierra adentro del fragor de la vida contemporánea —fraudes, frenadas, traquetear de trenes, aullidos de dolor y de amor, martillazos, chirridos, disparos de armas de fuego—, ni siquiera se oye un niño haciendo sus ejercicios de piano en este valle de asepsia acústica. Él y Hazzard pasan frente a la casa de los Howeston (siete dormitorios, cinco baños, sesenta y cinco mil dólares) y la de los Welcher (tres dormitorios, un baño y medio, treinta y un mil dólares). El viento sopla delante de los faros del auto unas hojas amarillentas de olmo, una bolsa vacía de papas fritas, una tarjeta de crédito, facturas, cheques y cenizas. ¿Tendrá sus canciones este lugar?, se preguntará el recién llegado, y las tiene, por supuesto que las tiene. Tiene canciones para dormir niños y canciones para que los niños canten, canciones para cocinar y para desnudarse, canciones solubles y canciones devotas (Depositamos a Tus pies nuestras ofrendas), canciones de moda y hasta canciones folclóricas. El señor Elmsford (seis dormitorios, tres baños, cincuenta y tres mil dólares) desempolva su descolorido libro de salmos, que nunca pudo dominar del todo, y canta:

—Hotchkiss, Yale, un matrimonio indiferente, tres hijos, veintitrés años en la Universal Tuffa Corporation, ¿por qué entonces estoy tan decepcionado? —canta—. ¿Por qué es como si todo me hubiese dejado atrás? —Oye pasos que se acercan a su puerta antes de que inicie la segunda estrofa, pero sigue cantando—: ¿Por qué todo sabe a cenizas, por qué no hay esplendor ni promisoriedad en mis asuntos?

Los camareros vacían los ceniceros, el encargado del bar cierra con llave el gabinete de bebidas y apaga las luces, pero él sigue cantando:

—Lo intenté, lo hice lo mejor posible, ¿por qué me siento tan triste y

melancólico?

—Señor, cerramos —le dicen—, y usted es el culpable de que hayamos cerrado. También estaban los cantores optimistas.

—Bullet Park crece y crece; Bullet Park perdurará, Bullet Park progresa sin cesar, día tras día, en todo sentido...

¿Estadísticas vitales? Carecían de importancia. El índice de divorcios era bajísimo, el de suicidios, un secreto; el de accidentes de tránsito promediaba veintidós por año por culpa de una autopista que parecía haber sido trazada en el mapa por un niño con un crayón. Los inviernos eran demasiado inclementes para los cítricos y demasiado clementes para el abedul.

Entonces Hazzard detuvo el automóvil frente a una casa blanca con las ventanas iluminadas.

—Ésta es la propiedad que tenía en mente para usted —dijo—. Ojalá que ella no esté. No tiene idea de lo que es hacer una venta. Dijo que planeaba salir.

Tocó el timbre, pero la señora Heathcup en persona abrió la puerta. Parecía haber estado preparándose para salir sin demasiada convicción. Era una mujer robusta, de pelo ondulado plateado amarillento, y tenía puesta una bata. En una de sus pantuflas había una rosa de paño; en la otra, no.

—Pasen y vean —dijo con voz áspera y fatigada—. Espero que le guste lo suficiente para comprarla. Ya empieza a cansarme que me dejen manchas de barro por toda la casa y después se decidan por otra. Es una hermosa casa, y todo funciona, tendrá que aceptar mi palabra en eso, pero sé de gente que vende su casa con la instalación eléctrica en estado crítico, el pozo ciego tapado, las cañerías podridas y los techos con goteras. Nada de eso ocurre aquí. Antes de fallecer, mi esposo se encargaba de que todo estuviera impecable, y la única razón por la cual vendo es porque no tengo nada que hacer aquí, ahora que él falleció. Nada en absoluto. Las mujeres solas no tienen nada, nada que hacer en un lugar como éste. ¿Sabe cómo funcionan las tribus? Ésta funciona así: a los viudos, divorciados y solteros, se les hace saber inequívocamente que junten sus cosas y se vayan. El precio es cincuenta y siete mil. No para empezar, sino para cerrar trato. Le pusimos casi veinte mil en mejoras, y mi marido pintaba la casa todos los años, antes de fallecer. En enero pintaba la cocina. Quiero decir, los sábados, domingos y feriados. Después pasaba al comedor, al hall de entrada y al living y después subía a los dormitorios, y en enero volvía a empezar con la cocina. El día que falleció estaba pintando el comedor. Yo estaba arriba. Cuando digo falleció, no vayan a pensar que fue durmiendo. Lo oí hablar solo mientras pintaba. «No puedo soportarlo más», decía. No sé a qué se refería exactamente. Entonces salió al jardín y se pegó un tiro. Así descubrí qué clase de vecinos tenía. Puede recorrer el mundo pero en ninguna parte encontrará vecinos tan considerados como los de Bullet Park. En cuanto supieron lo que había hecho mi

esoso, vinieron a consolarme. Serían diez o doce, y nos bebimos una copa, y fueron tan considerados que por un rato olvidé lo que había sucedido. Éste es el living. Seis por diez. Hemos tenido hasta cincuenta invitados en un cóctel, y nadie sentía que hubiese demasiada gente. Si le gusta la alfombra, se la dejo a mitad de precio. Es de lana pura. Si su esposa quiere las cortinas, también podemos arreglarlo. ¿Tiene hijas? El hall de entrada es el lugar perfecto para que la novia arroje el ramo. Y éste es el comedor.

La mesa estaba puesta para doce personas, con platos de sopa, copas de vino, candelabros y un arreglo central de flores de cera.

—Siempre tengo puesta la mesa —dijo la señora Heathcup—. Hace siglos que no recibo a nadie, pero el señor Heathcup detestaba ver la mesa vacía, así que siempre la tengo puesta, en su memoria. Lo deprimían las mesas vacías. Cambio la vajilla una o dos veces por semana. Hay cuatro iglesias en el pueblo. Seguramente ya ha oído hablar del Gorey Brook Country Club. Tiene una cancha de golf de dieciocho hoyos diseñada por Pete Ellison, cuatro canchas de tenis y piscina. Espero que no sea judío; en eso son muy rigurosos. Yo no tengo piscina, y francamente es un déficit: cuando la gente empieza a hablar de productos químicos para mantener el agua limpia, una queda fuera de la conversación. Una vez encargué un presupuesto; si quiere, puede mandar hacer una en el jardín por ocho mil. El mantenimiento cuesta unos veinticinco por semana, más cien para acondicionarla al principio y al fin de la temporada. Como le dije, los vecinos son maravillosos, aunque lleva su tiempo conocerlos. Por ejemplo Harry Plutarch, que vive enfrente: tal vez le parezca un poco excéntrico, hasta que sepa su historia. Su esposa huyó con Howie Jones. Una mañana llamó un camión de mudanzas y se llevó todo, salvo una silla, una cama de una plaza y una jaula con un loro. Cuando él volvió de trabajar, encontró la casa vacía, y desde entonces vive allí solo, con esa silla, esa cama y el loro. Aquí tiene un diario local. Le permitirá darse una idea de Bullet Park...

A medida que la señora Heathcup hacía correr el agua de los inodoros y abría y cerraba puertas, el forastero, que se llamaba Paul Hammer, sintió que iba perdiendo interés en la casa hasta que lo invadió una especie de melancolía. Pero no podía negar que aquella trágica y luminosa residencia tenía todas las comodidades, y en general uno vivía en lugares que ofrecieran esas anónimas comodidades. Estaba el fantasma del pobre Heathcup, claro, pero toda casa tiene su fantasma.

—Creo que es lo que necesitamos —dijo—. Mañana traeré a la señora Hammer y ella decidirá.

Hazard lo llevo en su auto a la estación. Las salas de espera de las estaciones suburbanas no suelen caracterizarse por su confort, pero ésta parecía literalmente vandalizada. Los vidrios rotos dejaban entrar el viento nocturno. Alguien había aplastado el reloj de pared, sus agujas habían desaparecido. Muchos años antes, el

arquitecto había intentado dotar al edificio del aire sensual y romántico que tienen los viajes, pero todas esas delicadezas habían sido arrasadas, saqueadas, destrozadas. Hammer se sintió como en una ruina de guerra. Abrió el diario y leyó:

«El Lithgow Club realizó su cena anual el pasado jueves en el restaurant Harvey. La velada comenzó con un desfile de moda —esposas de socios—, seguido de una demostración de hula-hula ofrecida por la señora Atkinson, acompañada por su esposo al ukelele...»

«Diecisiete debutantes fueron presentadas en sociedad, en la velada del Carey Brook Country Club...»

«El señor Lewis Harwich murió quemado anoche, cuando le estalló en las manos una lata de solvente mientras encendía el fuego para un asado en el jardín de su casa, en Redburn Street...»

«Se prevé un aumento de los impuestos escolares...»

Subió al tren de las 19:14.

Sagrada Comunión. Domingo de Sexagésima. Nailles oyó un grillo en la sacristía y un tamborileo metálico por los desagües de lluvia, mientras rezaba sus plegarias. Su concepción del calendario religioso estaba más asociada al clima que a las revelaciones de los Santos Evangelios. San Pablo significaba tormentas de nieve. San Mateo, el deshielo. Para las bodas de Caná y la purificación de los leprosos, la caldera del sótano de la iglesia seguía encendida, pero ya debían abrirse los ventiletas de los vitrales para que entrara un poco de áspero aire primaveral. Abstenerse de fornicar. Honrar el receptáculo que nos fue conferido. Jesús se alejaba de la costa de Tiro y Sidón cuando terminaba la temporada de esquí. Para la Crucifixión, un trineo abandonado en un lecho de violetas iba cubriéndose con los primeros brotes florales. En Pascua aparecían las primeras truchas por el río. Para Pentecostés y el milagro de las lenguas ya se podía nadar. San Jorge y las Revelaciones anunciaban los primeros calores del verano, las rosas trepadoras ya llegaban hasta el marco de las ventanas y una abeja extraviada entraba y salía zumbando de la casa de Dios. La Santísima Trinidad traía sequía y calor insufribles. La parábola del Buen Samaritano proclamaba el cambio de estación, cuando los tenues sonidos nocturnos en el jardín comenzaban a adquirir una aspereza metálica. La carne tentaba al espíritu con su lascivia en el humo de las primeras fogatas de otoño y la Resurrección de los Muertos. Poco después llegaban San Andrés y las primeras nieves de Adviento.

Esta dualidad mental de Nailles durante el oficio religioso había comenzado de niño, cuando dedicaba la mayor parte del tiempo que pasaba en la iglesia a examinar las formas apesadas en las vetas de los bancos de roble. Bajo cierta luz y determinado estado de ánimo las figuras se volvían bastante inteligibles. En la tercera fila a la derecha había una carga de jinetes mongoles. En el banco siguiente, junto a la pila de agua bendita, alcanzaba a ver un ancho espejo de agua, con una península y un faro. En la misma fila, al otro lado del pasillo, se enfrentaban dos batallones de hombres armados, y por el siguiente corría un rebaño de ganado. Esa falta de concentración no inquietaba a Nailles. No pretendía librarse de su carne ni de su memoria en el atrio; sus pensamientos conservaban un viso de objetividad incluso dentro de la iglesia, y esa mañana de invierno advirtió que la señora Trencham estaba desplegando su ya característica competitividad devocional. La señora Trencham era una conversa reciente —había sido unitarista— y estaba más que orgullosa de su dominio del ritual. Era una mujer belicosa: en cuanto oía los pasos del sacerdote en la sacristía, ya se ponía de pie, y disparaba sus *amén* y *ruega por nosotros* con voz grave y resonante, siempre un segundo adelantada al resto de la congregación, como si estuviera en una carrera de obstáculos eclesiástica. Sus genuflexiones eran profundas, sus confesiones eran de lo más puntillosas, y si tenía rivales, como a veces

ocurría, se persignaba cuantas veces hiciera falta, como prueba de la superioridad de su fervor. La señora Trencham era invencible.

Había crisantemos en el altar y el lienzo era púrpura. Sólo estaban encendidas las dos velas que simbolizaban la carne y el espíritu. Charlie Stuart avanzó hasta uno de los bancos delanteros. Algo en su aspecto desconcertó a Nailles. El traje le quedaba grande. Seguramente había adelgazado, ¿pero cuánto? Veinte, veinticinco kilos por lo menos. La holgura del saco le daba un aire consumido, decrepito. Cáncer, pensó Nailles. Pero las esposas de ambos eran buenas amigas; si se tratara de eso, él ya se habría enterado. Las certezas y rumores acerca del cáncer corrían como el viento por el vecindario. La visión de su agobiado amigo suscitó en Nailles pensamientos sombríos sobre el misterio de la enfermedad y de la muerte. Pensar en la muerte le recordó que el padre de Charlie había muerto unos meses antes en un accidente aéreo en Sudamérica, y eso lo llevó a la reconfortante conclusión de que Charlie estaba usando los trajes de su padre. ¡Qué sencillo era todo! Nailles celebró íntimamente ese triunfo del sentido práctico sobre la muerte. Entonces entraron los forasteros.

La fila de hombres y mujeres que esperaban para comulgar era sólo de conocidos. Rara vez aparecían nuevos feligreses, y eso legitimó la curiosidad de Nailles. Ambos andarían cerca de los cuarenta —la cabellera de él era de color castaño, sin canas—, los dos parecían saludables practicantes de la monogamia heterosexual. Cuando ella se arrodilló frente al altar, fue casi una reverencia. Él se limitó a dirigir un solemne gesto de asentimiento a la cruz. Cuando llegaron a la frase sobre la Virgen María en el Credo, ella volvió a hacer una genuflexión, él permaneció erguido. Se notaba que ella había sido muy hermosa, y probablemente nunca perdería la autoridad que de joven le había conferido esa certeza. Él tenía un rostro áspero y despierto. De no ser por esa vivacidad, habría parecido vulgar. Ambos contestaban las oraciones del sacerdote con voz nítida.

Ella era una de esas mujeres que parecen reverdecer en estado de santo matrimonio. El remordimiento no había dejado una sola huella en su rostro. Sin duda descollaba en todas sus facetas: a la hora de ser ardiente, sensata, astuta o cariñosa. El matrimonio parecía inventado para mujeres como ella; y seguramente las mujeres como ella habían tenido algo que ver en su invención. Alguien menos gentil que Nailles podría haber visto en el hombre a uno de esos fulanos que, en la cumbre de su perfección, son desenmascarados por rapiñar dos millones de dólares de los fondos que le fueron confiados, para solventar sus salvajes apetitos sexuales contranatura. Esa misma persona habría visto en la mujer a un ser hastiado y vengativo, una bebedora secreta de jerez que soñaba cada noche que era desflorada por un harén masculino. Pero a los ojos de Nailles, en esa mañana lluviosa, ambos parecían invencibles. Su honor, su pasión y su inteligencia eran auténticos. Sus vidas no carecerían de peligros, pero seguramente sometían sus triunfos y decepciones a un

inalterable sentido común.

Luego de darles fraternalmente la paz, el sacerdote abandonó el altar murmurando para sí una plegaria camino a la sacristía. Para Nailles, el sonido de toda plegaria murmurada poseía una antigüedad orgánica, que llegaba a sus oídos como el rumor de una rompiente. El monaguillo apagó las velas de la carne y del espíritu. Nailles terminó de rezar y salió por el pasillo central detrás de los forasteros.

—Somos los Hammer —estaba diciendo el forastero al sacerdote.

A Nailles no le hizo mucha gracia, sabiendo de antemano que a casi todas sus amistades les resultaría cómico. Cuántos centenares de cócteles tendrían que soportar uno al lado del otro los Hammer y los Nailles^[3]. No se consideraba supersticioso, pero creía en el misterioso poder de la nomenclatura. Por ejemplo, creía que las personas llamadas John y Mary nunca se divorciaban. Para bien o para mal, en la locura y en la cordura parecían unidos para siempre por la sencillez de sus nombres. Podían odiarse y despreciarse, podían pelearse, lastimarse y arruinarse la vida, pero no tenían derecho a divorciarse. Tom, Dick y Harry podían ir a Reno sin pensarlo dos veces, pero sólo la muerte podía separar a John y Mary. Y cuánto peor podía llegar a ser Hammer y Nailles.

—Bienvenidos a la Iglesia de Cristo —dijo el cura—. Bienvenidos a Bullet Park. El padre Frisbee me escribió acerca de ustedes.

Seguramente el padre Frisbee no había mencionado las finanzas del matrimonio, pero al padre Ransome le bastó un vistazo para calcular que dejarían en las arcas de la iglesia por lo menos quinientos al año, aunque ya había sufrido varias decepciones con anterioridad. Por ejemplo, los Follansbee, que tenían sus propios caballos e iban a Europa todos los veranos, apenas soltaban un dólar en la bandeja cuando acudían a la iglesia, y eso las raras veces que iban, aunque seguramente alegaban haber destinado mil dólares en donaciones a la iglesia en su declaración de impuestos. Ver para creer.

—Señor y señora Hammer —dijo el sacerdote—, permítanme presentarles a su vecino, el señor Nailles.

Y soltó una risita.

La mirada que cruzaron ambos fue de curiosidad no exenta de encono. Era evidente que el forastero estaba previendo el indeseado vínculo que determinarían sus apellidos en una comunidad tan pequeña como ésa. Nailles, que detestaba la genealogía, los linajes y todo rastreo ocioso en el esplendor de los tiempos idos, transgredió todas sus convicciones al respecto cuando se oyó decir:

—Éramos de Noailles cuando mi familia llegó a Norteamérica.

—A mí nunca me interesó la historia de mi apellido —dijo el forastero.

Quizá fue grosero adrede. Porque, acto seguido, tomó a su esposa del brazo y salió de la iglesia.

—A propósito —dijo el cura—, ¿qué pasa con Tony, que no está viniendo a las clases de confirmación?

—Lo pusieron en el equipo de básquet —dijo Nailles en voz alta, para que los Hammer alcanzaran a oír—. Es el único de su división en el equipo, y detestaría pedirle que abandone.

—Comprendo —dijo el padre Ransome—. El obispo vendrá en la primavera a confirmar a los chicos, pero supongo que para entonces Tony estará en plena temporada de béisbol.

—Me temo que tiene razón —dijo Nailles, y dejó pasar a la señora Trencham, que insinuó una reverencia en dirección al cura y probablemente le habría besado el anillo si el padre Ransome hubiese tenido uno.

Mientras se alejaba de la iglesia en su auto, Nailles encendió el limpiaparabrisas, pese a que ya no llovía. El motivo de ese acto gratuito era que, en la época a la que me refiero, la sociedad había alcanzado tal nomadismo y automatización que se estableció un método para comunicarse mediante el uso de los faros delanteros, balizas, luces de freno, guiños y limpiaparabrisas. El diario de la tarde definía los temas a tratar y las claves correspondientes: ahorcar al asesino de niños (faros delanteros); bajar el impuesto a las ganancias (luces de freno); disolver la policía secreta (balizas). El obispo había sugerido a los fieles que encendieran los limpiaparabrisas para transmitir su fe en la resurrección de la carne y la vida perdurable. Nailles pasó por un sector del pueblo cuyas casas se levantaban sobre lotes de media hectárea o un cuarto de hectárea. Todas las casas eran blancas. La suya quedaba en el otro extremo del pueblo y tenía un lote de hectárea y media. En el límite de su propiedad había un cartel que decía: «Prohibido arrojar basura. Multa: 50 dólares. Todos los infractores serán sancionados». Al pie del cartel yacían los restos de un chasis de auto, tres osamentas de televisores y un colchón despanzurrado. Cuatro o cinco veces al año, Nailles encontraba en ese rincón de su propiedad un surtido de heladeras y televisores rotos, autos chocados e inidentificables, y siempre, siempre, aquellos colchones desgarrados, manchados en forma tan humanamente obscena. Un empleado municipal le había explicado que el costo de transportar los desechos a un lugar autorizado superaba el valor de los objetos abandonados. Era más fácil ir de la ciudad a Bullet Park y arrojar ahí los residuos que conseguir un profesional que se ocupase del traslado. Jamás se había apresado o sancionado a un infractor. Era un problema meramente emocional para Nailles: a su esposa le bastaba un llamado para que un camión pasara a retirar los objetos a la mañana siguiente. Pero la ira al ver desfigurada su propiedad y la desazón por la raza humana que le producían esos íntimos desechos domésticos lo perturbaban profundamente.

La casa de Nailles (blanca) era una de esas construcciones rectilíneas de estilo colonial, con columnas a ambos lados de la puerta principal y una distribución

interior tan poco original que, si uno se paraba en el hall de entrada, frente a la curva que describía la escalera, podía adivinar la ubicación de cada pieza de mobiliario de la casa, desde la cama matrimonial en la habitación principal, cuyas ventanas miraban al nordeste, pasando por la barra con taburetes de la antecocina hasta el lavarropas en el sótano. Al entrar, Nailles fue recibido por una vieja perra setter de pelo rojizo llamada Tessie, a la que había entrenado para que lo acompañara a cazar doce años antes. Tessie se estaba quedando sorda, y cada vez que se cerraba la puerta de alambre tejido de la cocina, creía que era un estampido de escopeta y salía disparada al jardín en busca de la pieza derribada por su amo.

El hocico de Tessie, su vello púbico y las almohadillas de sus patas habían encanecido y ya le costaba encarar las escaleras. Nailles a veces la llevaba alzada cuando subía a acostarse. A veces la perra gemía de dolor. Los gemidos eran lamentables, seniles, y constituían las únicas manifestaciones de dolor en voz alta que se habían oído en la casa desde el día en que Nailles la compró. Nailles le hablaba a la vieja perra con una familiaridad que podía sonar tonta. Le decía buen día, le preguntaba cómo había dormido. Cuando examinaba el barómetro y echaba un vistazo al cielo le pedía su opinión acerca del tiempo. Le ofrecía pedazos de sus tostadas, le comentaba los editoriales del *Times* y, cuando partía rumbo a la estación a tomar su tren, le deseaba como un buen padre que tuviera una buena jornada. Por la noche, cuando regresaba, le ofrecía galletitas o maníes mientras se servía una copa, y a menudo encendía un fuego en la chimenea, más para complacerla que por otros motivos. Había decidido que, si llegaba el momento de sacrificarla, la llevaría detrás del rosal y le dispararía él mismo. Con la vejez, la perra empezó a padecer dos temores: a las alturas y a las tormentas. Cuando estallaba el primer relámpago, corría hasta donde estaba su amo y permanecía echada a sus pies hasta que la violencia climática seguía su rumbo hacia otro condado. Nailles aún salía de caza con ella en otoño.

Su esposa Nellie estaba friendo tocino en la cocina. Nailles la besó y la abrazó. Nailles amaba con todo su corazón a Nellie. Si tenía un destino manifiesto en la tierra, era amar a Nellie. Si ella muriera, él se inmolaría en su pira funeraria, aunque jamás se le había ocurrido la idea de que Nellie pudiera morir. La consideraba inmortal. La intensidad de su monogamia, su absoluta convicción en la santidad del matrimonio, eran consideradas morbosas y hasta aberrantes por un número sorprendente de sus conocidos. Muchas mujeres se le habían insinuado a Nailles en el curso de su vida, pero cada vez que lo atacaba una ardiente divorciada, viuda o esposa insatisfecha, su miembro viril manifestaba un doloroso desinterés, como exhortándolo a volver a casa. Era un órgano domesticado, amante de la cocina casera, el fuego en la chimenea y los muslos de Nellie. De haber tenido algún talento para ello, habría dedicado un poema a los muslos de Nellie. La idea había pasado por su

cabeza. Le hubiera gustado sinceramente conmemorar así su amor espiritual y carnal. El paisaje que contemplaba al levantar el camión de su esposa embotaba su mente. Qué belleza; qué increíble belleza. Allí estaba la clave de su amor al mundo visible.

Desayunaron en el comedor. Nailles se asomó después por la escalera y gritó a su hijo:

—Tony, el desayuno está listo.

—Querido, no está en casa —dijo Nellie—. Está en lo de los Pendleton. Tú mismo lo llevaste, cuando fuiste a la iglesia.

—Sí, claro —dijo Nailles, pero parecía desconcertado.

Le costaba asimilar que el muchacho pudiera entrar y salir libremente de la casa, de la órbita de sus afectos. Sabiendo que Tony no estaba, habiéndolo llevado él mismo al aeropuerto para que abordara un avión, en cuanto volvía a casa lo buscaba por el jardín. El amor que sentía Nailles por su esposa y su único hijo era como un manto líquido que los recubría, preservaba y mantenía aislados pero visibles, como los trozos de fruta dentro de una gelatina.

Sentados a la mesa con el desayuno, Nailles sintió que su matrimonio era tan unidimensional como las historietas del diario. ¿Pero por qué? Acaso no tenían su intensidad erótica, sus recuerdos y anhelos, sus raptos de melancolía y entusiasmo. Nailles suspiró. Pensó en su madre, internada en una residencia geriátrica en el otro extremo del pueblo. Nailles la visitaba todos los domingos, y ahora recordó con incomodidad la visita realizada una semana antes.

La residencia era uno de esos lugares amplios de ambientes enormes, ideales para las funerarias, que se habían vuelto obsoletos con la extinción de la servidumbre. El vestíbulo tenía una araña de caireles y piso de mármol, pero todos los muebles parecían heredados de porches venidos a menos, y las polvorientas flores sobre la mesa de entrada eran artificiales. El director de la residencia era sueco, y sin duda se trataba de un sueco próspero, porque su tarifa mínima era de ciento cincuenta dólares semanales; pero el tipo no gastaba su dinero en ropa. Tenía los pantalones lustrosos y un saco de lana deformado por el uso. Hablaba sin acento, pero con agradable cadencia escandinava.

—El doctor Powers estuvo ayer —canturreó—, pero no hay novedades. La presión sanguínea se mantiene en diecisiete. El corazón sigue afectado, pero conserva su vitalidad. Mantendremos la dosis de veintidós centímetros cúbicos de PLM seis veces por día, y los anticoagulantes de costumbre.

El director carecía de formación médica, pero apelaba a la jerga con el mismo desparpajo con que un soldado novato abusa de la nomenclatura militar.

—El peluquero vino el miércoles —continuó—, pero no permití que le acicalase el pelo. Tal como usted me pidió.

—Mi madre nunca se tiñó el pelo —dijo Nailles.

—Sí, lo sé —dijo el director—, pero la mayoría de nuestros clientes prefiere que sus madres luzcan bien. Yo las considero mis muñecas —dijo, y en su voz había auténtica ternura—. Parecen personas, y sin embargo, no lo son realmente. —Nailles se preguntó si el director había jugado con muñecas. De no ser así ¿cómo se le podía ocurrir semejante comparación?—. Las vestimos, las desvestimos, las peinamos, conversamos con ellas, pero por cierto no pueden contestarnos. Por eso las considero mis muñecas.

—Me gustaría verla —dijo Nailles.

—Desde luego.

El director lo acompañó por las escaleras de mármol y abrió él mismo la puerta de la habitación de la madre de Nailles. Era un dormitorio pequeño, con una sola ventana. Habría sido un cuarto para niños en una casa de familia.

—El jueves pasado habló —dijo el director—. La enfermera estaba dándole de comer, cuando ella dijo: «Vivo en un agujero». Por supuesto, su dicción es confusa. Los dejaré solos.

Cuando se cerro la puerta, Nailles dijo:

—Mamá, mamá...

Tenía ralos los cabellos blancos. La dentadura estaba en un vaso sobre la mesa junto a la cama. Respiraba con levedad y su mano izquierda iba y venía sobre la manta. Nailles había rogado al médico que la dejase morir, pero el médico le contestó que su responsabilidad era salvar vidas. Inerte, indiferente, la figura demacrada aún ejercía un inmenso efecto emotivo en él. Había sido siempre una buena mujer: generosa, decente, cariñosa. Verla tan cruelmente abatida, tan cerca de la muerte, desafiaba la confianza de Nailles en la armonía de las cosas. Toda aquella bondad hubiera merecido un final más gentil. Nailles interpretaba literalmente los efectos letales del pecado. Para él, los perversos eran seres enfermos y los buenos eran sanos; pero el cuerpo inerte de su madre reducía a la ingenuidad esa concepción de la vida. La mano volvió a moverse sobre la manta, y Nailles advirtió que llevaba puestos los anillos de diamantes. Alguna enfermera que jugaba a las muñecas se los habría deslizado en los dedos.

—Mamá —rogó—, ¿puedo hacer algo por ti? ¿Quieres que Tony venga a visitarte? ¿Quieres ver a Nellie?

Pero estaba hablando para sí mismo.

Nailles pensó entonces en su padre. El viejo había sido buen tirador, un pescador afortunado, un bebedor insaciable y un animador perpetuo de toda velada nocturna. Nailles recordaba aún su regreso de la universidad cuando estaba en primer año. Había traído consigo a su compañero de cuarto. Lo admiraba, y se lo presentó con orgullo a su padre en la estación de tren, pero el viejo fulminó al muchacho con una mirada de desprecio, y con un seco movimiento de cabeza manifestó el increíble mal

gusto de su hijo para elegir amistades. Nailles había creído que irían a casa a cenar, pero su padre los llevó a un hotel, donde tocaba una orquesta y se bailaba. Cuando pidió la cena, Nailles vio que su padre ya estaba borracho. Bromeaba con la camarera, trató de palmearle el trasero y volcó el agua. Cuando la orquesta comenzó a tocar *I'm Forever Blowing Bubbles*, se levantó de la mesa, se abrió paso entre los que bailaban, arrebató la batuta al director y se puso a dirigir la orquesta. Todos los comensales del restaurante se divertieron, pero si Nailles hubiese tenido una pistola habría matado a su padre por la espalda.

El viejo sacudía su blanca cabellera, agitaba los brazos exigiendo fortísimos y pianísimos; en suma, ofreció una interpretación hilarante de un director de orquesta. Fue uno de sus numeritos más festejados. Los miembros de la orquesta se reían, el director se reía, las camareras bajaron sus bandejas para disfrutar el espectáculo mientras Nailles se hundía cada vez más en un abismo de vergüenza y sufrimiento. Podía abandonar el restaurante y volver en taxi a casa, pero eso sólo empeoraría la relación ya bastante delicada entre él y su padre. Así que se disculpó y fue al baño, donde permaneció con la cabeza gacha frente a uno de los lavatorios, único modo de expresar su desdicha. Cuando volvió a la mesa, la actuación había concluido y su padre seguía pidiendo copas. Finalmente comieron algo y, en el taxi, de regreso a casa, su padre se hundió en el sopor alcohólico. Nailles lo ayudó a subir los escalones de entrada, agradecido de poder representar al menos esa parte del papel de hijo. Deseaba ardientemente amar a su padre, pero ésas eran las únicas oportunidades filiales que tenía. Su padre subió al dormitorio y Nailles se topó con la sonrisa débil, dolorida y cómplice de su madre.

En una de las dos sillas junto a la cama de su madre había una almohada adicional. Le hubiera bastado dar un paso, tomarla entre sus manos y apretarla firmemente sobre el rostro de ella para acabar con su sufrimiento. Dio el paso, alzó la almohada y regresó a su lugar, pero qué habría pasado si ella, a pesar de su espectral inconsciencia, se hubiera aferrado instintiva y tenazmente a lo que le quedaba de vida; qué habría pasado si hubiera recuperado la conciencia el tiempo suficiente como para ver que su hijo era un matricida. Tales eran los recuerdos de Nailles mientras desayunaba.

Nellie no era la clase de ama de casa que recibía a su marido con un beso de lengua sin darle tiempo a colgar el sombrero siquiera. Era la corrección personificada. Esa mañana tenía puesto un camisón de encaje y olía a claveles. Era una mujer frágil, de cabello rojizo, cuya labor comunitaria, arreglos florales, y preceptos morales habrían ofrecido excelente materia prima para un monólogo de cabaret. Le interesaban las artes. Había pintado ella misma los tres cuadros del comedor. Las telas venían impresas con un laberinto de líneas azuladas, como un mapa geodésico. Cada sector del lienzo estaba numerado —uno para el amarillo, dos

para el verde, y así sucesivamente—; siguiendo con cuidado las instrucciones ella había podido recrear, en la anónima tela, la profundidad y el brillo de una tarde otoñal en Vermont y el retrato que había hecho Gainsborough de las hijas del mayor Gillespie. Ella sabía que el resultado era un poco ordinario, pero igual le gustaban. Poco antes, llevada por una auténtica curiosidad y afán de estar informada, se había anotado en un curso sobre teatro moderno. Una de las tareas que le habían dado había sido ir a Nueva York y escribir sus impresiones acerca de una obra en cartel en el Village. Había planeado ir con una amiga pero le falló a último momento, así que Nellie fue sola.

La obra se representaba en un loft, con escaso público. El aire olía a rancio. Cerca del final del primer acto, uno de los actores se sacó los zapatos, la camisa, los pantalones y, de espaldas al público, los calzoncillos. Nellie no podía creer lo que veía. Abandonar la sala en señal de protesta, como hubiese hecho su madre, habría sido como rechazar la realidad de la vida. Y ella quería ser una mujer moderna, poder lidiar con el mundo. Ya desnudo, el actor se volvió lentamente, bostezando y desperezándose con toda naturalidad. Todo era muy real y vívido, pero una violenta sucesión de yuxtaposiciones entre su idea del decoro y su excitación la sumieron en un paroxismo emocional que la dejó transpirando. Si éstos eran los simples hechos de la vida, ¿por qué sus ojos estaban fijos en el espeso cepillo púbico del cual colgaba, como una flor marchita, el tallo principal? Las luces se atenuaron. Los actores permanecieron vestidos el resto de la obra, pero Nellie no recuperó la calma. Cuando salió del teatro, llovía. Cruzó Washington Square para tomar un ómnibus hacia Grand Central. Algunos estudiantes de la universidad daban vueltas alrededor de la fuente, llevando carteles en los que habían escrito Culear, Pija, Concha. ¿Había enloquecido? Contempló la procesión hasta que desapareció de su vista. El último cartel que alcanzó a ver decía Mierda. Se sentía débil. Al subir al ómnibus miró con cierta desesperación a los pasajeros, buscando gente como ella, madres y esposas honestas, mujeres orgullosas de su hogar, de su jardín, de sus arreglos florales, de su cocina. Dos jóvenes que ocupaban el asiento frente a ella se estaban riendo. Uno de ellos pasó el brazo por los hombros del otro y le besó la oreja. ¿Debía golpearlos con su paraguas? En la parada siguiente, aquello que tanto anhelaba —una mujer honesta— se sentó en el asiento contiguo al de ella. Nellie sonrió a la desconocida, que retribuyó la sonrisa y comentó fatigada:

—He estado buscando cretona inglesa por todas partes, pero me temo que no hay ni un metro en toda la ciudad de Nueva York. Tengo toda clase de cosas inglesas en casa, y los estampados que están de moda no armonizan en absoluto con mi estilo de decoración, pero es lo único que se consigue. Seguramente debe de haber buena cretona inglesa en alguna parte, pero no he podido encontrarla. La que tengo en casa es muy hermosa, pero ya está un poco gastada. Tiene un estampado de flores de lis

sobre fondo azul. Mire, aquí tengo un pedazo. —Abrió su bolso y extrajo de él un trozo de tela azulada.

Esa conversación era justo lo que Nellie necesitaba, pero mientras la desconocida seguía hablando de estampados, las palabras garabateadas en aquellos carteles — Culear, Pija, Concha— ardían en su pecho con persistente incandescencia, y no lograba borrar de su mente la pelambre púbica del actor y su tallo marchito. Se sentía incapaz de volver a casa. Para entonces, la desconocida había comenzado a describir sus muebles, y Nellie pasó del tedio a la irritación. Qué despreciable podía ser una vida regida por alfombras y sillones, la virtud encarnada en la cretona y el mal representado por las telas de moda. Su vecina de asiento le resultaba más despreciable que esos jóvenes que se prodigaban cariño frente a ella y que los necios estudiantes allá afuera. Se sintió como si hubiera vislumbrado una revolución erótica que la había dejado estupefacta, y que también había mutilado su entusiasmo por los arreglos florales. Se internó en Grand Central Station bajo la lluvia, pasó frente a varios puestos de revistas que parecían especializarse en fotografías de hombres desnudos. Subir al tren fue un paso en la dirección apropiada. Estaba volviendo a casa, en una hora sería capaz de cerrar su puerta a aquella desconcertante tarde de lluvia. Volvería a ser ella misma, la esposa de Eliot Nailles, la honesta, concienzuda, inteligente, casta Nellie Nailles. Pero si su compostura dependía de las puertas que mantuviese cerradas, ¿no era una compostura despreciable? Despreciable o no, a medida que el tren avanzaba, Nellie fue sintiendo los primeros síntomas de restablecimiento. Cuando bajó del tren en su estación y recorrió el estacionamiento rumbo a su auto, ya había logrado retornar a sí misma. Condujo el auto hasta su casa, abrió la puerta principal. La cocinera estaba salteando unos hongos en manteca, el aroma llegaba hasta el living.

—¿Lo pasó bien? —preguntó la cocinera.

—Sí, gracias. Muy bien. Fue una pena que lloviese, pero necesitamos que llueva para que se llene la represa, ¿no es verdad?

Le exasperó la absoluta artificialidad de sus sentimientos, pero ¿cuánto podía una acercarse a la verdad? ¿Podía decir *mierda* a la cocinera o describir lo que había visto en escena? Subió las escaleras en dirección a su placentero dormitorio y se dio un placentero baño; pero no logró librarse de la sensación de que su único modo de comprender el mundo se basaba en la falsedad, el aislamiento, la exclusión y la ceguera. No mencionó su experiencia a Nailles.

Después del desayuno, Nailles subió las escaleras en dirección al dormitorio de su hijo. La noche anterior había tenido una charla con él, cuando volvió con su esposa de un cóctel y encontraron al adolescente leyendo en el living.

—¿Qué tal lo pasaron? —había preguntado Tony.

—Estuvo bien.

—¿Quieres una última copa antes de acostarte?

—Por qué no. ¿Te traigo una cerveza?

—Sí. Yo me encargo.

—Déjame a mí —dijo Nailles, no con severidad pero sin admitir réplica.

No le gustaba que un joven de la edad de su hijo se ocupase de los tragos. Algunos de sus amigos y vecinos permitían que sus hijos prepararan y sirviesen las bebidas. A juicio de Nailles, no sólo era impropio sino también ineficaz. Los adolescentes por lo general erraban las proporciones de las bebidas, y al hacer esa clase de cosas perdían cierta inocencia. Volvió con la cerveza y el whisky y se sentó, absorto en sus pensamientos, con la mirada perdida en la alfombra. Entre los dos hombres que se disponían a hablar pero aún guardaban silencio podía palpase esa atmósfera sagrada que es la esencia del amor.

Nailles describió la fiesta para beneficio de Tony, que conocía a la mayoría de los invitados. El muchacho se preguntaba si su madre se habría dormido ya y si le ahorrarían esa noche las demandas carnales, las voces de estímulo, clamor y gozo que tan a menudo oía desde el dormitorio de sus padres. Esperaba que su madre se hubiese dormido antes de que su padre subiera a acostarse. Se podía respirar en el aire que tanto Tony como Nailles tenían conciencia de la situación, aunque prefirieran seguir representando los papeles que se les habían asignado, de padre e hijo. Lo que Nailles sentía por su hijo era decididamente amor, y si hubiera sido más demostrativo, si estuviera en otro país, habría abrazado a su hijo para demostrarle su amor. Pero Nailles no era así. Así que encendió un cigarrillo y tosió. Una tos trasnochada, con flema, que lo sacudió sin misericordia y le congestionó el rostro. Esa tos expresaba, más que ninguna otra cosa, la diferencia de edades. Tony se preguntó por qué no dejaba de fumar. Si dejara de fumar tal vez dejaría de toser así. Esos accesos de tos, que tenían el efecto de mostrarlo momentáneamente débil, eran para el muchacho un recordatorio nada sentimental de las realidades de la enfermedad, la vejez y la muerte. Pero su padre, pensó con orgullo, parecía más joven que lo que correspondía a su edad; más joven que el padre de Don Waltham, o el de Henry Pastor o el de Herbert Matson. No se destacaba en ningún deporte, pero podía salir bien parado de un partido informal de fútbol o de hockey sobre hielo, o bajar por las pistas de esquí de mediana dificultad. Tenía cuarenta y dos años. Una época de la vida desconcertante, a juicio de Tony, inquietante y venerable a la vez. La idea de que su padre hubiera vivido tanto tiempo lo excitaba del mismo modo que un arqueólogo se excita ante una reliquia sumeria o escita. Pero cuando le miraba el cabello aún abundante, sin una cana, y el rostro con algunas arrugas pero sin hinchazón, cuando contemplaba ese cuerpo aún en forma, sin barriga, pensaba que había algo inusual en su padre, y le complacía decirse que él mismo heredaría esa peculiaridad: sería el hijo inusual de un padre inusual, al que se le ahorrarían la vulgaridad de las canas, la

calvicie, la obesidad y la miserias de la vejez.

Nailles puso un disco en el equipo de música. Tony sabía que sería *Guys and Dolls*. Nailles casi nunca iba al teatro y la música no le interesaba en absoluto, pero por algún motivo que ya nadie recordaba, ya que de eso hacía demasiado tiempo, un día le habían regalado un par de entradas para *Guys and Dolls*. Nailles pensaba regalar las entradas porque detestaba las comedias musicales y nunca había oído hablar de Frank Loesser ni de Damon Runyon, pero Nellie tenía un vestido nuevo y quería estrenarlo, de modo que partieron al teatro. Nailles escuchó con suspicacia la obertura. Al parecer, su entusiasmo comenzó con el primer dúo y se acentuó escena tras escena. Con el acorde final saltó de su butaca y comenzó aplaudir mientras rugía «¡Otra, otra!» Cuando se encendieron las luces del teatro, siguió aplaudiendo y gritando. Fue uno de los últimos en abandonar la sala. Estaba seguro de haber presenciado un momento memorable de la historia del teatro, que fue evolucionando en su memoria hasta encarnar en una teoría bastante sentimental acerca de la tragedia de lo sublime. Frank Loesser se le mezcló con Orfeo, y cuando leyó en un diario que se había divorciado pensó con tristeza que estaba pagando por la perfección de *Guys and Dolls*. No le interesó ver ninguna otra obra de Loesser, porque estaba convencido de que serían trágicamente inferiores. Ningún artista podía repetir semejante logro. Nailles parecía pensar que Loesser, como el arquitecto de San Basilio, debió haberse arrancado los ojos. Aquella noche de estreno había tenido para él la perfección de un día de verano, cuya excelsitud insinuaba la inevitabilidad del invierno y de la muerte.

Nailles se puso a cantar acompañando el disco. Lo había comprado inmediatamente después de aquella función y nunca lo había reemplazado, de modo que su sonido ya dejaba que desear. Pero no le importaba. Reemplazaba la letra con una serie de sonidos rudimentarios (*dadadadá*) pero cuando llegó «Luck Be a Lady Tonight» se puso de pie, descargó el puño sobre la palma de su otra mano y cantó a viva voz los pocos versos que recordaba. En el estribillo final alzó los brazos como quien quiere abrazar las estrellas, y después que se extinguió el último acorde, suspiró y dijo:

—Un espectáculo único, absolutamente grandioso. Lástima que no la vieras. Bien, buenas noches.

Ahora era domingo por la mañana y Nailles vagaba por la casa como si buscara a su hijo. Hacía frío en la habitación de Tony. El muchacho prefería apagar la calefacción y dormir con las ventanas abiertas. A causa del frío, el dormitorio parecía llevar más tiempo desocupado, un año quizá, pero ¿por qué?, se preguntó Nailles. Dedicó una mirada cariñosa al desorden habitual: botines de fútbol sin desatar y con trozos de barro seco; un buzo del colegio, una pila de libros que incluían obras de Stephen Crane, Somerset Maugham, Samuel Butler y Hemingway. Unos meses antes, había entrado buscando un diccionario, y al abrirlo cayó al suelo una catarata de fotos

de mujeres desnudas. Su primera reacción fue que su hijo las había dejado allí para que él las encontrara. Examinó las fotografías, comparando su limitado conocimiento del género femenino con esa galería de lascivas desconocidas. Estaban impresas en papel barato, y supuso que habían sido recortadas de esas revistas nudistas que hay en los puestos de limpiabotas y en las peluquerías. No le molestó en lo más mínimo que su amado hijo hubiese preferido coleccionar esas imágenes en lugar de estampillas, puntas de flechas, especímenes geológicos o rarezas numismáticas. Arrojó las fotos al tacho de la basura y buscó en el diccionario la ortografía de la palabra que necesitaba. Más o menos un mes más tarde, el muchacho le preguntó:

—¿Estuviste usando mi diccionario?

—Sí —dijo Nailles—. Y tiré todas esas fotos.

—Ah —dijo el muchacho, y ninguno de los dos hizo más comentarios.

Sobre la mesa, al lado de la ventana, estaba el grabador que Nailles había regalado a su hijo para el cumpleaños. No lo habría encendido, del mismo modo que no le habría abierto la correspondencia. Su idea de la privacidad era en ese aspecto tan escrupulosa como inmutable; pero si hubiera encendido el grabador habría oído la voz de su hijo, media octava más baja a causa de la reproducción, diciendo: «Viejo y sucio mandril, desde que tengo memoria, cada vez que estoy tratando de dormir, te oigo decir porquerías. Estoy harto de oírte decir las porquerías más asquerosas del mundo, sucio mandril, viejo roñoso». Pero Nailles no encendió el grabador.

Se quitó el traje que usaba para ir a la iglesia y se puso ropa cómoda. En algún momento había sugerido al párroco que debía alentarse a los feligreses a que fueran a la iglesia con la ropa que usaban los domingos, pero el padre Ransome había respondido si le parecería bien que él diera la comunión en pantalones cortos. Bajó al sótano y le puso nafta y aceite a la motosierra. Al sur de su terreno había un bosquecillo de olmos que había sido arrasado por la plaga. Nailles dedicaba los fines de semana a talar los árboles muertos y hacer acopio de leña para el hogar. Los árboles habían perdido hasta la última gota de su lacrimosa belleza. Las ramas se habían secado, la corteza se había desprendido y los troncos desnudos resplandecían como huesos a la luz invernal. Parecía un paisaje de pesadilla o un campo de batalla. Nailles eligió un árbol y planeó el primer corte. Se sentía orgulloso de la habilidad con que manejaba su motosierra, le agradaba maniobrar el chirriante motor de dientes asesinos. El valle estaba bastante encajonado, y esa mañana se respiraba una tibieza tan insólita en esa época del año que la madera despedía un olor a especias que le recordó a Nailles las iglesias romanas en primavera. Oyó el canto de una torcaza o un búho. Había cierta levedad en el aire pero, lejos de ser idílica, parecía contener el desasosiego que trae todo cambio. Domingo de Sexagésima. ¿Cuál había sido la epístola? Entonces recordó: «De los judíos cinco veces recibí cuarenta azotes menos uno. Tres veces me golpearon con varas, una fui lapidado, tres veces naufragué, una

noche y un día estuve en lo profundo. Así han sido mis viajes, en peligro de robo, en peligro de mis conciudadanos, en peligro de los paganos, en peligro de la ciudad, en peligro del desierto, en peligro del mar, en peligro de falsos hermanos; en la fatiga y en el dolor, en la vigilia, en el hambre y en la sed, en el ayuno, en el frío y en la desnudez».

Nellie oyó desde la cocina el chillido de la motosierra.

3

Una mañana Tony se negó a levantarse de la cama.

—No estoy enfermo —dijo cuando su madre le tomó la temperatura—. Sólo siento una terrible tristeza. No tengo ánimo para levantarme.

Sus padres decidieron darle ese día de descanso. Cinco días después seguía sin levantarse de la cama.

Nellie acabó pensando que los tres médicos que fueron a ver a su hijo eran como esos pretendientes de los mitos y leyendas, que debían elegir entre tres cofres, uno de oro, otro de plata y otro de plomo. Sólo en uno de ellos yacía la recompensa: joyas y una prometida. Fue el factor adivinatorio el que le recordó a aquellos príncipes legendarios. Uno por uno, los tres facultativos estuvieron frente a su hijo, tratando de adivinar la fuerza que lo había abatido. ¿Oro? ¿Plata? ¿Plomo? El primero fue el médico clínico.

El doctor Mullin fue de mala gana, pues por esa época los médicos ya no hacían visitas a domicilio. Si la enfermedad era grave, una ambulancia llevaba a la víctima al hospital, y allí los residentes e internos ejecutaban los ritos. El doctor Mullin dijo a Nellie que llevase a Tony a su consultorio. A Nellie no le resultaba fácil explicar que Tony se negaba a levantarse de la cama. Cuando al fin consiguió transmitirle la situación, Mullin aceptó ir un mediodía a su casa.

Llegó en un Volkswagen sucio con un guardabarros abollado. Era joven, más joven que Nellie, e irradiaba un optimismo y una vitalidad que parecían por completo indiferentes a todo lo que debía de haber aprendido acerca del sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Esas cualidades en realidad habían perjudicado su desenvolvimiento profesional, porque los pacientes, enfrentados con la perspectiva de la tumba, no veían con buenos ojos a un médico tan inexperto en el dolor. No era atropellado ni tonto, pero el vigor de su optimismo era una perturbación, como esos vientos que abren bruscamente las puertas y dispersan los papeles. Nellie lo llevó hasta el cuarto de Tony y esperó abajo. Podía oír la voz resonante y alegre de Mullin, y las tranquilas réplicas de Tony.

—No tiene absolutamente nada —dijo el médico cuando bajó—. Le he tomado una muestra de sangre que enviaré al laboratorio. Si mañana se levanta, puedo hacerle un electrocardiograma, pero estoy seguro de que no hay nada malo por ahí. En realidad, hace mucho que no veo un ejemplar tan saludable. Es joven, y evidentemente está disfrutando los beneficios de su edad. Lo cual no impide que guarde cama, pero creo que no es más que una depresión pasajera. Si mañana no se levanta, le recetaré unas pastillas que resolverán el problema.

Preparó una receta y sonrió a Nellie. Nuestras relaciones con los sanadores profesionales son tan esporádicas como íntimas y solícitas, y durante un momento

Nellie amó al médico. Él le pidió que lo llamase por la mañana, alrededor de las once, y ella así lo hizo.

—No quiere levantarse —dijo Nellie—. Ya lleva seis días así. A las diez le di una de las pastillas con un jugo de naranja. Poco después oí que se levantaba, se duchaba y después bajó a la cocina. Se había vestido, pero noté enseguida que algo andaba mal. Se tambaleaba un poco y se reía, tenía las pupilas como cabezas de alfiler. Le pregunté qué quería para desayunar, y contestó: seis huevos fritos, seis tostadas y un litro de leche. Dijo que en su vida había sentido tanta hambre. Estaba muy nervioso. Se paseó por la cocina, riendo, y tropezó con la mesa como si hubiera estado borracho. Después de devorar el desayuno dijo: «Me siento fuerte. En mi vida me he sentido tan fuerte. Será mejor que salga de casa antes de que destroce todo». Eso dijo. Salió por la puerta de la cocina y se fue corriendo por el camino que lleva a Courtland. Es un viejo sendero que atraviesa el bosque y tiene unos diez kilómetros. Por ahí salía a correr cuando estaba en el equipo de atletismo. Por supuesto, no iba a alcanzarlo, así que me subí al auto y conduje hasta la ruta 64, donde desemboca el camino. Esperé una hora, hasta que al fin apareció trotando. Creo que ya había eliminado la droga de su organismo, porque ya no parecía borracho, pero ahora era como si hubiese perdido la memoria. No recordaba el desayuno ni entendía cómo había llegado hasta la ruta 64. Lo dije que subiera al auto y volví a casa. Se durmió en el camino. Después se duchó de nuevo y volvió a la cama.

—Bueno, mejor no seguir con eso —dijo el doctor Mullin—. Había oído decir que esa droga tenía efectos secundarios, pero me pareció que podíamos arriesgarnos. Señora Nailles, en realidad no sé qué decirle... Salvo que pruebe con un terapeuta. Yo suelo derivar pacientes al doctor Bronson, que tiene consultorio en el pueblo. Si quiere consultarlo...

El psiquiatra se resistió aún más que el clínico a salir de su consultorio, pero cuando Nellie le explicó la situación aceptó finalmente ir. Nellie estaba esperando frente a la ventana cuando llegó, a las tres. Tenía un convertible celeste, cuyo capó era insólitamente largo, como si su función principal fuese transmitir el más descarado derroche. A Nellie la dejó un poco perpleja que un hombre cuya profesión era curar la melancolía y el pesar tuviera un auto tan ostentoso, pero cuando el médico descendió de su bólido de carrera le pareció un eremita agobiado e indeciso. El doctor Bronson cerró la puerta del coche, se frotó las manos y examinó su vehículo de un extremo al otro, con mirada inquieta y suspicaz. Después subió los escalones del frente y tocó el timbre.

No llevaba maletín, nada que delatara su profesión. Tenía algo de la afectación que caracteriza a los dentistas. Sus modales eran corteses y lánguidos y se frotaba las manos. Mientras ella lo ponía al tanto de la situación, él iba y venía en círculo por el living como si hubiera un sillón de dentista en medio de la alfombra. Caminaba un

poco encorvado, como si se pasara el día trabajando con pacientes postrados, pero su voz tenía un dejo triste y reconfortante. Nellie lo acompañó hasta el dormitorio de Tony y cerró la puerta. Cincuenta minutos más tarde el médico estaba de vuelta en el living.

—Señora Nailles, me temo que su hijo está bastante mal, y lo peor del caso es que no quiere cooperar. Creo que tendrían que internarlo.

—¿Internarlo?

—Hay una clínica llamada Stonehenge en el pueblo vecino, adonde suelo enviar pacientes. Quizá reaccione con electroshocks.

—Oh, no —dijo Nellie y se puso a llorar.

—El electroshock no hace daño, señora. Después de la primera sesión no se siente. No genera la menor ansiedad en el paciente.

—Por favor no, doctor.

—Señora Nailles, creo que su hijo está profundamente perturbado. Harán falta meses de terapia para empezar a entender qué le pasó. Y eso si él coopera. Los jóvenes de su generación, que vienen de un ambiente como éste, suelen presentar resistencia a la psicoterapia. Supongo que ustedes le dan todo lo que pide.

—Dentro de lo razonable —dijo Nellie—. No tiene auto.

—He visto que tiene un radiograbador, un tocadiscos y un ropero lleno de ropa cara.

—Sí.

—En el grupo socioeconómico al que ustedes pertenecen, hay una tendencia a reemplazar los valores morales por posesiones materiales. Yo soy de la idea de que es mejor tener una idea estricta del bien y el mal, aunque sea equivocada, que no tener nada.

—Eliot va a la iglesia casi todos los domingos —dijo Nellie.

Qué pobre y hueco sonaba, pronunciado en voz alta. Nellie sabía cuán laxa era la religiosidad de su marido, cuán apáticas eran sus convicciones en ese rubro; si comulgaba de tanto en tanto era por costumbre, superstición o sentimentalismo.

—Nadie miente en esta casa —continuó—. Creo que Tony jamás ha dicho una mentira. —El psiquiatra le dedicó una sonrisa tan leve que era ofensiva—. No leemos la correspondencia ajena. No engañamos a nadie. No repetimos chismes. Pagamos todas nuestras cuentas. Mi marido me ama. Es cierto que bebemos una copa antes de cenar. Y yo fumo bastante...

¿Eso era todo? El panorama parecía bastante pobre, pero ¿qué más pretendían de ella? ¿Qué creyera en profetas barbados, en jinetes feroces, en truenos y relámpagos, en sagrados mandamientos tallados en piedra en lenguajes antiguos?

—Somos honestos y decentes —dijo, irritada—, nadie va a hacerme sentir culpable por eso.

—Señora Nailles, no pretendo que se sienta culpable. No hay nada reprochable en la honestidad y la decencia, pero el hecho es que su hijo está muy enfermo.

Entonces sonó el teléfono. Cuando Nellie atendió era alguien que pedía hablar con el doctor Bronson.

—No voy a vender esa propiedad por menos de cincuenta mil dólares —dijo él al teléfono—. Si quiere algo más barato, tengo un bonito chalet moderno en Chesnut. —Hubo una pausa—. Sé muy bien que esa propiedad está tasada en treinta mil, pero es una tasación que se realizó hace ocho años. Cincuenta mil es mi último precio. Discúlpeme —dijo a Nellie después de cortar.

—No se preocupe —dijo Nellie, pero la conversación la había inquietado. ¿Las operaciones inmobiliarias eran una especie de segundo trabajo del doctor Bronson o era la cura de la locura su actividad suplementaria?

—¿Vendrá a verlo de nuevo? —preguntó.

—Sólo si lo pide él —dijo el doctor—. De lo contrario estaremos malgastando su dinero y mi tiempo.

Cuando el psiquiatra se fue, Nellie subió las escaleras y le preguntó a Tony cómo estaba.

—Más o menos igual —dijo él—. Todavía siento esta pena terrible. Es como si la casa estuviera hecha de naipes. Cuando me enfermaba de chico, tú me enseñaste a armar castillos de naipes, y a derribarlos de un soplido. Me gusta esta casa, es hermosa, pero es como si estuviera hecha de naipes.

El tercer médico fue un especialista en sonambulismo. Llegó en tren y tomó un taxi desde la estación, y al verlo Nellie lo confundió con un mecánico, por la enorme caja de herramientas que cargaba. Cuando le preguntó si Tony podía sufrir algún daño, él le aseguró que sólo llevaba allí dentro inocuos electrodos para medir la temperatura corporal. Ella lo llevó a la habitación de huéspedes, y ya se disponía a presentarlo a Tony cuando él le dijo:

—Primero necesito dormir una siestita. Estuve despierto toda la noche.

—¿Necesita algo? —preguntó Nellie.

—Nada, gracias. Sólo voy a recostarme —respondió, y cerró la puerta.

A las cinco, cuando reapareció en el living, Nellie le ofreció un trago.

—Paso, gracias. Voy a Alcohólicos Anónimos; hace un año y medio que dejé la bebida. Tendría que haberme visto. Pesaba ciento veinte kilos, y la mayor parte era alcohol. Primero fui a un grupo en el Village. No sirvió de mucho. Quiero decir que eran todos demasiado bohemios. Después me pasé a un grupo en el East Side, y allí por suerte no había chiflados. Todos hombres de negocios. Abogados, doctores. Hablábamos mucho del síndrome de abstinencia. Lo que se siente en el fondo del pozo. Es como un viaje al infierno. Todos habíamos estado allí, y hablábamos como hablan los viajeros de los lugares donde estuvieron. Un grupo magnífico. Después de

cada reunión, rezábamos un poco. Supongo que los sacerdotes piensan todo el tiempo en Dios. Piensan en Él cuando se despiertan, y todo lo que ven durante el día les recuerda a Él, y por supuesto le rezan antes de acostarse. En mi caso era más o menos así, sólo que no pensaba en Dios sino en el trago. Mi primer pensamiento al despertarme era para el trago, y seguía pensando en lo mismo todo el día, y me acostaba cuando ya no podía beber más. Para mí, el trago era como Dios; quiero decir que estaba en todas partes. Las nubes me recordaban el trago, la lluvia me recordaba el trago, las estrellas me recordaban el trago. Solía pensar en las mujeres antes de dedicarme al trago, pero después solamente pensaba en el trago. Supuestamente, los sueños vienen de una región muy profunda de la mente, como el sexo, pero en mi caso era el trago. Soñaba que tenía una copa en una mano y una botella en la otra. Después soñaba que me servía un poco de licor en la copa. Después me lo bebía, y soñaba con ese sentimiento maravilloso, como si estuviera empezando una nueva vida. Soñaba con el bourbon, soñaba con el whisky, con el gin y el vodka. Nunca soñé con el ron. Nunca me gustó el ron. Me sentaba a beber y mirar dibujos animados en la televisión y sentía que me deslizaba por un palo enjabonado, me iba deslizando suave y agradablemente. Pero a la mañana siguiente me despertaba temblando, con resaca, y volvía a pensar en el trago.

Durante la cena el especialista trató de explicar cómo funcionaba su profesión, pero su vocabulario era tan técnico que ni Nellie ni Eliot entendieron demasiado. A las ocho subió al dormitorio de Tony con su caja de instrumentos, y antes de cerrar la puerta dijo:

—Hora de trabajar.

Cuando bajó para desayunar tenía los ojos enrojecidos y parecía haberse quedado despierto toda la noche. Nailles lo llevó a la estación, y al fin de la semana el hombre envió su evaluación por correo. El informe decía: «El paciente perdió la conciencia a las 21:12, y se comprobó el correspondiente descenso de temperatura corporal. Durmió en la posición de Fanchon, es decir, boca abajo, con la rodilla derecha flexionada. A las 22:00 tuvo una secuencia onírica de dos minutos, que elevó la temperatura corporal y relajó la tensión cardiovascular. A las 22:03 pasó a la posición Nimbus, es decir, flexionó la pierna izquierda. La siguiente secuencia onírica sobrevino a la 1:15, duró tres minutos, produjo una erección que despertó al paciente por muy breve lapso, pero al acomodarse en la posición prenatal volvió a dormirse. La temperatura corporal se mantuvo estable. A las 3:10 volvió a adoptar la posición de Fanchon y comenzó a roncar. El ronquido era oral y nasal y continuó durante ocho minutos y medio...»

El informe estaba escrito a máquina, ocupaba cinco páginas y adjunta venía una factura por quinientos dólares.

Para Nailles, el dolor y el sufrimiento eran como un principado de Europa Central, con gobierno feudal y territorio enteramente montañoso, que nunca sería parte de su itinerario ni de la gama de opciones de su agente de viajes. De vez en cuando recibía tarjetas postales de ese lugar distante; una vista de la estatua de Esculapio en la plaza pública, con un paisaje nevado al fondo, y al dorso de la tarjeta el mensaje: «Edna está con calmantes día y noche, le quedan unas tres semanas de vida, le gustaría recibir una carta tuya». Nailles solía escribir cartas de ánimo a los moribundos, que despachaba a esa capital remota y exótica donde el Glockenspiel del Rathaus^[4] estaba decorado con figuras tullidas, las estatuas de los parques ilustraban el grotesco que el dolor es capaz de arrancarle a la imaginación, el palacio se había convertido en hospital y ríos de sangre espumosa corrían bajo los puentes. Su destino no era recorrer ese país, y se despertaba espantado cada vez que veía en sueños, por la ventana de un tren, ese terrorífico paisaje montañoso.

Cuando Tony llevaba doce días en cama, Nailles supo que su inexperiencia con el dolor había terminado. No habría llegado al extremo de afirmar que la suerte se distribuía como se reparten golosinas al final de un cumpleaños infantil, pero tenía la vaga sensación de que cada uno recibía su ración de placer animal, esfuerzo, dinero y amor, y que las groseras desigualdades que veía por doquier eran misterios que no le concernían. ¡Afortunado Nailles! Y ahora su hijo estaba al borde de la muerte. No le quedó más remedio que pensar que también eso era su vida, y que debía aprender a lidiar con lo obsesivo del sufrimiento. Lo primero que hacía al despertar cada mañana era escuchar si se oían los pasos de Tony por la escalera. Todo aquello que ocupaba su atención a lo largo del día —bebida, ocio, trabajo, dinero— no eran más que distracciones momentáneas de la abrumadora imagen de su hijo abrazado a una almohada en su cama. Después de experimentar el carácter obsesivo del sufrimiento, supo lo que eran los toscos celos del que siente que se le acabó la suerte. ¿Por qué, de todos los jóvenes que vivían en Bullet Park, le tocaba justamente a Tony padecer esa misteriosa e incurable enfermedad? No era él quien formulaba la pregunta; era el mundo el que se la imponía, implacable. Ese nuevo mundo que se presentaba ante sus ojos desde las primeras luces de la mañana hasta el atardecer.

Las risas alegres e irreflexivas que escuchaba en el andén le hacían preguntarse amarga y coléricamente por qué los hijos de sus amigos eran libres de transitar a la luz del día mientras el suyo yacía cautivo. Cuando almorzaba con amigos que inevitablemente se referían a los éxitos de sus hijos, experimentaba tal tristeza y resentimiento que se sentía físicamente apartado de sus interlocutores. Cuando veía a un joven desconocido corriendo por la calle sentía deseos de gritarle: «Detente, por lo que más quieras. Tony era tan fuerte y veloz como tú». Tal como había sido una

especie de patriota de su modo de vida, ahora se sentía envuelto en la subversión, el espionaje y el afán de venganza.

—¿Conoces a los Hammer? —le preguntó Nellie una noche.

Nailles contestó que los había conocido en la iglesia.

—Ella llamó hoy a la tarde para invitarnos a cenar —dijo Nellie—. No me parece que corresponda invitar a cenar a desconocidos, pero quizá vienen de algún lugar donde existe esa costumbre.

—A mí también me extraña —dijo Nailles—. Sólo nos saludamos al salir de la iglesia. Quizá se sientan solos...

Pero no estaba pensando en la soledad de los Hammer sino en la suya. La imagen de Tony postrado en su cama demolía su sólido sentido de idoneidad social. Tony estaba enfermo, Nailles estaba triste, había más sufrimiento en la vida de lo que habría sido capaz de creer. Quizá correspondiera hacer caso omiso de la falta de oportunidad de la señora Hammer y aceptar su invitación.

—Si no tenemos otro compromiso, ¿por qué no vamos? —dijo—. Sería de buenos vecinos, y podemos volver temprano.

De modo que pocas noches después fueron en el coche hasta Powder Hill. Era una noche estrellada. Venus resplandecía como una lamparita eléctrica, y mientras recorrían el sendero que llevaba a la puerta principal, Nailles besó a su esposa. Hammer los hizo pasar y les presentó a su esposa y a los demás invitados. Marietta Hammer parecía distraída, apática o quizás estaba borracha. Una de las grandes falencias de Nailles era su incapacidad para juzgar a la gente por su apariencia. Para él, todos los hombres y todas las mujeres eran seres honestos, confiables, íntegros y felices, y después venían las sorpresas y las desilusiones. Advirtió enseguida que la optimista evaluación de los Hammer que había hecho en la iglesia era excesiva. Había tres parejas más: los Taylor, los Phillips y los Hazzard. Aparentemente no había mucama. Hammer preparó los tragos en la barra, y Marietta se excusó y desapareció en la cocina.

—¿Hace mucho que conocen a los Hammer? —preguntó Eliot a los demás.

—En realidad, no los conozco para nada —dijo el señor Taylor—. Tengo la concesionaria Ford del pueblo y cuando él vino a comprar un coche me invitó a cenar. Me parece que necesitan un segundo coche, todos los que viven en Powder Hill tienen dos, así que podría decirse que he venido por negocios.

—Yo les vendí la heladera —dijo el señor Phillips.

—Yo les vendí la casa —dijo Hazzard.

—Es una casa muy bonita —dijo la señora Hazzard—. Los Heathcup vivían aquí hasta que él falleció.

—Era de lo más agradable —dijo el señor Hazzard—. Todavía no comprendo por qué lo hizo.

—Veamos —dijo Hammer, desde la barra—. Un bourbon para usted. Un whisky con agua para...

—¿A qué se dedica exactamente, señor Hammer? —preguntó el señor Hazzard.

—Soy el presidente de Paul Hammer Associates —dijo Hammer—. Hacemos negocios de todo tipo.

Marietta Hammer se rió. La risa estaba destinada a su marido. Era una risita musical, aguda, de esas que se oyen en las reuniones femeninas, en los clubes de bridge o en los restaurantes que ofrecen postres gratis. A diferencia de ciertas risas, carecía de toda insinuación erótica. El cabello rubio de Marietta Hammer, sus aros y su vestido eran largos, y su belleza era de esas que aparecen en las tapas de revistas, especialmente de esas revistas que hay en la sala de espera de los dentistas, un poco ajadas, del año pasado o del anterior. Marietta se dirigió a la barra y se sirvió más whisky. El señor Taylor no disimuló que estaba ahí por negocios y con el trago aún en la mano procedió a explicar los interesantes descuentos que podía ofrecer a Hammer cuando éste decidiera comprar un segundo coche. La cena no fue gran cosa para los parámetros de Bullet Park. Hubo una especie de guiso o gulasch, y Marietta se sirvió con tan evidente disgusto que Nailles se preguntó si había cocinado Hammer.

—Todavía no habrán tenido tiempo de hacerse una idea de Bullet Park, pero estamos seguros de que les gustará. A mí, al menos, siempre me ha parecido un lugar de lo más agradable —dijo.

—Llevamos apenas dos semanas aquí —contestó Hammer.

—Si les interesa mi opinión —dijo Marietta—, creo que apesta. Es como un baile de disfraces que no termina nunca. Basta vestirse en Brooks, ir en tren a la ciudad y aparecer por la iglesia una vez por semana y nadie va a preguntarte quién eres realmente.

—Por favor, querida —dijo Hammer—. Esta noche no.

—¿Cuál es el problema? —retrucó ella—. ¿Por qué estás tan molesto? Has estado así toda la semana. ¿Te fastidia que me haya comprado este vestido? ¿Es eso? ¿Te parece que debería comprar mi ropa en Macy's, Alexander's u otra tienda por el estilo? Por Dios, no pensarás que tendría que hacerme yo misma la ropa. Gasté cuatrocientos dólares, es cierto, pero me queda bien y algo tengo que ponerme, ¿no? ¿O vas a decirme que tengo demasiada ropa? Tengo bastante, que no es lo mismo que demasiado. Está bien, lo reconozco, tengo demasiada ropa, y dije una estupidez, y la satisfacción que te da oírlo. Dios, si te vieras la cara, me haces reír.

—En Ohrbach's se consigue buena ropa a medida —dijo la señora Taylor.

—Querida, esta noche no —dijo Hammer.

—Eres un pusilánime —siguió diciendo la mujer—. Eres un maldito pusilánime, y no trates de echarme la culpa. Eres la clase de hombre que cree que algún día conseguirá que una rubia despampanante, bien educada, rica e inteligente se enamore

de él. Dios, puedo imaginarme la fantasía completa. Es repugnante. Tendrá el cabello lacio y las piernas largas, y unos veintiocho años, y será divorciada pero sin hijos. Apuesto a que es actriz o cantante en un club nocturno elegante. ¿Y qué haces con ella, eh? ¿Qué haces con ella además de montártela? ¿Para qué sirve un maldito pusilánime como tú? ¿La llevas al teatro? ¿Le compras joyas? ¿Te la llevas de viaje? Seguro que sí. Ésa es tu manera de impresionarla. Diez días en el Raffaello, montándotela a la mañana, al mediodía y a la tarde, y a las siete bajas con ella al bar de primera clase, con tu esmoquin a medida. ¡Qué pareja distinguida! Basura. No, no será el Raffaello sino el France, para que puedas exhibir tu maldito francés. Claro, y luego la arrastrarás por todo París mostrándole tus escondrijos favoritos. La compadezco, en serio. Pero a ver si lo entiendes de una vez, querido. Si apareciera esa rubia, no tendrías el coraje para llevarla a la cama. Te lo pasarías rondándola, quizá te atreverías a robarle un beso en un pasillo, y finalmente decidirías no serme infiel. Y eso si apareciese esa rubia, que no aparecerá nunca. Porque no existe. Vivirás solo el resto de tu vida. Eres un pobre tipo, un maldito pusilánime, estás más solo que una piedra, que un hueso pelado, que una botella vacía...

—Será mejor que nos vayamos —dijo la señora Taylor.

—Sí —dijeron los Phillips, y todos se incorporaron a la vez en dirección a la puerta.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Acostado en la cama a oscuras unas horas más tarde, Nailles pensó: Hammer y Nailles, sal y pimienta, aceite y vinagre, Romeo y Julieta, sogas y roldana, trueno y relámpago, jamón y queso, carne y puré, rienda y cabestro, zapatos y medias, anzuelo y plomada, verdadero y falso, romo y filoso, botas y espuelas, corbata y chaleco, perro y gato, leche y azúcar, silla y mesa, pluma y tintero, luna y estrellas, arco y flecha, risas y lágrimas, mami y papi, guerra y paz, cielo e infierno, bien y mal, vida y muerte, amor y muerte, muerte e impuestos... Se durmió y soñó que estaba en una pequeña iglesia rural a la que a veces iba en verano. La iglesia tenía forma de cruz, con una raída alfombra verde a lo largo del pasillo central. Había un áspero y deprimente olor a barniz eclesiástico. La ocasión era un funeral, el ataúd estaba frente al altar, pero él no podía recordar de quién era el alma por la cual se habían reunido a rezar, así que paseó su mirada por la congregación para descubrir quién faltaba. ¿Charlie Estabrooke? No, estaba allí, a la izquierda con su esposa. ¿Bailey Barnes? Estaba a la derecha, con toda su familia. ¿Alex Kneeland? ¿Eddie Clapp? ¿Jim Randolph? ¿Sam Farrar? ¿Dave Poor? ¿Rick Rhodes? ¿Jim Stesse? ¿Roger Cromwell? Cuando vio que la congregación estaba completa, comprendió que el funeral debía de ser el suyo.

Cuando Tony llevaba diecisiete días en cama hubo una semana de inesperado buen tiempo, y Nailles despertó una de esas mañanas sintiéndose maravillosamente. Eran más o menos las seis. El sol aún no había salido, pero el cielo resplandecía. Se afeitó, se bañó y se internó en el costado de la cama que ocupaba Nellie, y al abrazarla la sintió mucho más joven de lo que sabía que era. Era como si el amor que sentían el uno por el otro los librara del paso del tiempo, o al menos alejara por un rato las características menos favorables de ambos, dándoles absoluta libertad para el goce mutuo. Cuando se asomó por la ventana, el paisaje delante de sus ojos parecía un paraíso. Sabía que no lo era. Bajo el pasto corría el desagüe hacia el pozo ciego y esa bandada de cardenales entre los árboles seguramente tenía piojos. Pero aun sabiendo que el brillo de su plumaje y la claridad de su canto nada tenían que ver con la paz en la tierra, con el amor o con las cuentas bancarias, le infundieron tal exaltación que abrió los brazos como si pudiera abrazar el paisaje y aquellas aves.

—Me siento tan bien —dijo—. Algo pasó mientras dormía. Es como si me hubieran ofrendado algo. Siento que todo volverá a ser como era cuando todo era maravilloso. Tony se levantará hoy o quizá mañana, y volverá a la escuela. Sencillamente sé que todo saldrá bien.

Nailles se hizo un abundante desayuno y después subió a la habitación de Tony. El hecho de que ninguno de ellos hubiera estado nunca enfermo hizo doblemente foráneo el hedor que lo asaltó al entrar. Las persianas estaban bajas, las ventanas cerradas. Tony dormía en calzoncillos, con el torso desnudo, la piel de un color avinagrado. Tenía el pelo revuelto, llevaba por lo menos un mes sin cortárselo. Abrazaba con desesperación la almohada.

—Despierta, Tony —dijo Nailles—. Es un día maravilloso, maravilloso. Despierta y echa un vistazo. —Abrió las persianas y la luz inundó el cuarto del enfermo—. Mira, Tony, cómo todo resplandece. Nadie puede quedarse en cama con un día así. Es como un desafío, hijo. Tienes todo por delante. Irás a la universidad, tendrás un buen empleo, podrás casarte y tener hijos. Tu vida te espera. Acércate a la ventana.

Tomó a su hijo de la mano y lo alzó de la cama y lo llevó hasta la ventana, y le apoyó el brazo sobre los hombros y se quedó a su lado.

—Mira cómo todo resplandece. ¿No te sientes mejor?

Tony cayó de rodillas al piso.

—Mañana, papá —sollozó—. Tal vez mañana.

Nailles se sintió como un niño que desde la cima de una colina contempla el orden subyacente, el evidente sentido en que se sucedían los techos, los árboles, las calles y el río que corría a sus pies. Había un sentido evidente en su amor por Nellie y

en la luz de aquella mañana, ¿pero cuál era el sentido, el mensaje, la lección a aprender del abatimiento de su hijo? El dolor les ocurría a los demás; el pesar y el sufrimiento les ocurrían a los demás; había habido una terrible equivocación. Tony sollozaba con violencia, y de pronto habló, aulló:

—Devuélveme las montañas.

—¿Qué dijiste, hijo?

—Devuélveme las montañas.

—¿Qué montañas, hijo? —preguntó Nailles—. ¿Te refieres a aquellas montañas que escalábamos? En realidad no eran lo que se dice montañas, ¿verdad? ¿Recuerdas cuando trepábamos de Franconia a Crawford? Lo pasábamos bien, ¿o no? ¿Te refieres a esas montañas?

—No lo sé —dijo Tony y volvió a la cama.

—Tengo que irme, o perderé el tren —dijo Nailles—. Te veré esta noche.

Mientras esperaba el tren de las 7:56, Nailles evitó las preguntas acerca de la salud de su hijo y se autoconvenció de que tenía monocucleosis. Estaba de pie en el andén, entre Harry Shinglehouse y Hammer. Nailles y Hammer leían el *New York Times*. Shinglehouse leía el *Wall Street Journal*. Desde aquella cena, Nailles y Hammer se saludaban y eso era todo. A veces tomaban el mismo tren por la mañana, pero Nailles había coincidido una sola vez con su vecino en el tren de vuelta de las 18:32, y se lo encontró dormido en el asiento, fuera porque estaba borracho, cansado o ambas cosas. Llevaba un maletín negro sobre las rodillas, estaba encorvado en una posición patética, desesperante. ¿Qué padecen los hombres y mujeres que se duermen en los trenes y en los aviones? ¿Por qué parecen tan desamparados, vapuleados, abatidos? Uno los oye roncar, los ve retorcerse y murmurar en sueños, como si fueran víctimas de una tragedia terrible, aunque sólo están volviendo a su hogar para cenar y cortar el césped. Nailles se quedó contemplando a su vecino aquella tarde y, como no despertó en Bullet Park, le sacudió el hombro y dijo:

—Ya llegamos.

—¿Eh? Gracias —dijo Hammer. Fueron las únicas palabras que cruzaron.

Esa mañana se saludaron con un gesto de la cabeza y siguieron leyendo sus diarios plegados, mientras las vías vibraban al paso del expreso de Chicago, que venía dos horas retrasado y pasó a unos ciento cuarenta kilómetros por hora. Nailles sujetó su sombrero, bajó el diario y cerró los ojos, porque el estrépito del tren era como el de una turbina. Cuando abrió los ojos vio que el tren se perdía vertiginosamente en la distancia soltando un penacho de vapor que parecía una cola de cerdo. Retomó la lectura del *Times* hasta que advirtió que Harry Shinglehouse había desaparecido. Se volvió bruscamente para comprobar si Harry había cambiado de lugar mientras él leía, pero no lo vio por ninguna parte. Miró entonces hacia las

vías, y vio un zapato marrón muy lustrado entre los durmientes.

—Dios mío —dijo—. Ese tipo. Cómo se llama. El tren se lo chupó.

—¿Hmmm? —dijo Hammer, y bajó su diario.

—Shinglehouse. Ha desaparecido.

—Dios mío, es cierto —dijo Hammer.

—¡Shinglehouse! —gritó Nailles—. Está muerto. Lo pisó el tren.

—¿Qué hacemos? —preguntó Hammer.

—Hay que avisar a la policía —dijo Nailles—. Voy a llamar a la policía.

Había una cabina telefónica al final del andén y Nailles corrió hacia ella y llamó a la policía.

—Agente Shea —dijo una voz.

—Escuche —dijo Nailles—. Mi nombre es Eliot Nailles. Estoy en la estación de tren. Acaba de pasar el expreso de Chicago, y se chupó a Shinglehouse. Creo que lo pisó el tren.

—No entiendo —dijo el patrullero.

Nailles tuvo que repetir la historia tres veces. El tren de las 7:56 entró en la estación, y todos menos Hammer y Nailles lo abordaron. Pocos minutos después oyeron la sirena y vieron las luces de un patrullero. Dos agentes entraron corriendo en el andén.

—Estaba de pie, aquí mismo, junto a nosotros —dijo Nailles—. Ése es su zapato. Estaba de pie junto a nosotros, y entonces pasó el tren, y no lo vimos más.

—¿Dónde está el cuerpo?

—No lo sé —dijo Nailles.

—Creo que será mejor que vengan con nosotros a la comisaría para que los interroguemos.

—Pero tenemos que ir a trabajar —dijo Hammer—. Yo tengo una reunión.

—Yo también —dijo Nailles—, y de todos modos no sabemos nada. ¿Por qué no llaman a la policía ferroviaria? —Era un tiro a ciegas, pero alguien tenía que hacer algo para que las cosas siguiesen su curso, y el policía pareció agradecer la sugerencia. El otro recogió el zapato de las vías, y los dos volvieron al patrullero. De pronto, Hammer se echó a llorar.

—Calma —dijo Nailles—. Vamos. Ya está. ¿Era amigo suyo?

—No —sollozó Hammer—. Ni lo conocía, al pobre infeliz.

—Vamos, vamos —dijo Nailles, y pasó un brazo sobre los hombros de Hammer. Aunque apenas se conocieran, el accidente había instaurado una rara intimidad entre ellos. Hammer contuvo sus sollozos, pero Nailles mantuvo el brazo sobre los hombros de su vecino, y así los vieron subir los pasajeros del tren de las 8:11. Nailles y Hammer fueron juntos a la ciudad, sobrecogidos por el misterio de la vida y la muerte.

El episodio salió en el diario de la tarde. El desaparecido estaba sin trabajo y dejaba esposa y tres hijos. Había sido candidato a concejal por los republicanos, y trabajaba en publicidad. Nailles pensó en llamar a la viuda, pero no se le ocurrió qué decirle.

Al día siguiente amaneció nublado y lluvioso. Nailles se durmió, y perdió el tren que tomaba siempre. El tren local en el que tuvo que viajar hizo veintidós paradas entre Bullet Park y Grand Central. Las ventanillas sucias y el cielo nublado terminaron de deprimirlo. No podía olvidar el zapato de Shinglehouse. Se sentía raro. Leyó su ejemplar del *Times*, pero, con excepción de las páginas deportivas, las noticias le parecían de otro planeta. Un loco con una carabina había masacrado a diecisiete personas en un parque de Dallas, entre las víctimas había un arzobispo que estaba paseando a su perro. Se libraban las guerras de costumbre. El sindicato de músicos, el de pilotos aéreos, el de bomberos, el de artistas circenses y el de marineros amenazaban con entrar en huelga. El secretario de la Casa Blanca desmentía los rumores de una pelea a puñetazos entre el Presidente, el secretario de Estado y el de Defensa. La sequía amenazaba la cosecha de trigo. En Ohio se había visto un objeto volador no identificado. Un peluquero de Linden, Nueva Jersey, había matado a balazos a su esposa, sus cuatro hijos y su perro, y se había suicidado. Una densa niebla de tres días en Chicago había paralizado la mayoría de los transportes causando grandes pérdidas. Nailles intentó el ingenuo recurso de levantarse el ánimo haciendo un inventario de su buena suerte. ¿Lo habían pescado robando? No. ¿Lo habían asesinado en un parque? No. ¿Había quedado atrapado en un edificio en llamas, en un glaciar a la deriva, lo había mordido un perro rabioso? No. Entonces, ¿por qué no estaba más contento?

El tren se detuvo en Tremont Point, en Greenacres, en Lascalles, en Meadowvale y en Clearhaven. El viaje le pareció intolerable. ¿Por qué? Lo había hecho mil veces. ¿Por qué ese trayecto más que conocido entre su hogar y la oficina le parecía ahora tan tortuoso? Respiraba con esfuerzo, tenía náuseas, las manos transpiradas y una lluvia oscura caía en su corazón. Cuando el tren llegó a Longbrook, Nailles manoteó su impermeable, se abrió paso entre los pasajeros que subían y bajó del vagón. El tren se alejó y Nailles quedó solo en el andén de aquella estación ferroviaria suburbana a las ocho y media de la mañana.

El sentimiento de estar vivo consistía, para Nailles, en una sucesión de puentes que conectaban los distintos mundos en los que transcurría su vida. Y, ahora, uno de los puentes principales se había derrumbado. Se refugió de la lluvia en la sala de espera. Lo que necesitaba era coraje, ¿pero de dónde sacarlo? No podía convocarlo así como así, eso era evidente. ¿Desarrollarlo en un gimnasio, entonces? ¿Ganarlo en la lotería? ¿Comprararlo por correspondencia? ¿Esperarlo como una ofrenda celestial? Había otro tren local en quince minutos, y los pasajeros ya iban ocupando el andén.

Nailles subió al tren tratando de engañarse a sí mismo con una alegría evidentemente espuria. Logró hacer dos estaciones y volvió a bajarse. Así, de estación en estación, de tren en tren, fue su desolado peregrinaje hasta la ciudad.

Esa noche, después de cenar, Nailles se sirvió un whisky doble y subió con él a la habitación de Tony. Se sentó en una silla al lado de la cama, como había hecho tantas veces, cuando le leía *La isla del tesoro*.

—¿Cómo te sientes, hijo?

—Más o menos igual.

—¿Has cenado?

—Sí.

—En el diario del domingo había un artículo sobre lo que piensa tu generación acerca del mundo. ¿Tú crees que el mundo corre grave peligro?

—No, no lo creo.

—¿Puede ser que eso tenga algo que ver con tu problema?

—No tengo ningún problema con el mundo. Estoy triste, eso es todo.

—Sin duda hay muchas cosas por las cuales entristecerse cuando miramos el mundo en que vivimos, pero me duele la gente que se la agarra con los suburbios. No entiendo por qué. Si vas al teatro, seguro hay algún personaje que sataniza los suburbios. Realmente me niego a creer que jugar al golf y cultivar flores sean actividades perversas. La vida es más barata aquí, y yo me asfixiaría si no pudiera hacer un poco de ejercicio. La gente tiende a establecer una relación entre decoro y pureza moral que no entiendo. Por ejemplo, que yo use chaleco no significa necesariamente que me crea puro de corazón. No hay relación. En todas partes ocurren toda clase de escándalos; que algunos sean de gente que tiene jardines no significa que tener jardín sea una vileza. Recordarás cuando procesaron a Charlie Stringer el año pasado por enviar pornografía por correspondencia. Él dijo que era editor, y supongo que las imágenes obscenas eran su negocio. Vivía en una de esas casas Tudor de Hansen Circle, tenía una bonita esposa, tres hijos, dos perros y un jardín lleno de flores y árboles hermosos. Pero los críticos dirían: ésa era su fachada para ocultar que lucraba con la corrupción y la obscenidad. ¿Qué quieren decir? ¿Que quienes lucran con la inmundicia sólo viven en cloacas? El tipo es un hijo de puta, por supuesto, pero ¿por qué un hijo de puta no querría regar su jardín y jugar a la pelota con sus hijos?

»Hablamos hasta el cansancio de libertad y de independencia. Si hubiera que definir nuestra meta como nación, dudo que se pudieran evitar las palabras libertad e independencia. El Presidente siempre está hablando de libertad y de independencia, el ejército y la marina siempre están luchando en defensa de la libertad y la independencia, y los domingos, en la iglesia, el padre Ransome agradece a Dios nuestra libertad e independencia. Pero tú y yo sabemos que los negros que viven en

esas barracas de mala muerte junto al río no tienen ni libertad ni independencia para elegir qué hacer y dónde vivir. Charlie Simpson es un gran tipo, pero él y Phelps Mardsen y media docena de nuestros prominentes vecinos hacen su dinero en negocios con Salazar, Franco y otros dictadores de ese calibre. Hablan más que nadie de libertad y de independencia, pero son los que ponen el dinero y las armas y los recursos técnicos necesarios para sofocar la libertad y la independencia en donde asome. Odio la mentira y la falsedad y el engaño, me entristece vivir en un mundo que ampara y consiente a tantos mentirosos. De hecho, yo mismo tengo mucha menos libertad e independencia de la que desearía. Sé que mi forma de vestir, mis hábitos alimentarios, mi vida sexual y gran parte de mis pensamientos están más que reglamentados, pero a veces me gusta que me digan lo que tengo que hacer. No puedo decidir lo que está bien y lo que está mal en todas las situaciones de mi vida.

»A veces los diarios son desconcertantes. Publican fotos de soldados muriendo en la jungla o en fosos llenos de barro y al lado ponen avisos de anillos de esmeraldas o de tapados de piel que valen cuarenta mil dólares. Sería infantil decir que ese soldado murió por esas esmeraldas, pero ahí los tienes, día tras día: el soldado moribundo y el anillo o el tapado de piel. ¿Y la homosexualidad? No paran de hablar de eso, y me molesta. Quisiera que no existiese. Antes de afiliarme al Chemist Club, cuando quería mear tenía que hacerlo en los baños de Grand Central, y cada vez que entraba allí tenía problemas. Una vez estaba subiendo las escaleras y un tipo me agarró del brazo. Yo tenía puesto un traje de Brooks, un sombrero Locke y zapatos Peal; la razón por la cual iba así vestido era porque quería que mis intenciones quedasen bien en claro. De modo que me solté y me alejé de él. Pero no le pegué. Ni siquiera le miré la cara. Jamás les he mirado la cara. La única razón por la cual me afilié al Chemist Club fue para tener un lugar en la ciudad donde poder mear sin enfrentar una crisis moral. Tú sabes que no soy bioquímico, y vender enjuague bucal no es algo de lo cual enorgullecerse, pero cuando pienses en las necesidades cotidianas de esta familia, piensa que alguien se encarga de que podamos satisfacerlas. Y me refiero a las hojas de afeitar, el jabón, la nafta, los huevos, el jabón, los zapatos, los abonos de tren. Alguien tiene que ocuparse de que tengamos todo eso, Tony. ¿Comprendes? ¿Tony?

Tony dormía.

Nailles terminó su trago y miró con afecto a su enigmático hijo. Tony había nacido en Roma, cuando Nailles trabajaba allí para la FAG. Una tarde a última hora, Nailles había llevado a Nellie al Hospital Internacional, al otro lado del río. El médico era un hombre muy gordo. Cronometró las contracciones de Nellie y dijo a Nailles que regresaran al hospital a las diez y media de la noche. Cuando Nailles regresó, se lo llevaron a un consultorio para determinar su tipo sanguíneo. Nadie le dio explicaciones. Poco después apareció un amigo con una botella de whisky y un paquete de cigarrillos norteamericanos, dos cosas difíciles de conseguir en Roma en

aquella época. Las monjas no objetaron que bebieran; de hecho, les facilitaron vasos y hielo. El amigo de Nailles se fue a medianoche. El médico gordo llegó a las tres de la mañana. Transpiraba, y parecía preocupado.

—¿Mi mujer está en peligro? —preguntó Nailles.

—Sí, está en peligro. La vida es un peligro —dijo secamente el médico—. ¿Por qué los norteamericanos quieren ser inmortales?

—Por favor, explíqueme qué pasa —dijo Nailles.

—Lo que pasa es que, cuando esto haya concluido, aconsejaré a su esposa que no tenga más hijos.

En el parque al otro lado de la calle había pavos reales. Cuando amaneció comenzaron a graznar. Nailles pensó que era un portento. El médico reapareció a las ocho.

—Vaya a dar un paseo —dijo a Nailles—. Distráigase. Tome un poco de aire.

Nailles descendió la colina hacia San Pedro y entró en la basílica a rezar. Después, subió por la escalera que llegaba hasta la cúpula, donde todos esos santos y apóstoles gigantescos le daban la espalda. Roma le había encantado. Ahora le parecía siniestra; la ciudad de la loba. La loba quería matar a Nellie. El sangriento pasado de la ciudad reclamaba su vida. Roma iba a asesinar a Nellie.

Atravesó a pie la ciudad, tratando de embotar su dolor con cansancio. En un callejón vio un viejo que vendía calaveras y símbolos fálicos. En el café del zoológico pidió un Campari. Junto al café había una jaula de aves de rapiña, que desgarraban carne cruda con sus picos. Al salir del café vio una hiena y la jaula de los lobos. Cuando regresó al hospital, una monja le dijo que era padre de una criatura de cuatro kilos y que su esposa estaba fuera de peligro. Nailles aulló de alivio y anduvo dándose contra las paredes de la sala de espera. Por la noche lo dejaron ver a Nellie y a su hijo. Tony le pareció refulgente, lleno de ímpetu y vigor.

Mucho tiempo después, Nellie y él contemplaron la posibilidad de adoptar un hermanito para Tony, pero que un huérfano pusiera en tela de juicio la soberanía de Tony era algo que ninguno de los dos deseaba en absoluto.

Nailles no sabía de qué modo juzgar su valía como padre. Habían tenido una pelea seria cuando Tony tenía nueve años. De un día para otro, el niño había abandonado toda actividad deportiva y amistades, y se pasaba horas frente al televisor. La noche de la pelea llovía. Nailles entró en su casa por la puerta de la cocina. Nellie estaba cocinando. Nailles la besó en la nuca y le levantó la falda, pero ella se escabulló.

—Por favor, querido —dijo—. Esto no es un cabaret. Dejé sobre la mesa el boletín de calificaciones de Tony. Creo que deberías echarle un vistazo.

Nailles se preparó una copa y abrió el boletín. Todas las calificaciones eran bajas. Nailles se levantó y cruzó el comedor y el vestíbulo rumbo al living, donde Tony

estaba sentado frente al televisor. La única luz era la que emanaba, ondulante y submarina, de la pantalla. Con el ruido de la lluvia que caía afuera, el efecto era el de una caverna dentro de una cascada.

—¿Tienes tarea? —preguntó Nailles.

—Muy poca —contestó Tony.

—Deberías hacerla antes de ver televisión —dijo Nailles.

En la pantalla, unos dibujos animados bailaban con entusiasmo.

—Termina este programa y voy —dijo Tony.

—Me parece que deberías ir a hacerla ahora —dijo Nailles.

—Mamá me dejó ver este programa —dijo Tony.

—¿Desde cuándo pides permiso para ver televisión? —dijo Nailles. Sabía que, en la relación con su hijo, el sarcasmo sólo servía para multiplicar los malentendidos, pero estaba cansado y con poca paciencia.

—Jamás pides permiso. Llegas a casa a las tres y media, plantas la silla frente al televisor y te quedas ahí hasta la cena. Después de cenar, vuelves a sentarte frente al maldito aparato y te quedas ahí hasta las nueve. Si no haces tu tarea, ¿cómo pretendes mejorar tus notas?

—En la tele aprendo muchas cosas —dijo Tony con timidez—. Aprendo geografía, y cosas de animales y de estrellas.

—¿Qué estas aprendiendo ahora? —preguntó Nailles.

Los dibujos animados habían formado dos bandos, y cada uno tiraba del extremo de una soga. Un ave de gran tamaño cortó la soga con el pico, y los integrantes de ambos bandos cayeron al piso.

—Esto es distinto —dijo Tony—. No es de aprender. Sólo una parte lo es.

—Déjalo, Eliot —dijo Nellie desde la cocina, con voz suave y nítida. Nailles se dirigió a la cocina.

—¿No crees que estar desde las tres y media hasta las nueve frente al televisor, con un breve intervalo para cenar, es demasiado?

—Es mucho tiempo —asintió Nellie—, pero para él es muy importante. Ya se le va a pasar.

—Ya sé que es muy importante —dijo Nailles—. Cuando fuimos a comprar los regalos de Navidad, lo único que le importaba era volver frente al televisor. No le interesaba comprar regalos para ti, ni para sus primos, ni para sus tíos, ni para sus tías. Lo único que quería era el televisor. Como un adicto. Tenía síndrome de abstinencia. Parecía yo a la hora del cóctel; pero yo tengo treinta y cuatro años y al menos hago el esfuerzo de racionar el trago y el cigarrillo.

—No está en edad de racionar todavía —dijo Nellie.

—No puede ir a tirarse en trineo, ni jugar a la pelota, ni hacer su tarea, ni siquiera puede ir a dar un paseo porque se perdería un programa.

—Ya se le va a pasar —dijo Nellie.

—Las adicciones no se pasan solas. Hay que hacer un esfuerzo, o alguien tiene que hacerlo por uno. Las adicciones no se curan solas.

Y volvió a cruzar el vestíbulo y se internó en el living en penumbras, con su ondulante luz submarina y el ruido de la lluvia allá afuera. En la pantalla, un ceceoso vestido de payaso exhortaba a sus amigos a pedirle a mamita que les comprara un cochecito a pilas de líneas aerodinámicas. Nailles encendió una luz y vio que su hijo estaba totalmente absorto en el payaso ceceoso.

—Hablé con tu madre —dijo Nailles—, y decidimos que debemos hacer algo con este asunto de la televisión. —El payaso había dejado su lugar al dibujo animado de un elefante y un tigre bailando un vals—. Creo que una hora por día es suficiente. A ti te corresponde decidir qué hora.

Tony ya había recibido otras amenazas, pero siempre lo había salvado la intervención de su madre o la permisividad de Nailles. Ahora, ante la mera idea de las dolorosas, estériles horas vacías que pasaría en casa al volver de la escuela, el niño se echó a llorar.

—No hay llanto que valga —dijo Nailles, mientras otros animales se unían al vals del elefante y el tigre.

—No me importa —dijo Tony—. No es asunto tuyo.

—Eres mi hijo —dijo Nailles—, y es asunto mío que hagas lo que es debido. El verano pasado hubo que pagar un profesor particular para que te aprobaran, y si no mejoras tus calificaciones no aprobarás este año. ¿No te parece que es asunto mío que apruebes el curso? Si fuera por ti, ni siquiera irías a la escuela. Te levantarías por la mañana, encenderías el televisor y te lo pasarías ahí sentado hasta la hora de acostarte.

—Basta, no me importa, déjame en paz —dijo Tony, y apagó el televisor, cruzó el vestíbulo y comenzó a subir las escaleras.

—Hijo, vuelve aquí —gritó Nailles—. Vuelve ya mismo o subiré a buscarte.

—No le grites —dijo Nellie mientras salía de la cocina—. Estoy cocinando un estofado de ternera, y huele bien, y estaba feliz de que hubieras regresado, y ahora todo está por arruinarse.

—Yo también estaba feliz —dijo Nailles—, pero tenemos un problema y no podemos evadirlo sólo porque ese estofado de ternera huele bien.

Desde el pie de la escalera gritó:

—Hijo, baja de una vez o no habrá televisión durante un mes. ¿Me oyes? Baja ahora mismo o no te dejaré ver televisión un mes entero.

El niño descendió lentamente las escaleras.

—Ven aquí, siéntate —dijo Nailles—, y hablemos. Te dije que puedes ver una hora por día; sólo debes decirme qué hora prefieres.

—No sé —dijo Tony—. Me gusta el programa de las cuatro. Y el de las seis. Y el de las siete también...

—Es decir, que no puedes limitarte a una hora, ¿verdad?

—No sé —dijo Tony.

—Creo que necesito que me prepares una copa —dijo Nellie—. Whisky con soda.

Nailles preparó el trago y volvió a sentarse frente a Tony.

—Bien, si no puedes decidirlo —dijo Nailles—, yo decidiré por ti. Primero, debo asegurarme de que hayas hecho tu tarea antes de que enciendas el televisor.

—Pero nunca llego a casa antes de las tres y media —dijo Tony—, y a veces el autobús se demora. Si hago mi tarea me perderé el programa de las cuatro.

—Lo lamento —dijo Nailles—, lo lamento de verdad.

—Basta, déjalo en paz —dijo Nellie—. Por favor. Ya tuvo suficiente por hoy.

—No estamos hablando de hoy; estamos hablando de todos los días del año, incluso sábados, domingos y feriados. Ya que nadie aquí parece capaz de llegar a un acuerdo, voy a tomar la decisión yo. Tiraré ese maldito artefacto.

—No, papá, no —gritó Tony—. Por favor, no hagas eso. Por favor, por favor, por favor. Trataré. Trataré de mejorar.

—Has tratado durante meses sin el menor resultado —dijo Nailles—. Te lo pasas prometiendo que verás menos y cada día ves más. Tal vez tengas buenas intenciones, pero no se notan los resultados. Así que voy a tirar ahora mismo ese televisor.

—Oh, por favor, no lo hagas, Eliot —exclamó Nellie—. Te ruego que no lo hagas. Adora su televisión, ¿no te das cuenta de que la adora?

—Me doy cuenta perfectamente —dijo Nailles—. Por eso voy a tirarlo. Yo adoro el gin, y el cigarrillo, pero éste es el decimocuarto que fumo hoy y ésta es mi cuarta copa. Si me sentara a beber a las tres y media y siguiera bebiendo hasta las nueve, desearía que alguien me ayudase.

Desenchufó el televisor de un tirón y alzó el artefacto. Era pesado y de un tamaño difícil de maniobrar. Para transportarlo, Nailles tuvo que arquear la espalda como una embarazada. Con el cable arrastrando detrás se dirigió a la puerta de la cocina.

—Papá, papá, no lo hagas, no, no —rogó Tony, y cayó de rodillas, las manos unidas en súplica, gesto que seguramente había aprendido de un programa de televisión.

—Eliot, Eliot —gritó Nellie—. No lo hagas. Después te arrepentirás, Eliot. No lo hagas, por favor.

Tony corrió hacia su madre, y ella lo abrazó. Los dos lloraban.

—No lo hago por gusto —gritó Nailles—. Me agrada ver un partido de fútbol o béisbol cuando estoy en casa, y el que pagó esta condenada porquería fui yo. No hago esto por gusto. Lo hago por necesidad.

—No mires, no mires —dijo Nellie a Tony, y apretó el rostro del niño contra su falda.

La puerta de la cocina estaba cerrada, y Nailles tuvo que depositar el televisor en el piso para abrirla. La lluvia repiqueteaba sonoramente afuera. Con un esfuerzo volvió a levantar el aparato, abrió de un puntapié la puerta de alambre tejido y arrojó el televisor a las sombras. Aterrizó en el sendero de cemento y se hizo añicos con la musicalidad de un choque automovilístico. Nellie llevó a Tony por las escaleras a su dormitorio, y se arrojó sobre la cama matrimonial sollozando. Tony se le unió. Nailles cerró la puerta de la cocina al ruido de la lluvia y se sirvió otra copa. La quinta, dijo.

Todo eso había ocurrido ocho años antes.

6

Tony se había anotado en fútbol ese año, y logró entrar en el equipo B. Sus calificaciones seguían dejando que desear, especialmente francés, donde sus notas eran tan bajas que a la profesora le daba vergüenza anotarlas en el boletín. Una tarde, cuando él se disponía a sumarse al equipo para entrenar, dijeron por el altavoz que debía presentarse en dirección. A Tony le inquietaba menos enfrentar al director que perderse parte del entrenamiento. Cuando entró en dirección, una secretaria le dijo que se sentara a esperar.

—Pero tengo entrenamiento de fútbol. Ya estoy llegando tarde.

—El director está ocupado —contestó la secretaria.

—¿Puedo volver más tarde? ¿O mañana?

—Mañana también llegarías tarde a entrenamiento.

—¿No puedo verlo en horas de clase?

—No.

Tony miró alrededor. A pesar de la inexorable atmósfera de estudio que regía los claustros, aquel lugar le pareció de una exasperante irrealidad. El único elemento concreto y perdurable era una vitrina repleta de trofeos de atletismo que había contra la pared. A su debido momento lo hicieron pasar a la oficina del director y le dijeron que tomara asiento.

—Tony, ya reprobaste dos veces francés —dijo el director—, y todo indica que volverás a reprobarte este año. Tus padres quieren que vayas a la universidad y, como bien sabes, para ingresar necesitas haber aprobado al menos un idioma moderno. Tu coeficiente intelectual es muy elevado, la señorita Hoe y yo no entendemos qué es lo que pasa.

—Soy incapaz de hablar en francés, señor —dijo Tony—. Sencillamente no puedo con la pronunciación. A mi padre le pasa lo mismo. Es sólo eso. Suena falso.

El director presionó el intercomunicador y dijo:

—Señorita Hoe, ¿puede hablar ahora con Tony?

La respuesta afirmativa se oyó clara y nítida:

—Por supuesto.

—Ve a ver a la señorita Hoe —dijo el director.

—¿Puedo verla después de clases mañana, señor? Me estoy perdiendo el entrenamiento de fútbol.

—Creo que la señorita Hoe tiene algo que decirte al respecto. Te está esperando.

La señorita Hoe estaba esperándolo en un aula cuya luminosidad no sirvió de nada para reanimarlo. Faltaba poco para que atardeciera; Tony ya se había perdido el precalentamiento y los ejercicios de pase y tacle. La señorita Hoe estaba sentada delante de un afiche enorme de los muros de Carcassonne. Era la única superficie de

colores normales en toda la habitación. Las luces fluorescentes del cielo raso y su reflejo en el esmalte de las paredes daban al aula el aspecto de una caverna incandescente, completamente ajena a la penumbra en que se iba extinguendo la tarde otoñal allá afuera; era como si la energía que iluminaba aquella habitación viniera de otro condado, mucho más al norte, donde ya estaba nevando. Los pupitres y el escritorio eran de plástico brillante. Hasta el encerado del piso vinílico encandilaba.

—Entra, Tony. Toma asiento, por favor. Es hora de que conversemos un poco.

La señorita Hoe^[5] podría haber sido bonita —sus rasgos eran menudos y delicados—, pero tenía la piel de una palidez macilenta y bajo aquella impiadosa luz se le notaban unos pelos en el mentón. Su cintura era muy estrecha, y parecía darle orgullo porque siempre usaba cinturones o cadenas que le marcaran el talle, ya veces se recogía el pelo con una vincha de lo más juvenil. Su boca era demasiado pequeña, si se consideraba el arduo esfuerzo que implicaba la pronunciación de las vocales francesas. No usaba perfume, y su cuerpo exhalaba la acre tibieza humana de todo final de jornada.

Por supuesto, vivía sola; pero respetaremos su intimidad evitando toda intromisión en los aspectos clínicos de su virginidad, así como en el inventario de muebles y adornos que atestaban su departamento de un ambiente. Su soltería la predisponía a auténticos ataques de pánico. Tenía cuatro cerrojos en la puerta de su departamento, y siempre llevaba en el bolso un frasco de amoníaco, para echarle a los ojos a quien la atacara en la calle. Había leído por ahí que los ataques de pánico era un síntoma de represión sexual. Podía entender que su soltería y su virginidad la hicieran reprimida a los ojos de los demás. Pero el pánico debía adjudicarse en partes por lo menos iguales a la represión y a las noticias que traían los diarios. No era su represión lo que había hecho aumentar los casos de abuso sexual. La señorita Hoe había terminado por creer que había una conspiración anárquica de psicópatas en marcha. Mujeres como ella aparecían violadas, mutiladas o estranguladas todas las semanas, e incluso diariamente. Cada momento sola en la oscuridad la hacía desfallecer de miedo. Y, como soñaba a menudo que era violada por un energúmeno en una zanja, su represión había terminado por fundirse con el pánico.

—¿Qué día naciste, Tony? —preguntó.

—El 27 de mayo.

—Lo sabía —dijo ella—. Géminis.

—¿Qué?

—Es la constelación bajo cuyo signo naciste. Géminis determina muchas de las características de tu personalidad, y casi me animaría a decir de tu destino. Los hombres nacidos bajo el signo de Géminis son buenos para los idiomas. Eso demuestra que podrías hacer mejor las cosas en mi clase, incluso podrías hacerlas en

forma brillante. No se puede negar la influencia de las estrellas, ¿no crees?

Tony desvió los ojos hacia la ventana. Aún había luz para ver el contorno y hasta el color de los árboles, lo suficiente como para competir con la incandescente caverna en la que estaban; pero en diez minutos ya no sería capaz de ver en la ventana otra cosa que el reflejo de la señorita Hoe y de sí mismo. No sabía nada de astrología, salvo que era un pasatiempo para tontos. Si la señorita Hoe era capaz de leer en las estrellas, seguramente ya sabría (y en eso Tony acertaba) que su destino era vivir sola, sin amor, sin hijos y sin consuelo.

Entonces ella suspiró, y él tuvo súbita conciencia de la manera en que respiraba: la tenue sibilancia de ese pecho magro al llenarse y vaciarse. Fue una sensación de tal intimidad —como si uno estuviera en brazos del otro—, que Tony corrió la silla hacia atrás con brusquedad. El sonido de las patas contra el piso vinílico quebró el trance.

—Tony, he hablado de todo esto con el señor Northrup y llegamos a una conclusión. Ya que te resulta tan difícil administrar tu tiempo, vamos a ayudarte. Queremos que dejes fútbol.

El muchacho no se esperaba tan desproporcionado castigo. No quería llorar, pero sus conductos lacrimales se estaban congestionando. Esa mujer no sabía lo que decía. Qué podía saber de fútbol una profesora de francés. Tony amaba el fútbol, la táctica, la repentización, la camiseta y hasta la pelota misma, su forma, color y olor, el modo en que giraba en espiral en el aire y encajaba a la perfección entre su brazo y su caja torácica. Amaba la época del año en que se jugaba, amaba los viajes en ómnibus a otras escuelas, incluso amaba estar en el banco de suplentes. No había nada más natural que el fútbol para él en esa época de su vida. ¿Cómo podían despojarlo de eso y reemplazarlo con verbos franceses?

—Señorita Hoe, usted no sabe lo que está diciendo.

—Tony, me temo que lo sé perfectamente. Ya hablé con el entrenador.

—¿Con el entrenador?

—Sí, y él también cree que sería mejor para ti y para la escuela, y hasta para el equipo de fútbol, que dedicaras más tiempo a tus estudios.

—¿El entrenador dijo eso?

—El entrenador dijo que pones mucho entusiasmo, pero que de ningún modo te considera indispensable. A veces se pregunta si no estás perdiendo el tiempo.

Tony se puso de pie.

—¿Sabe qué, señorita Hoe? —dijo.

—Qué, Tony. ¿Qué quieres decirme, querido?

—Que podría matarla —dijo él—. Podría estranglarla en este instante.

Ella se echó hacia atrás, tumbó la silla contra los muros de Carcassonne y comenzó a gritar. El griterío atrajo al señor Graham, el profesor de latín, y al señor Clark de ciencias. Ambos entraron corriendo en el aula. La señorita Hoe estaba contra

la pared, detrás de su escritorio, señalando con el brazo extendido a Tony.

—Intentó matarme —gritó—. Quería matarme.

—Vamos, vamos, Mildred —dijo el señor Graham—. Cálmate, por favor.

—Quiero que venga la policía —siguió gritando ella—. Llamen a la policía.

El señor Clark pidió por el intercomunicador a la secretaria que llamase a la policía. Luego levantó la silla de la señorita Hoe. Ella se sentó, aún jadeante y temblorosa pero con la severidad con que enfrentaba a una clase díscola. Tony se limitaba a mirarse las manos. Poco después oyeron a lo lejos el sonido de una sirena policial, cuya perentoriedad y estridencia se correspondía menos con el crepúsculo otoñal que con un drama televisivo en el que ellos eran los actores y lo que estaba en juego no eran minucias tales como un puñado de malas notas en francés o una reacción mal interpretada. Tony era el hermano perdido de la señorita Hoe, que había regresado del extranjero con la noticia de que la bella madre de ambos era una reconocida espía comunista. El profesor de ciencias era el marido de la señorita Hoe —un fracasado cuyas desventuras comerciales y excesos alcohólicos la habían llevado a ella al borde del colapso nervioso—, y el señor Clark era del FBI. Cuando calló la sirena policial, fue como si el dilema que los comprometía se interrumpiera momentáneamente para dar paso a una tanda comercial de analgésicos y detergentes, hasta que el oficial de policía entró en el aula y preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?

El oficial se esperaba un caso de vandalismo. Aunque no fuera la hora del día en que ocurrían tales episodios, ésa era la causa habitual de los llamados que recibían de la escuela. Pero qué era lo que llevaba a los chicos a destrozarse las tapas de los pupitres y romper las ventanas, lo ignoraba olímpicamente.

La señorita Hoe alzó la cabeza. Su rostro bañado en lágrimas era patético.

—Intentó matarme —dijo, señalando a Tony—. Quería matarme.

—Vamos, Mildred —dijo el señor Clark—. Cálmate, ya pasó.

—¿No hay protección para mujeres como yo? —exclamó ella fuera de sí—. ¿Van a quedarse así, sin hacer nada, y dejar que siga suelto este asesino, hasta que una noche me encuentren estrangulada en un callejón? ¿Cómo saben que no tiene un cuchillo? ¿Lo han registrado? ¿Le han preguntado siquiera si está armado?

—Hijo, ¿estás armado? —preguntó el policía.

—No —dijo Tony.

—¿Has intentado matar a esta señora?

—No, señor —dijo Tony.

—¿Querías matarla?

—No, señor. Me enojé con ella y le dije que quería hacerlo, pero no la toqué. Ni pensaba tocarla.

—Exijo que hagan algo —dijo la señorita Hoe—. Tengo derecho a que me

protejan.

—Señora, ¿quiere presentar cargos? Serían por amenaza e intento de agresión.

—Eso mismo —dijo la señorita Hoe.

—Muy bien; nos lo llevaremos a la comisaría. Vamos, hijo.

El pasillo estaba atestado de profesores, secretarias y empleados de mantenimiento. Nadie sabía lo que había ocurrido y todos preguntaban a todos de qué se trataba todo aquel alboroto. Tony y el policía ya habían llegado al fin del pasillo y estaban a punto de desaparecer de la vista de todos cuando la señorita Hoe gritó desde el otro extremo:

—Oficial, oficial.

Era una voz tan atribulada que el policía se frenó en el acto y se volvió.

—¿Pueden llevarme a casa en su patrullero?

—¿Dónde vive?

—En Warwick Gardens.

—Está bien.

—Déme un minuto.

Se puso el abrigo, apagó las luces del aula, cerró la puerta con llave y se abrió paso por el pasillo hasta llegar donde ellos esperaban. Subió al asiento trasero del patrullero. Tony iba adelante, entre los dos policías.

—Muy amables de su parte llevarme a casa —dijo la señorita Hoe—. Les agradezco. La oscuridad me da un miedo terrible. Cada vez que bajo a almorzar a la cafetería lo primero que pienso es que en cuatro horas va a oscurecer. Ojalá nunca anocheciera... nunca. Sin duda habrán sabido de esa mujer que apareció estrangulada en Maple el mes pasado. Tenía mi edad, el mismo nombre de pila que yo, hasta éramos del mismo signo. Y todavía no encontraron al asesino...

Uno de los policías la acompañó hasta la puerta del edificio, y después siguieron viaje hasta la comisaría, en el centro del pueblo. Tony explicó que su madre estaba en la ciudad, pero que su padre generalmente regresaba en el tren de las 18:32.

—El juez no vendrá hasta las ocho —dijo uno de los policías—, y no podemos darte entrada si no está el juez. Pero no te veo muy peligroso, de manera que te entregaremos en custodia a tu padre apenas él vuelva a casa. Esa mujer parecía un poco histérica...

Era, por supuesto, la primera vez que Tony pisaba una comisaría. El edificio era nuevo, nada rudimentario pero un poco sórdido. Los tubos fluorescentes emitían una luz desangelada, granulosa, y una voz extraordinariamente áspera brotaba de una radio: «Altura: un metro sesenta y ocho», estaba diciendo la voz. «Ojos: azules. Dientes: torcidos. Cicatriz en la mejilla derecha. Mancha de nacimiento en la nuca. Peso: ochenta kilogramos. Buscado por asesinato...»

Anotaron el nombre y la dirección de Tony y le dijeron que tomara asiento. El

único otro civil era un hombre de aspecto descuidado, que llevaba una bufanda de seda blanca al cuello. Su ropa estaba grasienta y raída y tenía las manos sucias, pero la bufanda de seda blanca era una declaración de dignidad.

—¿Cuánto tiempo me tendrán aquí? —preguntó al oficial detrás del escritorio.

—Hasta que venga el juez.

—¿De qué se me acusa?

—Vagancia.

—Lo único que hice fue tomar un taxi hasta la Veintisiete —dijo el vagabundo—. En el camino le pedí al tipo que frenase porque quería mear, y apenas bajé, él arrancó y se fue. ¿Por qué haría algo así? —El oficial carraspeó y luego tosió—. Veo que no le queda mucho en este mundo —dijo el vagabundo—. Con una tos así, no le doy muchos años. Ja, ja, ja. Eso mismo me dijo un médico hace veintiocho años. ¿Y sabe dónde está ahora? Dos metros bajo tierra. Alimentando las margaritas desde abajo. Murió un año después de decirme lo que me dijo. El secreto para mantenerse joven es leer libros para niños. Si uno sigue leyendo libros para niños, se mantiene joven. Las novelas, la filosofía y todas esas cosas nos hacen envejecer. ¿Le gusta pescar en el río?

—A veces —dijo el oficial con toda la indiferencia posible.

El vagabundo ofendía su olfato, su visión y su sentido de armonía de las cosas, no por su evidente excentricidad sino porque ya había oído la misma historia muchas veces.

Eran todos iguales, se parecían entre sí mucho más que los ejecutivos que tomaban el tren de las 18:32 desde la ciudad. Todos los vagabundos tenían teorías igualmente descabelladas, antecedentes igualmente excéntricos, practicaban dietas igualmente absurdas, apelaban a los mismos trucos para iniciar una conversación y solían llevar siempre una prenda refinada y sucia como aquella bufanda de seda blanca.

—Espero que no coma lo que pesca —dijo el vagabundo—. Ese río no es más que una cloaca. Toda la mierda de Nueva York viene con la marea dos veces al día. Usted no se comería un pescado que encontrara en el inodoro, ¿verdad? ¿Verdad?

Entonces se volvió a Tony y le preguntó:

—Hijo, ¿por qué estás aquí?

—No se lo digas —intervino el oficial—. No tiene derecho a hacer preguntas.

—¿No puedo mostrarme amable? —dijo el vagabundo—. Si conversamos un poco, tal vez descubramos algún interés en común. Por ejemplo, yo estudié las costumbres y la historia de los indios cherokees, cosa que le parece interesante a mucha gente. Una vez viví tres meses en una reserva de Oklahoma. Vestía su misma ropa, estudiaba sus costumbres y comía su comida. ¿Sabían que comen perros? Es su alimento favorita. Los hierven, o a veces los asan, y...

—Cállese —dijo el oficial.

A las siete menos cuarto llamaron a Nailles a su casa. Él dijo que iría para allá inmediatamente. Cuando entró en la comisaría y vio a su hijo, el primer impulso que tuvo fue abrazarlo, pero a último momento se contuvo.

—Puede llevárselo —dijo el oficial—. No creo que haya pasado nada. Él mismo se lo contará. Me parece que la persona que levantó cargos contra él estaba un poco histérica.

Mientras volvían a casa, Tony relató a su padre lo que había ocurrido. Nailles fue incapaz de ofrecer al muchacho un consejo, una opinión, una experiencia similar, cualquier reacción mínimamente paterna que fuera de utilidad en un momento como ése. Comprendía lo que significaba para el muchacho saberse excluido del equipo y hasta podía coincidir con las amenazas a la señorita Hoe. Entonces se levantó una brisa al paso del auto, y arremolinó hojas de todos los colores —sobre todo amarillas— a la luz de los faros.

Todo lo que pudo decirle Nailles a su hijo fue:

—Me encanta cuando las hojas se arremolinan a la luz de los faros. No sé por qué. Quiero decir, no son más que hojas secas, no sirven para nada, pero me encanta verlas flotar así.

Era un sábado de otoño a la tarde.

Detrás de la casa, cerca del bosque de olmos secos, había un estanque donde en primavera anidaba una bandada de mirlos de alas rojas. Según la ley de su especie, hubieran debido emigrar al sur en otoño, pero la cantidad de comederos llenos de alpiste que había en los jardines del vecindario amortiguó sus instintos migratorios, de modo que las aves, absolutamente confundidas, permanecían todo el otoño y el invierno en Bullet Park. Su canto —dos notas ascendentes y un trino áspero, como el de la cigarra— estaba indisolublemente ligado a los atardeceres de verano, pero ahora se lo oía también en otoño y hasta cuando había nieve. Oír esa música estival en los últimos días clementes del año era como escuchar un fragmento de ópera en el cual la heroína, condenada a muerte, oye en su celda oscura (*Orrido Carcere*) la dulce melodía de amor entonada al comienzo del segundo acto. Ese día soplaba viento del oeste, y después del almuerzo se empezó a oír el tum-tum-tum del bombo de la banda, ensayando antes del partido de fútbol.

Después de que lo excluyeron del equipo, Tony no dedicó sus horas libres a estudiar los verbos irregulares en francés precisamente. En cambio, leía poesía, como si estuviera compartiendo con los poetas la dolorosa experiencia de estar forzado a representar el papel de espectador. Nunca había leído poesía antes. Nailles no era tan necio como para prohibírselo, pero se sentía incómodo. Podía aceptar que la poesía era una de las artes más elevadas, pero le costaba quitarse de la cabeza la convicción de que el asunto pertenecía a la órbita de las mujeres, o de los hombres de sensibilidad mórbida.

Esa tarde, apenas Tony oyó el bombo, subió a su cuarto y se recostó. Nailles estaba preocupado y lo llamó desde la escalera.

—Tony, Tony, ¿quieres que hagamos algo? Vamos a dar una vuelta, o algo.

—No, gracias, papá —contestó Tony—. Más tarde iré a la ciudad a ver una película, o un partido de básquet.

—Muy bien —dijo Nailles—. Te llevaré a la estación.

Esa noche, cuando se despertó a eso de las tres, Nailles salió de su cama y atravesó el pasillo en dirección al cuarto de Tony. Se sentía viejo, como si durante el sueño le hubiesen canjeado sus fantasías de hombre fuerte y saludable —montañas cubiertas de nieve, mujeres bellas— por los desvelos de un octogenario decrepito que temía haber perdido su dentadura postiza. Se sentía frágil, marchito, como una sombra de sí mismo. La cama de Tony estaba vacía.

—Oh, Dios mío —dijo en voz alta. Su único y amado hijo había caído en manos de ladrones, pervertidos, prostitutas, asesinos o drogadictos. No temía tanto los sufrimientos en sí que pudiera experimentar su hijo como el hecho de que, si Tony

experimentara sufrimientos inconcebibles, él carecería de recursos para protegerlo del derrumbe de lo que hasta entonces conformaba su amado reino. Sin su hijo no podía vivir. Sin su hijo temía a la muerte.

Regresó por el pasillo, cerró la puerta de su dormitorio, donde Nellie dormía y bajó a telefonar a la Oficina de Personas Desaparecidas de Nueva York. Nadie contestó. Entonces llamó a la central de policía, pero no tenían datos de nadie que se pareciera a Tony. Les dejó su número y pidió que lo llamasen si había noticias. Bebió medio vaso de whisky y después se paseó por el living repitiendo:

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío, Dios mío.

Después volvió a subir, tomó un Nembutal, se metió en la cama y pocos minutos después se durmió. Despertó a las siete y media. Fue al cuarto de Tony. Seguía vacío. Entonces despertó a Nellie y le contó que el muchacho no estaba. Telefoneó otra vez a la Oficina de Personas Desaparecidas, pero no contestó nadie, y cuando llamó a la policía no supieron decirle nada. El siguiente tren de Nueva York llegaba a las 8:10, y como no se le ocurría otra cosa que hacer, trató de infundirse una esperanza tan obstinada como incierta: Tony llegaría en ese tren. Nailles sentía que, si creía en eso con fuerza suficiente, el muchacho reaparecería. Fue en su auto a la estación y, cuando llegó el tren, vio bajar a Tony en compañía de esos misteriosos hombres y mujeres que viajan en tren los domingos por la mañana y que invariablemente llevan misteriosas bolsas de papel en la mano. Nailles abrazó a su hijo hasta que le crujieron los huesos y preguntó:

—Tony, Dios mío, ¿por qué no nos llamaste, por qué no avisaste?

—Era muy tarde, papá. No quería despertarlos.

—¿Qué pasó?

—Bueno, estaba un poco deprimido por el asunto del fútbol, así que al llegar a la ciudad pensé comprar un libro de poesía. Entré en una librería, y me puse a charlar con una mujer muy agradable, la señora Hubbard^[6], y se me ocurrió invitarla a cenar y ella me propuso en cambio ir a su departamento. Dijo que podía preparar ella misma la cena; y yo acepté.

—¿Pasaste la noche con ella?

—Sí.

Nailles sabía que su hijo ya era un varón desarrollado, y no tenía motivos para protestar si el muchacho se había comportado como tal; pero ¿qué clase de mujer levantaba a un joven en una librería, y lo arrastraba a su cama?

—¿Era una prostituta?

—No, no, papá. Es muy simpática. Es viuda. Estudió en Smith. El marido murió en la guerra.

El asunto empezó a irritar a Nailles. ¿Porque ella había dado a su marido a la patria, él debía darle su hijo? Las viudas de guerra debían casarse de nuevo, no

exhibir su desamparo a los ojos de la sociedad poniendo en evidencia las injusticias de la guerra. Si era tan atractiva, despierta y decente, ¿por qué no había vuelto a casarse?

—No podemos decirle eso a tu madre. La mataría. Tendremos que inventar una excusa. Fuiste a un partido de básquet, se hizo tarde y pasaste la noche en casa de los Crutchman^[7].

—Pero la invité a almorzar con nosotros hoy.

—¿Qué?

—La señora Hubbard. Viene a almorzar.

—Oh, Dios mío —dijo Nailles—. ¿Cómo se te ocurrió hacer algo semejante?

—Está sola, y me parece que no tiene muchos amigos, y además tú siempre me has dicho que invite gente a casa.

—Está bien —dijo Nailles—. Diremos lo siguiente: entraste en una librería, conociste a una viuda de guerra que se sentía sola y la invitaste a almorzar con nosotros. Después te fuiste a cenar, viste el partido de básquet y pasaste la noche en casa de los Crutchman. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré.

—Más vale que lo intentes.

Nellie abrazó cariñosamente a su hijo cuando llegaron. Tony dijo que había invitado a almorzar a una viuda, y Nailles se apresuró a agregar que Tony había pasado la noche en casa de los Crutchman. El muchacho podía a lo sumo pecar por omisión, pero Nailles lo sabía incapaz de mentirle en la cara a su madre.

—¿Cómo están los Crutchman? —preguntó Nellie—. Hace tanto que no los veo. ¿Es bonito el cuarto de huéspedes? Siempre están insistiendo para que nos quedemos, pero a mí me gusta volver a casa. Deberíamos enviarles una atención. ¿Te parece bien unas flores? Podría escribirles unas líneas.

—Eh, no te molestes —dijo Nailles—. Yo me encargo.

Después del desayuno Nailles preguntó a Tony si quería cortar leña, pero el muchacho dijo que prefería hacer su tarea. La palabra conmovió a Nailles con su carga de inocencia, pubertad, pureza y sencillez; todo eso que había sido corrompido en la cama de aquella viuda de guerra. Cortó leña hasta que se hizo la hora de bañarse y vestirse, y después se sirvió una copa. Nellie estaba cocinando una pata de cordero, y el candoroso aroma invadía la casa. Nailles contempló a su esposa, sondeando el menor indicio de sospecha, aprensión o duda, pero la vio tan inocentemente ajena a todo que fue hasta la cocina y la besó. Después se plantó frente a la ventana del living a esperar.

Tony estacionó el auto y bajó a abrirla la puerta a la señora Hubbard, que descendió riendo. Vestía un abrigo gris abierto, con cuello de terciopelo y traía un paraguas, que apoyaba a su paso como si fuese un bastón. Iba descaradamente del

brazo de Tony. Era más baja que él y alzaba el rostro hacia el joven en una actitud de coqueteo que irritó a Nailles. No llevaba sombrero, y tenía el pelo de un rojizo indefinido, sin duda teñido. Nailles le dio treinta años. Usaba tacos muy altos, que destacaban sus pantorrillas. Tenía el rostro demasiado redondo, Nailles se preguntó si a causa del alcohol u otro tipo de excesos. Abrió la puerta y saludó cortésmente, y la mujer le contestó:

—Es un gesto tan divino, compadecerse de una pobre viuda.

Tony recogió su abrigo.

—Encantada de conocerla —dijo Nellie, desde el living—. Por favor, pase —agregó, y señaló vagamente hacia el fuego que ardía en el hogar. Su rostro expresaba el placer que le daba siempre mostrar su casa e invitar a su mesa a quien se sentía solo.

—Qué casa tan divina —dijo la señora Hubbard, los ojos fijos en la alfombra. Nailles sospechó que usaba anteojos.

—¿Puedo prepararle una copa? —preguntó Nailles—. Los domingos acostumbramos beber Manhattans.

—Cualquier bebida me vendría divino —dijo la señora Hubbard, y Nailles se dirigió a la barra. Tony preguntó si podía ayudar. Nailles pensó que podía ayudar echándola de la casa, pero no dijo nada.

—¿Se le hizo pesado el viaje? —preguntó Nellie.

—En realidad, para nada —dijo la señora Hubbard—. Tuve la suerte de encontrar un compañero de viaje de lo más interesante... un joven que según parece tiene propiedades en la zona. No recuerdo su nombre. Creo que era italiano. Tenía los ojos muy oscuros... Hmm —dijo cuando vio una novela sobre la mesa—. O'Hara.

—Estaba hojeándola solamente —dijo Nellie—. Quiero decir, si una conoce gente como la que él describe en ese libro, basta hojear unas páginas para entender lo desequilibrada que tiene la mente ese tipo. La mayoría de nuestro grupo es feliz en su matrimonio y vive con sencillez. Prefiero infinitamente las obras de Camus. —Nellie pronunció *Camuuú*—. Tenemos un grupo de lectura muy activo, y ahora estamos leyendo Camus.

—¿Qué libro de Camus?

—Ahora no recuerdo los títulos —dijo Nellie—. Estamos leyéndolo *todo*.

Hay que decir en favor de la señora Hubbard que no insistió en el tema. Tony le trajo un cenicero, y Nailles contempló con atención el comportamiento de su querido hijo. La actitud de Tony hacia ella era viril y cortés. En ningún momento la tocó, pero la miraba de un modo posesivo, íntimo. Parecía completamente satisfecho. Nailles no entendía cómo esa mujer tenía el descaro de presentarse ante ellos después de corromper a su hijo. ¿Era totalmente amoral? ¿Creía que *ellos* eran totalmente amorales? Pero el sentimiento más intenso y extraño que lo embargaba, ante el aire

de superioridad del muchacho, era el de haber sido depuesto. Como en esas leyendas de los tiempos en que los hombres usaban coronas y vivían en torres de piedra, y el príncipe bastardo, el usurpador, lograba acceder al trono. Toda la autoridad sexual que emanaba de su lecho matrimonial y se extendía por todos los cuartos de la casa estaba siendo cuestionada. Como si no hubiera espacio para dos varones en ese reino erótico. Nailles no sentía el desafío sino la inevitabilidad, y sólo pensaba en arrastrar a Nellie arriba y demostrarse a sí mismo, como un gallo viejo, que el cetro aún era suyo, y que el joven príncipe mejor siguiera ocupándose de manzanas de oro y demás tonterías.

—¿Cómo perdió a su marido, señora Hubbard? —preguntó Nellie.

—En realidad no lo sé —dijo ella—. No me dieron muchos detalles. Sólo dijeron que murió en combate, y que eso me daba derecho a la pensión. Pero qué perro más divino —exclamó cuando Tessie entró en la habitación—. Adoro los setters. Papá criaba. Tuvo algunos que incluso ganaron premios.

—¿Dónde? —preguntó Nailles.

—En la isla —dijo la señora Hubbard—. Teníamos una casa muy grande en la isla, hasta que papá perdió su dinero. Y, cuando digo perdió, quiero decir que lo perdió todo.

—¿Dónde competían sus perros?

—Sobre todo en la isla. Una vez llevó uno a un concurso en Nueva York, pero no le gustó el ambiente.

—¿Pasamos al comedor? —propuso Nellie.

—¿Puedo usar las instalaciones antes? —preguntó la señora Hubbard.

—¿Las qué? —preguntó Nellie.

—El baño —dijo la señora Hubbard.

—Sí, claro. Disculpe.

Nellie trinchó el cordero y no se dijo absolutamente nada interesante o significativo hasta más o menos la mitad del almuerzo, cuando la señora Hubbard empezó elogiando las habilidades culinarias de Nellie y pasó a decir:

—Es divino tener un lugar tan apropiado para el almuerzo dominical —dijo—. Mi piso es muy pequeño, y mis ingresos también, así que jamás puedo hacer cordero. Anoche, el pobre Tony tuvo que arreglarse con una hamburguesa.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Nellie.

—Emma me dio de comer en su casa —dijo Tony.

—¿No estuviste en casa de los Crutchman?

—No, mamá —dijo Tony.

Nellie comprendió todo de golpe y quedó con la mirada perdida en el aire. ¿Debía abalanzarse a la yugular de esa desconocida que había mancillado a su inocente hijo? Puta. Perra. Yegua. Degenerada. ¿Debía echarse a llorar y abandonar la mesa? Tony

era el único que miraba a su madre, y parecía estar temiendo cada una de estas alternativas. ¿Qué ocurriría entonces? Él iría tras ella, escaleras arriba, repitiendo: «Mamá, mamá, mamá». Y Nailles pediría un taxi que se llevase para siempre a la sucia señora Hubbard. Pero Nellie se limitó a dejar su plato, encender un cigarrillo y a continuación dijo:

—Juguemos al Baúl de la Abuela. Siempre jugábamos cuando Tony era niño y las cosas no andaban bien.

—Sí, juguemos —dijo la señora Hubbard, que no terminaba de entender lo que estaba ocurriendo.

—Abrí el baúl de la abuela y metí un piano de cola —dijo Nellie.

—Abrí el baúl de la abuela y metí un piano de cola y un cenicero —dijo Nailles.

—Abrí el baúl de la abuela y metí un piano de cola y un cenicero y un libro de Dylan Thomas —dijo la señora Hubbard.

—Abrí el baúl de la abuela y metí un piano de cola y un cenicero y un libro de Dylan Thomas y una pelota de fútbol —dijo Tony.

—Abrí el baúl de la abuela y metí un piano de cola y un cenicero y un libro de Dylan Thomas y una pelota de fútbol y un pañuelo —dijo Nellie.

—Abrí el baúl de la abuela y metí un piano de cola y un cenicero y un libro de Dylan Thomas y una pelota de fútbol y un pañuelo y un bate de béisbol —dijo Nailles.

Así llegaron al final del almuerzo, y cuando se levantaron de la mesa la señora Hubbard pidió que la llevaran a la estación. Agradeció a Nailles y a Nellie, se puso el abrigo, abrió la puerta y volvió sobre sus pasos, haciendo a un lado a Tony:

—Casi me olvido el paraguas.

Cuando el taxi se alejaba, Nellie se puso a llorar. Nailles la abrazó, mientras le decía:

—Ya pasó, querida, ya pasó.

Pero ella se soltó y subió a su dormitorio. Cuando Tony volvió, Nailles le dijo que su madre estaba descansando.

—Por el amor de Dios, hijo, te pido que nunca vuelvas a hacer algo semejante.

—No lo haré, papá —dijo Tony.

Dos noches antes de que a Tony lo afectara eso que Nailles insistía en diagnosticar como mononucleosis, sus padres habían ido a una cena en casa de los Ridley.

Los Ridley eran una pareja que aportaba a la sagrada institución del matrimonio un toque decididamente mercantil, como si casarse y concebir, criar y educar hijos fuese como manufacturar y comercializar productos de primera necesidad, en cuya elaboración competían con otros fabricantes. No eran George y Helen Ridley; eran los Ridley. Uno sentía que bien podían formar una sociedad anónima y vender acciones de su destino en la Bolsa. En la entrada de su casa habían clavado un cartel que decía *Los Ridley*. En la puerta de su camioneta habían hecho pintar la misma leyenda. En su casa, las cajas de fósforos, los individuales y las servilletas tenían un monograma con su apellido. Cada vez que recibían invitados, el matrimonio presentaba a sus bellos hijos tal como un vendedor expone los méritos de un modelo nuevo de auto en una concesionaria. Las penas y entusiasmos, los anhelos carnales y sórdidas inquietudes del matrimonio parecían no haber menoscabado jamás la eficacia de su organización. Uno sentía que hasta tenían sucursales y un batallón de vendedores a domicilio.

Los Ridley eran tan mezquinos con su bebida que cuando Nailles y Nellie regresaron a casa, él se dirigió a la barra a preparar una copa para cada uno.

Nailles se puso los anteojos para medir el whisky. A Nellie le pareció que calculaba con excesiva meticulosidad la medida de alcohol, el hielo y la soda, y advirtió que sobre un costado de la boca de su marido había una ancha huella de lápiz labial. Quizás había besado inocentemente a alguien en un rincón, eso no la inquietaba; pero esa marca carmesí le daba un aire ridículo. La utilidad procreadora de Eliot había concluido, pensó Nellie, pero su comezón venérea se mantenía intacta. Mientras Nellie lo miraba, Nailles se rascó la entrepierna, y eso la llevó a preguntarse si no había una obsolescencia alarmante en los hombres pasados los cuarenta, cierto error de cálculo de la naturaleza, al conservarles esa ociosa energía sensual con la que eran capaces de poblar por sí solos una ciudad pequeña. Más tarde, cuando Nailles se le insinuó en la cama, ella no lo expulsó de mal modo pero le dio a entender claramente que no era bienvenido.

A Nailles no le simpatizaban los hombres que temían a las mujeres. Tenía un amigo de joven que padecía esa terrible debilidad. Se llamaba Harry Pile^[8], y había temido toda su vida a las mujeres. Naturalmente, el asunto había comenzado con su madre, una mujer impetuosa, de grandes pechos, que con sus órdenes contradictorias había quebrado el espíritu de su marido y castigaba a su único hijo con un bastón nudoso. Cuando Pile tenía ocho o nueve años se enamoró de una chica llamada Janet

Forbes, que era un poco impresionable pero bastante formidable a su manera. Tenía músculos, la voz un poco ronca para una niña, y su tío, Wilbert Forbes, había descubierto en Alaska una montaña que llevaba su nombre. Que el objeto de sus desvelos llevase el mismo nombre que una montaña sugería cierta inaccesibilidad que a Harry lo intimidaba y complacía al mismo tiempo. En el colegio y en la universidad, Pile se enamoró invariablemente de mujeres que se caracterizaban por su independencia y su temperamento intratable. Su primer matrimonio fue con una joven bella y enérgica que le dio tres hijas y después huyó con un camarero italiano. Esta experiencia intensificó sus temores. Su segunda esposa era tan recatada, tímida y melancólica que pareció que Pile había superado sus miedos; pero luego resultó que era alcohólica y se convirtió en otra fuente de temor para él. Entretanto las hijas del primer matrimonio se habían convertido en tres jóvenes decididas y porfiadas, y una vez que Pile intentó corregir a la mayor, ella le rompió una lámpara en la cabeza. Fue Pile quien recogió los pedazos y quien puso distancia a partir de entonces.

Pile temía a su secretaria, a la recepcionista y a las desconocidas que se cruzaba por la calle. Cumplidos los treinta enfermó, y cuando Nailles fue a visitarlo al hospital descubrió que, por supuesto, Pile temía a las enfermeras, incluso a las bondadosas y maternales voluntarias que traían libros y revistas a los enfermos. Su deterioro fue fulminante. La última vez que Nailles fue al hospital lo encontró demacrado y apenas capaz de hablar. Le preguntó si necesitaba algo y Pile negó con la cabeza. Le preguntó si había alguien a quien deseara ver y Pile se limitó a suspirar. Hasta que finalmente habló, en un murmullo ronco:

—¿Crees que Dios es mujer? —preguntó. Fue una de las últimas cosas que dijo. Quizá la última, porque murió esa noche.

Nailles no temía a Nellie, pero no la molestó más esa noche. Frustrado e indignado se dirigió al cuarto de huéspedes y durmió allí.

Si uno conocía a Nailles en un tren, avión, barco u ómnibus y le preguntaba a qué se dedicaba, él solía contestar que era bioquímico. Si uno insistía, era probable que dijese que trabajaba para la Saffron Corporation; pero eso era todo lo que uno podía sacarle. Efectivamente había estudiado unos años de bioquímica en la universidad, pero no sólo no había hecho ningún posgrado sino que tampoco se había graduado, y sus conocimientos químicos eran un poco anticuados. Había trabajado para Monsanto, en Delaware, durante cinco años, y después estuvo tres años analizando fertilizantes químicos para la FAO, en Roma. La Saffron Corporation tenía un pequeño laboratorio en Westfield, pero se trataba esencialmente de una empresa que manufacturaba y comercializaba un limpiador para pisos llamado Moppet, una línea de barnices para muebles llamada Tudor y el enjuague bucal Spang.

Nailles se ocupaba principalmente de la comercialización del Spang, y podía

decirse que el asunto menoscababa su dignidad. Muchas veces se preguntaba si hubiera sido más digno fabricar colchones, cera depilatoria, vidrios de colores o asientos para inodoro. La respuesta era no. En los comerciales de Spang, dos boxeadores en el cuadrilátero criticaban sus respectivos alientos. El mal aliento era una barrera que se alzaba entre los amantes, los amigos, los esposos. Nailles sabía que en cierto sentido eso era cierto. El mal aliento era una enfermedad, como la obesidad y la melancolía, y la tarea de Nailles era corregirlo. Si la compatibilidad sexual era la piedra angular de un matrimonio sólido, el mal aliento podía llevar al divorcio. El mal aliento podía socavar la autoestima y la dignidad de un hombre. Todo aquel que sospechaba padecerlo hablaba en murmullos en dirección a su camisa, con la esperanza de que el hálito se dirigiese hacia abajo. El mal aliento no hacía diferencias de clase. Nailles había leído que el mal aliento había frustrado la relación de Lord Russell y su amada. El mal aliento podía deteriorar las relaciones entre el sacerdote y su grey. Nailles había notado que el padre Ransome le echaba encima el aliento cuando le extendía la hostia. En la mitología de Nailles, las ninfas se quejaban entre ellas del mal aliento de Príapo. El mal aliento alejaba a los niños del hogar. En las reuniones de gabinete no se prestaba la debida atención al buen estadista por su mal aliento. El mal aliento era causa de guerras.

Saffron era una empresa familiar. Un anciano bondadoso llamado Marshman era el presidente y dueño de la mayoría de las acciones, y el año anterior su hijo Michael se había graduado en la universidad e ingresado en Saffron. Era un joven dinámico, lleno de ideas, detestable. Había encargado una evaluación de todos los productos de Saffron a una consultora. Y el veredicto había sido que la fórmula del Spang era demasiado suave: el inconsciente colectivo asociaba la limpieza con lo astringente, dijeron, y las ventas del Spang aumentarían si su sabor fuera más desagradable. Se había ordenado al laboratorio que preparase una nueva fórmula, y al día siguiente de la cena en casa de los Ridley, Nailles partió en su auto a Westfield para probar el nuevo enjuague bucal. Fue un día insípido. Hacía buches y escupía, más buches y escupía. Nailles no tenía un paladar especialmente sensible, y terminó eligiendo la nueva fórmula al azar. A las cuatro, cuando encaró el regreso a Bullet Park, le ardía la boca, así que se detuvo en un bar sobre la ruta a beber una copa.

Desde afuera, el lugar tenía un aspecto más sórdido que recomendable, pero cuando entró en el salón en penumbras se encontró con uno de esos santuarios en los cuales se podía beber en una atmósfera de sereno recogimiento. El barman vestía un chaleco amarillo. Cuatro hombres bebían whisky en la barra. Uno de ellos alimentaba con papas fritas a un perro callejero.

—Nunca voy más allá de Southwark —dijo otro—, soy incapaz de ir más lejos.

El ritmo de la charla parecía ajustarse a cierta métrica íntima, evocativa y tan azarosa como la poesía. Todos ellos venían de algún lado y se irían a otro lado, pero

sentados allí, en la penumbra de las cuatro de la tarde, parecían tan parte del establecimiento como los taburetes de la barra.

—Le pago un trago a quien pueda decir de qué raza es este perro —dijo el de las papas fritas. Nadie aceptó el reto, de modo que él mismo respondió la pregunta—: Mitad beagle y mitad setter irlandés.

Nailles pidió un martini, cosa que lo identificó inmediatamente como un extraño de paso.

—Tuve una novia que se lo pasaba diciendo hola —dijo uno de los parroquianos—. ¿Alguno ha conocido una chica así? —Nadie respondió, así que continuó—: Siempre decía hola. Solía ir a verla los jueves por la noche, después de cenar. El marido jugaba al bowling los jueves. Ella me recibía en bata o algo parecido, me daba un buen beso y lo primero que me decía era hola. Y mientras yo me desvestía y ella me besaba las orejas y todo, seguía diciendo hola, hola, hola... Seguía diciendo hola mientras entrábamos en calor, y cuando estábamos en pleno asunto seguía diciendo hola, cada vez más fuerte, y cuando acababa casi aullaba hola, hola, hola. Después encendía un cigarrillo y me servía un vaso de whisky, siempre lo hacía, y volvía a besarme mientras repetía hola, hola. Cuando yo me vestía y le daba un beso de despedida, seguía diciéndome hola, hola. Quizá decía otras cosas, pero sinceramente lo único que recuerdo es esa manera de decir hola sin parar.

—Las cosas que me decía mi esposa —intervino el cuarto parroquiano en la barra— no me atrevería a repetirlas. Era muy educada para hablar, pero en cuanto se metía en la cama decía cualquier grosería. Peor que una puta. Yo le preguntaba quién le había enseñado a decir esas cosas. Porque de mí no las había aprendido. Me volvía loco de celos. Era una mujer hermosa, y le gustaba salir, y si quería engañarme tenía oportunidades de sobra, porque yo me iba a las siete de la mañana y no volvía hasta las seis y media, y si no la atendían en casa, seguramente se hacía atender en otra parte. Los celos me estaban trastornando. No quería contratar un detective ni seguirla ni nada de eso, pero necesitaba asegurarme, no sé si me explico. Entonces se me ocurrió una idea. La Cosa. Si tenía La Cosa puesta, era porque tenía planes. Yo sabía que guardaba La Cosa en el botiquín, así que era fácil saber qué estaba pasando. Una noche volví a casa y fui al baño a lavarme la cara, y abrí el botiquín y vi que La Cosa no estaba. Pensé que aún la tendría puesta. Así que bajé, muy enojado, y le pregunté qué había hecho todo el día, y ella me dijo que había salido de compras. No había comprado nada, pero se había pasado la tarde mirando vestidos. Yo le dije que me parecía que había estado mirando otra cosa. Ella siguió cocinando, así que le pregunté dónde estaba La Cosa, y por qué tenía que ponérsela para ir de compras. Le grité y la insulté, y ella lloró y lloró, y dijo que tenía La Cosa puesta porque lo habíamos hecho esa mañana. Y con eso me cerró la boca porque yo no recordaba si lo habíamos hecho o no esa mañana. Así que me disculpé y ella dejó de llorar, y cenamos, pero esa

noche no permitió que la tocara, cosa que me hizo seguir sospechando. Quiero decir que no se me aplacaron los celos en absoluto. Una semana después fue a visitar a su hermana en Detroit. La llevé en el coche al aeropuerto y le di un beso de despedida, y esa noche cuando volví a casa abrí el botiquín y ahí estaba La Cosa. Así que fui a recibirla al aeropuerto cuando volvió, y todo iba sobre rieles, pero esa noche cuando me lavaba los dientes abrí el botiquín y vi que había dos Cosas. O sea que había dejado La Cosa en casa para engañarme pero había comprado otra en Detroit. Así que le pregunté para qué había comprado una Cosa en Detroit y ella empezó a llorar y dijo que había comprado una Cosa nueva esa tarde porque la Cosa vieja tenía un agujero. Yo pregunté si la había comprado en la farmacia, y ella dijo que sí, así que le dije voy a comprobar la verdad, y llamé a la farmacia y pregunté si ella había comprado una Cosa esa tarde. Dijeron que no anotaban esas compras, y que el empleado de la tarde ya se había ido, así que pedí su número de teléfono, y me lo dieron, y lo llamé, y él dijo que no podía recordar, había sido una tarde muy ajetreada y no podía recordar todas las compras que le habían hecho. Ella seguía llorando, y por supuesto yo me sentía un poco indigno, pero aún necesitaba saber qué estaba pasando. Más o menos una semana después ella dormía y yo me estaba vistiendo para ir a trabajar y se me soltó un botón así que fui a buscar la caja donde ella guardaba las agujas y los hilos, y cuando la abrí me encontré con otra Cosa. Así que volví al dormitorio y se la mostré y le pregunté cuántas putas Cosas necesitaba tener, y ella se cubrió con las frazadas y no me contestó, y yo me fui a trabajar con un botón menos en la camisa. Más o menos una semana después comenzaron a vender la píldora, y ella tiró todas sus Cosas y comenzó a tomar la píldora, así que nunca pude saber. Nos divorciamos seis o siete meses después.

Nailles bebió otra copa y volvió a la ruta. La conversación del bar lo había desconcertado más que entretenido. ¿Qué pensar del tipo que jugaba al bowling? ¿Sabía o le importaba cómo pasaba su esposa los jueves a la noche? Nailles era monógamo, irremediabilmente monógamo, la mera existencia de la promiscuidad lo desconcertaba. Se había enamorado de Nellie apenas la conoció, y el éxito de su matrimonio no era para él un asunto sentimental, era una cuestión de vida o muerte. Recordaba un sábado a la tarde poco antes. Nellie se había dormido en sus brazos y él se sintió tan unido a ella que lo embargó una embriaguez absoluta, tal fue la sensación de que, para bien o para mal, eran indivisibles. Nellie roncaba con suavidad, y él sentía una paz suprema. Ella era su chica, su diosa, la madre de su único hijo. Cuando Nellie despertó, dijo:

—¿Roncaba?

—Terriblemente —dijo Nailles—, parecías una motosierra.

—Fue una siesta de lo más agradable —dijo ella.

—Fue de lo más agradable tenerte en brazos mientras dormías —dijo él.

Al llegar a casa, Nailles preparó una copa para él y otra para Nellie, y cuando subió a refrescarse un poco, abrió el botiquín con el mismo propósito obscuro, detestable, que el desconocido del bar. Después, bajó y le preguntó a Nellie cómo había pasado el día.

—Fui de compras —dijo ella—. No compré nada, solamente estuve mirando ropa. No encontré nada que me tentara.

—¿Podemos pasar un minuto al living? Quiero preguntarte algo. —Nellie lo siguió y él cerró las puertas corredizas, para que Tony no los oyese.

Tal como se daban los hechos en una sociedad cuyos cánones sexuales estaban empíricamente a la vista, Nellie, como toda mujer atractiva, había sido abordada por diferentes hombres en su vida. Los episodios que habían tenido lugar eran los siguientes:

Un sábado a la noche, en el club, los Fallow le habían presentado a un joven de apellido Ballard. Ella sacó a bailar, y cuando estuvo en sus brazos, Nellie experimentó una corriente galvánica de sexualidad, mucho más intensa que lo que había sentido jamás por Nailles. Supo que él estaba igual de perturbado mientras se desplazaban lánguidamente por la pista de baile. Si él le hubiera propuesto ir a su auto, ella no habría podido negarse; y además, ¿por qué debía negarse? Estaba bajo el influjo de la más profunda atracción sexual que había sentido en su vida. Él no le propuso nada; no fue necesario. Los dos habían palidecido cuando él se limitó a ofrecerle el brazo y así abandonaron la pista. Pero cuando pasaban frente al bar alguien gritó: «¡Fuego, fuego, fuego!» El bar comenzó a llenarse de humo y los bebedores salieron en tropel empujando a los dos amantes. Entonces Nailles se abrió paso en dirección contraria con un matafuegos en la mano, y se zambulló en el ambiente lleno de humo. La orquesta siguió tocando, pero todas las parejas habían abandonado la pista y contemplaban el espectáculo desde las puertas del salón. Pocos minutos después llegaron los bomberos, y arrastraron una enorme manguera de lona blanca por la alfombra carmesí del salón, y consiguieron apagar el fuego sin inundar el lugar. Los empleados del bar, tosiendo y con los ojos llorosos, comenzaron a llevar las botellas al salón, de dos en dos. Cuando Nailles reapareció por fin, tiznado de hollín, Nellie corrió a su lado y le dijo: «Mi querido, estaba tan preocupada por ti». Después volvieron a casa, y ella nunca volvió a ver a Ballard ni a pensar en él.

Entre los mujeriegos del vecindario había un hombre llamado Peter Spratt, al que todo el mundo llamaba Jack. Su esposa bebía mucho, y la especulación general era si las infidelidades de él habían comenzado por el alcoholismo de ella, o viceversa. En las fiestas, Spratt^[9] solía llevar aparte a Nellie y explicarle lo que podrían hacer si alguna vez los dejaban solos. Ella nunca se ofendía, ya veces hasta la excitaban esas palabras de él. Un sábado, Spratt le pidió prestadas a Nailles las tijeras de podar. El lunes al mediodía tocó el timbre. Nellie abrió la puerta. Él entró en el vestíbulo,

depositó en una silla las tijeras de podar, y después de dirigirle una mirada sensual y penetrante que la dejó aturdida, dijo: «Ahora te tengo para mí solo». Nunca podrá saberse si Nellie se hubiera resistido o no, porque Nailles, que estaba en cama, resfriado, preguntó desde arriba:

—¿Quién es, querida? —y se asomó por la escalera, en bata y pijama—. Hola, Jack —dijo, al ver a Spratt—, ¿por qué no fuiste a trabajar?

—Me tomé el día —dijo Spratt.

—Brindemos por eso. Entra y bebamos una copa.

Nellie trajo el hielo y los dos hombres bebieron. Spratt nunca volvió a intentarlo.

Otro donjuán del vecindario, Bob Harmon, había invitado varias veces a almorzar a Nellie. En un momento en que ella estaba aburrida de Nailles y de sus desvelos acerca del enjuague bucal, decidió aceptar una de aquellas invitaciones. Tenía treinta y ocho años, ¿qué daño podía hacer un rato de coqueteo inofensivo en una mesa de restaurante? Se encontraron en un bar en la ciudad y él propuso ir a su departamento, en lugar de un restaurante. El lugar estaba preparado con toda la parafernalia de la seducción, incluyendo champán y caviar. Ella comió un bocadito de caviar y bebió un vaso de champán, mientras él le contaba lo estéril que había sido su vida hasta conocerla. Aún no había intentado el menor movimiento de aproximación, cuando el caviar, o algo que había comido en el desayuno, provocó un disturbio volcánico en las entrañas de Nellie. Preguntó dónde estaba el baño y allí permaneció encerrada los quince minutos siguientes, doblada en dos por los espasmos. Cuando reapareció, pálida y temblorosa, dijo que debía irse a casa. Él pareció tan aliviado al verla salir del baño que no puso objeción.

En suma, la castidad de Nellie había sido preservada por un incendio, un resfrío y unos huevos de esturión en mal estado, aunque ella se comportaba como si su virtud fuera una joya emblemática de su carácter, disciplina e inteligencia.

Cuando concluyó la ruin escena en el living, Nellie subió a limpiarse las lágrimas; después sirvió la cena, porque no quería que Tony sospechara nada. Al final de la cena Nailles preguntó:

—¿Hiciste tu tarea?

—Sí, toda —dijo—. Estuve dos horas estudiando.

—¿Qué tal si jugamos unos hoyos de golf?

—Sí, claro.

Nailles sacó unos palos y varias pelotas del armario del vestíbulo, y fueron en el auto a un minigolf en la ruta 64. Nailles calculaba que lo habían construido en los años treinta. Había hoyos con formas de volcán, de puente y hasta de molino. El lugar estaba abandonado desde hacía mucho tiempo. Los hoyos con agua estaban secos, el molino había perdido sus aspas y el césped había desaparecido; sólo quedaba el

cemento desnudo, pero la mayoría de los obstáculos estaban intactos, y en las noches de verano el lugar era frecuentado por hombres y niños, aunque había carteles por todas partes prohibiendo el acceso. Por supuesto, no había luces, pero era una noche bastante luminosa. Soplaban un viento suave del oeste, y desde el otro lado del río llegaba el eco de los truenos. Cuando Nailles se describía a sí mismo la escena, cosa que haría más de cien veces en los meses por venir, su relato era más o menos así:

«Estaba avergonzado por la discusión con Nellie, atribuía todo el asunto a oscuras causas psicológicas relacionadas con el enjuague bucal. Si no hubiese ido a Westfield no habría ocurrido nada de eso. Recuerdo lo feliz que me sentía de tener a Tony a mi lado. Le enseñé cómo sostener el palo y cómo leer la caída antes de pegar, y vi que tenía condiciones. Yo había dejado el golf cuatro años antes, pero me pareció que podría retomar si jugáramos juntos. Sé que él no es apuesto —tiene la nariz muy grande, y es demasiado pálido—, pero es mi hijo y lo quiero. Ya dije que soplaban una brisa y se oían los truenos al otro lado del río. Recuerdo los truenos porque pensé cuánto me gustaba ese ruido. Es un sonido tan humano, tanto más que el sonido de los aviones a chorro, me recuerda lo que se siente al ser joven. En mi adolescencia éramos socios del *country club*, y yo iba a todos los bailes, y cada vez que oigo hasta hoy alguna de las canciones que tocaba la orquesta, recuerdo lo que sentía cuando iba a un baile a los diecisiete años, pero los truenos me lo recuerdan mucho mejor. No es que me sienta joven cuando oigo truenos, simplemente puedo recordar la vitalidad que teníamos en esos tiempos. Hicimos par en el hoyo dos, y en el tercer hoyo había que hacer pasar la pelota por el centro de un viejo neumático. A mí me costó bastante. Tony hizo par, yo ya iba para doble *bogey* si lograba embocar, cuando de pronto Tony dijo:

»—¿Sabes, papá?

»—Qué —dije yo.

»—Voy a dejar el colegio —dijo él.

»Me tomó con la guardia baja. Realmente. Jamás me hubiese esperado algo parecido. Ante todo, pensé, no debía perder los estribos. Tenía que mostrarme razonable, paciente. Me imaginé un personaje razonable y paciente, como en una obra de teatro, y me dispuse a representar el papel. Pero lo que sentía era que la paciencia era una manta en la que trataba de envolverme, pero se me deslizaba a cada momento. Así que dije, con mucha paciencia:

»—¿Por qué, Tony?

»Y él contesto que porque no aprendía nada. Dijo que Francés le parecía un castigo y que Inglés era peor, porque él leía más que el profesor. Después dijo que Astronomía era una farsa, que el profesor estaba senil. Dijo que cada vez que el viejo apagaba las luces para proyectar una película todos se echaban a dormir, o arrojaban bollos de papel mascado, y que una vez el viejo se había puesto a llorar cuando todos

se levantaron de golpe y abandonaron el aula en mitad de una frase de él. Dijo que sabía que el viejo había llorado porque al llegar a la puerta miró hacia atrás y lo vio. Así que se le acercó y le explicó que no querían ser groseros, pero no podían llegar tarde a la clase siguiente, y el profesor le contestó que nadie lo entendía, que él adoraba a sus alumnos, a todos. Entonces Tony me dijo que no podía respetar a un profesor que lloraba delante de él. Mientras tanto habíamos llegado al hoyo cinco, donde hay que hacer pasar la pelota por un arco. Yo hice par, él llevaba tres golpes y parecía tan poco concentrado en el juego como en la conversación. Yo le dije que tenía que graduarse. Le pregunté qué se proponía hacer si no se graduaba, y él dijo que podía hacer un poco de asistencia social en los barrios pobres. Dijo que había un hogar para niños abandonados en donde seguramente podría trabajar. Yo tenía dificultades con mi paciencia, la manta se seguía deslizando de mis hombros a cada momento. Dije que si quería hacer asistencia social yo no tenía inconveniente, y estaba seguro de que su madre tampoco, pero primero tenía que graduarse. Dije que suponía que, para hacer asistencia social, como para cualquier otra cosa, necesitaría formación, y que después de graduarse, con mucho gusto lo enviaríamos a una universidad donde aprendiera la profesión de asistente social. Entonces él dijo que no entendía para qué servía el diploma de graduación si no aprendía nada en la escuela. Dijo que era un pedazo de papel sin valor, una farsa. Yo respondí que, le diese el valor que le diera al diploma, tenía que respetar las reglas del juego. Dije que los pantalones, por ejemplo, quizá no fueran la prenda más cómoda para vestirse, pero una de las reglas del juego era que los varones usáramos pantalones. Le pregunté qué ocurriría si yo fuera a tomar el tren con el culo al aire, y él dijo que no le importaba si yo tomaba el tren con el culo al aire. Si dependía de él, yo podía tomar tranquilamente el tren con el culo al aire. Para entonces ya habíamos dejado de jugar, y los que venían detrás nos pidieron paso, y nosotros nos hicimos a un lado.

»Ya soplaban más viento, y los truenos se oían más cerca, y amenazaba lluvia y había poca luz ya, no alcanzaba a ver las caras de los que jugaban. Creo que eran muchachos del secundario o quizá fuesen más chicos, casi todos de los barrios pobres, con sus pantalones ajustados y sus chaquetas de jean y fijador en el pelo. Tenían voces espectrales, o impostaban la voz de tal manera que sonaban espectrales y cuando uno de ellos estaba por pegar otro se interponía, o le hacía morisquetas o lo molestaba con el palo. No es que me desagraden esos chicos; en realidad me atemorizan, no sé de dónde vienen ni adónde van, y cuando uno no sabe nada de la gente es como estar en la más completa oscuridad. No temo a la oscuridad, pero cierta clase de ignorancia humana me atemoriza. He notado que cuando alguien me produce esa sensación, si lo miro a la cara y puedo ver algún indicio de la clase de persona que es, me tranquilizo; pero como digo, estaba oscureciendo, y no podía ver los rostros de los desconocidos que estaban jugando. Así que ellos pasaban a nuestro

lado y nosotros seguíamos hablando del diploma de Tony y de las reglas del juego. Yo dije que cualquier cosa que quisiera hacer tenía que aprenderla, tenía que prepararse. Le dije que incluso si quería ser poeta necesitaba preparación. Y entonces le dije algo que nunca le había dicho antes. Le dije:

»—Tony, te quiero.

»—La única razón por la cual me quieres —dijo él—, o crees que me quieres, es porque puedes darme cosas.

»Yo dije que eso no era cierto, que la única razón por la cual yo era un padre generoso era porque mi propio padre no me había dado mucho. Dije que, como mi propio padre había sido tan mezquino, yo quería ser generoso. Él repitió:

»—Generoso, generoso, generoso, generoso. —Y dijo que sabía bien que yo era muy generoso. Dijo que casi todos los días del año oía algún comentario sobre cuán generoso era yo. Y agregó—: Quizá no me case nunca. No sería el primer hombre de la Tierra que no quisiera casarse, ¿verdad? Quizá sea maricón. Quizá prefiera vivir con un marica apuesto y agradable. Quizá prefiera ser promiscuo y cogirme centenares de mujeres. Hay muchas maneras de hacer las cosas, además de casarse y llenar cunas. Si tener hijos es tan importante, ¿por qué tuviste uno solo? ¿Porqué?

»Entonces le dije que su madre estuvo a punto de morir cuando él nació.

»—Disculpa —dijo él—. No lo sabía.

»Y después dijo que yo tenía que comprender que quizás a él no le interesara volver cada noche a una casa donde lo esperara una bella esposa y un montón de hijos torpes que querían jugar a la pelota con él. Dijo que quizá prefiriera ser ladrón o santo o borracho o recolector de basura o empleado de una estación de servicio o policía de tránsito o ermitaño. Ahí perdí la paciencia. Le dije que tendría que mover el culo y hacer algo útil. Y entonces él dijo:

»—¿Qué? ¿Vender enjuague bucal, por ejemplo?

»Yo tenía el palo de golf en la mano y se lo hubiera partido en el cráneo en ese momento, pero él retrocedió como si me hubiera leído la mente, y arrojó su palo y salió corriendo. De modo que ahí me quedé, en ese minigolf en ruinas rodeado de extraños en la oscuridad, después de haber estado a punto de asesinar a mi hijo. Y lo único que deseaba hacer era perseguirlo y darle con el palo por la cabeza. Estaba furioso. No podía entender cómo mi único hijo, la persona que más quiero en el mundo, podía despertar en mí el deseo de matarlo. Recogí el palo de Tony y subí al auto. Cuando llegué a casa le dije a Nellie que había peleado con Tony, y por supuesto ella tomó partido por el muchacho, a causa de la discusión que habíamos tenido. Así que me serví una copa y me senté frente al televisor... No había otra cosa que hacer. Estuve frente al televisor hasta medianoche, cuando lo oí entrar. No me dirigió la palabra y yo tampoco le hablé. Subió a acostarse y yo hice lo mismo poco después.

»Desde entonces está en cama.

9

Cuando Tony llevaba veintidós días en cama, Nellie recibió una carta de una mujer llamada Mary Ashton, que se dedicaba a tareas de limpieza y que antes había trabajado para ella. Mary era una mujer inteligente y laboriosa, pero también era ladrona. Primero había robado dos pequeños anillos de diamantes que habían pertenecido a la madre de Nellie. Nellie jamás usaba los anillos, y no acusó del robo a la empleada. Era difícil encontrar mucamas que trabajaran bien. Mary era pobre, y Nellie pensó que los anillos eran una especie de bonificación. Más o menos un mes después desapareció un par de gemelos de oro y Nellie despidió a la empleada, sin mencionar los gemelos ni los anillos. La carta que recibió estaba pulcramente mecanografiada (¿había robado la máquina de escribir?), en buen papel (¿robado?). La carta decía:

«Estimada señora Nailles: supe que su hijo está enfermo y lo lamento mucho. Es uno de los muchachos más simpáticos que he conocido. En el pueblo hay un sanador que se hace llamar Swami Rutuola. El año pasado curó de artritis a mi hermana. Trabaja con Percham, el carpintero, pero suele estar en su casa por la tarde. No tiene teléfono. Vive en el piso de arriba de la funeraria Peyton, en Hill Street».

La combinación de robo y sanación perturbó a Nellie. Esa tarde ella y Nailles ofrecieron un cóctel, de modo que no tuvo oportunidad de mostrarle la carta a su marido. El cóctel fue un éxito. No es fácil elogiar un cóctel, pero Nellie supo ganarse elogios como anfitriona. No había fatuidad en el orgullo que sentía por sus habilidades domésticas. Las acogedoras habitaciones parecían iluminadas por su encanto. Los dieciséis o diecisiete invitados eran compañía francamente grata para Nellie. La comida y los tragos estuvieron espléndidos, y no se dijeron cosas triviales, aburridas o estúpidas. Charlie Wenworth, sentado junto a Martha Tuckerman, en el sofá, compartió con ella un instante de anhelo inolvidable. Cuando se miraron a los ojos, les pareció de pronto que la vida juntos sería un paraíso. Se festejarían mutuamente los chistes, se entibiarían los huesos, viajarían al Japón. Martha luego abandonó el sofá y se reunió en la barra con su marido. Ése fue el momento más cercano a la pasión adúltera que tuvo lugar entre los invitados.

La única contrariedad fue que la casa de los Nailles tenía un sendero de entrada circular y, como Tony no pudo encargarse del estacionamiento por estar en cama, la llegada y salida de los huéspedes fue más bien caótica. Nailles se pasó la última media hora del cóctel moviendo autos o pidiendo a la gente que los moviera. A las ocho, todos se habían marchado. Nailles y Nellie cenaron en la cocina unos huevos

revueltos con salchichas y ella le mostró la carta.

—Dios —dijo él—, ¿no era la que robaba? Quizá forma parte de una banda. Y ese swami es su cómplice. Es cierto que la sanación milagrosa es lo único que no hemos intentado, pero no sé si estoy dispuesto a arriesgarme.

Los esfuerzos de Nailles por llegar cada mañana a la ciudad en tren habían llegado a tal punto que fue a ver al doctor Mullin, quien le recetó un tranquilizante poderoso. Nailles lo tomaba todas las mañanas con el café, y decía a Nellie que eran vitaminas. El tranquilizante creaba en él la ilusión de que flotaba en una nube, como Zeus en una estampa mitológica. De pie en el andén esperando el tren de las 7:56, se sentía envuelto en su nube. Cuando el tren llegaba, él lo abordaba con su nube y se instalaba en un asiento junto a la ventanilla. Aunque el día estuviera nublado o especialmente frío, aunque los pueblos por los cuales pasaba el tren parecieran sórdidos y deprimentes, nada hacía mella en su nimbo rosado. Se hubiera dicho que flotaba por las vías hasta Grand Central Station, dedicando una sonrisa amplia y levemente distraída a la pobreza, la enfermedad, la opulencia, la belleza de las mujeres desconocidas, la lluvia y la nieve.

A la mañana siguiente del cóctel, un estruendo de disparos despertó a Nellie. Había habido disturbios en los barrios pobres, y por un instante ella se preguntó si los manifestantes habían decidido dejar el gueto y tomar por la fuerza las casas de los ricos en Chestnut Lane. Nailles no estaba en la cama. Nellie se asomó a la ventana y lo vio en el jardín, disparando en calzoncillos su escopeta contra una inmensa tortuga. Aún no había salido el sol, pero el cielo estaba luminoso; y en esa atmósfera pura y grácil el hombre desnudo y la tortuga prehistórica parecían enfrentados en una batalla cómicamente primordial. Nailles apuntó su arma y disparó otra vez. La tortuga recibió el impacto, retrocedió y después se incorporó lentamente como un animal marino, y comenzó a arrastrarse hacia Nailles. Fuera del zoológico, ella nunca había visto un reptil tan grande. Pero el que parecía fuera de lugar en la luz de aquel amanecer era Nailles, no el animal. El jardín, el cielo, el aire mismo parecían los dominios de la tortuga, y Nailles parecía haber irrumpido por error en la escena. Disparó de nuevo y erró. Disparó una vez más y Nellie vio cómo la enorme cabeza de la tortuga se torcía hacia a un costado, alcanzada por la carga de perdigones. Nailles disparó de nuevo, dejó el arma en el pasto, se acercó a su víctima y la alzó por la cola.

—Querido, ¿estás seguro de que la mataste? —gritó Nellie desde la ventana.

—Sí —dijo él, sorprendido de verla en la ventana—. Está muerta. Tiene el cuello roto.

—¿De dónde crees que vino?

—Supongo que del pantano. Debe de tener cien años. Cuando fui al baño la vi cruzando el jardín. Al principio creí que estaba soñando. El caparazón debe de medir

no menos de un metro. Podría haber lastimado a un niño o a un perro. Después la entierro.

De regreso en el dormitorio, con el oído derecho aún zumbando por los disparos y el pulso un tanto tembloroso, Nailles dejó caer en su mano un tranquilizante, el último que le quedaba. Era tal el temblor de su mano que la pastilla cayó al suelo y rodó bajo un mueble. Nailles esperó a que Nellie saliera de la habitación. Entonces dobló una percha de alambre hasta darle forma de gancho y, de rodillas junto al mueble, trató de rescatar la pastilla. Pescó dos monedas y un botón pero ni señales de la pastilla. Así que retiró la lámpara que había sobre el mueble y lo apartó de la pared. Era una pieza de por sí pesada, y tenía los cajones llenos de cosas, de manera que no fue fácil moverla, y cuando al fin lo logró no encontró la pastilla por ningún lado, pero vio una grieta en el piso de parqué; por allí seguramente había caído. Aunque introdujo el gancho metálico en la grieta, lo único que pudo extraer fue suciedad.

La mera idea de tomar el tren sin la pastilla liberó todos los síntomas del pánico. Se le aceleró la respiración y se le hincharon los labios. El lugar que ocupaba el dolor en su memoria era extraño: hasta entonces creía no tener el menor recuerdo del dolor, pero la agonía de confusión y humillación que lo asaltó al pensar que tendría que descender en Greenacres y otra vez en Lascalles, y de nuevo en Clearhaven y en Turandot, fue tan vívida como si ya la estuviera haciendo. No podría lograrlo. El coraje no tenía nada que ver. Aunque se impusiera a sí mismo ir hasta la estación, sabía que no lograría abordar el tren de las 7:56. Baños fríos, autodisciplina, plegarias, todo lo que pensó le recordó la atrofia moral de su primer año en los *boy scouts*. Tenía que ir a la ciudad a ganarse el sustento, por Nellie y por su hijo. Si no podía llegar a la ciudad, los dejaría indefensos, sitiados por el frío, el hambre y el miedo, como refugiados en una ciudad incendiada. Se dio una ducha fría, pensando que quizás eso facilitaría las cosas, pero el agua no atenuó en absoluto la imagen del tren de las 7:56 como un abismo sin fondo. Ignoraba el horario de atención del médico, pero sabía que sin otra receta sería incapaz de cualquier otra cosa.

El consultorio estaba en un edificio de dos pisos, llamados departamentos-jardín aunque no había jardines por ninguna parte. Tocó el timbre y un hombre en pijama abrió la puerta.

—Perdón, debo de haberme equivocado de dirección —dijo Nailles.

—¿Busca al médico?

—Sí, es una emergencia. Un asunto de vida o muerte.

—La dirección es la correcta, pero él ya no trabaja aquí —dijo el desconocido—. Le retiraron la licencia hace tres semanas. Creo que ahora trabaja en un laboratorio de la ciudad.

—¿Qué ocurrió?

—Descubrieron que recetaba toda clase de pastillas ilegales. Perdóname pero me

pescó desayunando...

—Sí, claro, disculpe —dijo Nailles.

Podía ir a la ciudad en su auto, ¿o no? Podía tomar un ómnibus o un taxi. Un hombre le habló desde un coche estacionado junto al suyo.

—¿Busca al médico?

—Por Dios, sí —dijo Nailles—, sí.

—¿Qué le daba?

—No sé el nombre. Era para el tren.

—¿De qué color eran las pastillas?

—Gris y amarillo. Mitad gris y mitad amarillo.

—Sé cuáles eran. ¿Quiere algunas?

—Por Dios sí, sí.

—Nos veremos en el cementerio de Laurel Avenue. ¿Sabe cuál digo? El que tiene la estatua del soldado.

Nailles llegó al cementerio antes que el desconocido. Era un lugar anticuado, con muchas estatuas, pero el monumento al soldado era una cabeza más alto que la horda de ángeles de piedra. Los sepultureros trabajaban a lo lejos. Nailles había supuesto que las tumbas se cavaban con máquinas, pero esos hombres trabajaban con pico y pala. Pasó junto a una serie de ángeles extraños, algunos de tamaño natural, otros enanos, algunos erguidos sobre las tumbas que bendecían con sus alas abiertas, otros atesorando una cruz con las alas plegadas. El soldado vestía uniforme de la Primera Guerra: el casco como un plato de sopa, polainas, pantalones de montar, botas acordonadas y, en la mano derecha, con la culata apoyada en el suelo, un Springfield de 1912. Lo habían esculpido en una piedra blanca que no se había decolorado pero sí erosionado, desdibujando sus facciones y sus insignias hasta convertirlo en un espectro. El desconocido se acercó a Nailles, con unos tulipanes en la mano que seguramente había robado de alguna tumba. Los depositó en un jarrón a los pies del soldado espectral y dijo:

—Veinticinco dólares.

—Yo pagaba diez por una caja grande —dijo Nailles.

—Escuche —dijo el desconocido—, me pueden dar diez años de cárcel por esto, y una multa de diez mil dólares.

Nailles le dio el dinero a cambio de cinco pastillas.

—El lunes necesitará más —dijo el desconocido—. Nos veremos en los baños de la estación a las siete y media.

Nailles se llevó la pastilla a la boca, pero necesitaba líquido para tragarla. Vio que se había juntado agua de lluvia en una de las urnas conmemorativas, y recogió con la mano lo suficiente como para tragar la pastilla. Mientras iba en su coche hasta la estación, esperó que la pastilla hiciese efecto, que se formara la nube. Para cuando

llegó al estacionamiento, ya había comenzado a producirse el efecto maravilloso. Se sentía ligero, sereno, hasta un poco aburrido y distraído. Olvidó meter una moneda en el parquímetro. Cuando terminó su indoloro viaje a la ciudad, telefoneó a Nellie y le dijo que probase con el gurú.

Después del almuerzo Nellie se sirvió un whisky. «Debería ir a un psiquiatra», pensó, pero entonces recordó a aquel que había estado en su living, caminando en círculos alrededor de un invisible sillón de dentista. Lo odiaba, y no por sus negocios inmobiliarios sino porque ella siempre supuso que podría contar con la psiquiatría ante cualquier crisis y aquel sujeto la había despojado de esa ilusión. Recordó que la mujer de la limpieza —la ladrona— usaba dentadura postiza y que su desinfectante favorito era uno que, según los anuncios, olía a bosque de montaña, pero aquella imitación del bucólico aire montañés era tan tosca y repulsiva que parecía un mal chiste. Asientos de inodoros coronados de nieve. Eliot le había dicho que fuese a ver al gurú, de modo que fue.

El barrio de los pobres —el sector más antiguo del pueblo— se extendía a orillas del río. Nellie no pasaba nunca por allí. Había leído en el diario que robaban y golpeaban a las mujeres en pleno día, y que en los bares había peleas con cuchillos. Esa tarde llovía y había poca luz. La lluvia tiene siempre el mismo sabor; sin embargo, para Nellie había diferentes lluvias, que caían de cielos diferentes. Algunas lluvias caían como redes de pesca, de cielos cándidos como los de su niñez; otras caían con áspera violencia, otras con la sorpresa con que nos asalta un recuerdo. Ese día, la lluvia tenía el sabor salado de la sangre. Ese día, Nellie se metió en el barrio de los pobres, rumbo a la funeraria Peyton. El edificio era precario, con una puerta en arco para recibir piadosamente a los muertos (asesinados en peleas con cuchillo) que ingresaban y luego partían al tenebroso cementerio ubicado en el límite mismo de todo. A la izquierda de la puerta en arco había otra que supuso que llevaba a los cuartos de arriba. Cuando la abrió tuvo ante sus ojos un pasillo desnudo que desembocaba en una escalera.

Sintió una instantánea opresión en el pecho, la ausencia no sólo de la familiaridad que le proporcionaban sus dominios sino de un aroma esencial que condicionaba el ánimo de sus cromosomas. El hedor foráneo, inmemorial, de aquel pasillo, de los lugares como ése, la despojaba de toda certeza moral. Miró alrededor en busca de algún elemento familiar —un extinguidor habría sido suficiente—, pero no había nada en ese pasillo que tuviera que ver con ella. Si en ese mismo momento se le hubiese acercado uno de aquellos violadores de los que hablaban los diarios, habría quedado a su merced. Estaba perdida. Aterrorizada. Su instinto le ordenaba escapar; su deber la conminaba a subir aquella escalera. La contradicción entre ambos impulsos tenía la turbulencia de un río sin puentes, y le hizo ver la silenciosa discordia que había en su vida. Se sentía despidiéndose de sí misma en una estación ferroviaria; de pie entre los deudos al borde de una tumba. Adiós, Nellie.

No tenía nada que hacer allí, y lo sabía en el fondo de su corazón. No era ni una

empleada del censo, ni una asistente social que distribuía gratuitamente píldoras anticonceptivas, ni una asesora voluntaria de madres solteras, ni una dama adinerada repartiendo la recaudación de la tómbola benéfica de la iglesia. Era una mujer con un hijo enfermo, que buscaba (por consejo de una ladrona) un sanador. «Soy una buena mujer», se dijo. Esa estupidez no fue intencional; fue compulsiva, y la hizo sentir ridícula e impotente. «Jamás he pisado una ardilla con el auto; siempre repongo las semillas en el comedero de aves», se repitió mientras subía la escalera. Al final de los escalones había una ventana. Alguien había escrito en el vidrio sucio: *Sid Greenberg te la pone y te la chupa*. Había dos puertas en el piso de arriba. Una tenía un cartel que decía: *Templo de la Luz*. Detrás se oía música, voces cantando que venían de una radio. Nellie golpeó a la puerta. Como no hubo respuesta, dijo sin mucha convicción:

—Swami Rutuola, Swami Rutuola...

Detrás de la otra puerta se oyó una risa —lasciva o alcohólica— y una voz de mujer que imitaba el acento de Nellie: «Suemi Rutolah, Suemi Rutolah...» Un hombre se unió a la risa. Seguramente estaban en la cama. «Oh, Suemi, Suemi», dijo la voz de mujer desfalleciendo de risa. Nellie volvió a golpear y una voz de hombre le dijo que pasara. Al entrar se topó con un negro de piel clara tapizando el respaldo de una silla. El lugar olía a viruta. ¿Qué fue primero, Cristo el carpintero o el santo olor de la madera nueva? Había un altar en el rincón. Una lámpara votiva ardía entre flores de cera. Las flores de cera significaban muerte; muerte o restaurantes chinos.

—Bienvenida al Templo de la Luz —dijo él. Su voz era aflautada, con un acento evidente. Jamaiquino, pensó Nellie. Tenía el rostro angosto y uno de los ojos inutilizado. ¿Por una flecha, por una piedra? El ojo muerto apuntaba ciegamente a las alturas, en actitud de histeria religiosa. El otro ojo era vivaz, luminoso y expresivo.

—Soy la señora Nailles —dijo ella—. Mary Ashton me dio su dirección. Mi hijo está enfermo.

—¿Quiere que vaya a verlo ahora? —preguntó él, con su melódica voz.

—Sí, por favor —contestó ella—, si puede. Si cree que puede ayudarme.

—Puedo intentarlo —dijo él—. Déjeme lavar las manos primero. No tengo auto, y es difícil encontrar taxi cuando llueve.

Nellie le describió los síntomas de Tony y parte de la historia mientras iban en el coche. El acento, ahora, no le parecía jamaiquino. Carecía de raíces étnicas, era un mero amaneramiento. Cuando llegaron lo condujo hasta el cuarto de Tony pero antes le ofreció una copa.

—No, gracias —dijo él—. Llevo en mí algo más estimulante que el alcohol.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Asegúrese de que no nos molesten.

—Lo haré —dijo Nellie, y bajó y se sirvió una copa.

—Me llamo Swami Rutuola —dijo el recién llegado a Tony—, y he venido a

ayudarte, o por lo menos eso intentaré. Primero te hablaré de mi ojo. A los quince años tuve el desafortunado impulso de robar una bicicleta. Era una Schwinn inglesa, roja, con cambios. Se me hizo irresistible. La escondí en el sótano. Cuando mi padre la encontró me castigó con severidad, y me acompañó a devolverla. El padre del niño de la bicicleta no quería levantar cargos, pero mi padre y mi madre insistieron en llevarme ante el juez. Temían que me convirtiera en ladrón si no recibía castigo. Eran gente buena, con el tiempo he llegado a comprenderlos, pero todo les daba miedo. Me condenaron a seis meses en el reformatorio. Como suele suceder, entre los presos había unos pandilleros que imponían su autoridad a todos los demás; Eran muy brutales, y para protegerme fingí que era cojo. Pensé que así no me someterían a su brutalidad, pero un día en el comedor olvidé cojear, y cuando vieron que los había engañado me dieron una paliza. Estuve dos semanas en la enfermería y perdí la visión del ojo izquierdo. Te explico todo esto porque he notado que cuando una persona habla con otra se comunica con los ojos casi tanto como con las palabras. Y, como uno de mis ojos no tiene modo de comunicarse, resulta muy desconcertante para algunas personas. Así que, mientras hablemos, me mantendré de perfil para que mi ojo malo no te desconcierte. Pero antes que nada quisiera que arregles un poco tu cuarto. La santidad es signo de limpieza, dicen. ¿O es al revés?

—Creo que es al revés —dijo Tony.

El swami comenzó a recoger la ropa que colgaba de las sillas y del picaporte. Encontró una bolsa de lona en el ropero, y allí metió las prendas que iba recogiendo. Colgó una chaqueta de una percha, acomodó los zapatos, cerró la puerta del ropero y sacudió un poco los almohadones del sillón.

—¿No te parece que ha quedado mejor? —dijo—. Si no tienes inconveniente, ahora me gustaría encender un incienso.

—Puede hacer todo lo que quiera —respondió Tony—, pero no me gusta el incienso. No aguanto ningún perfume. Nunca uso loción después de afeitarme. Me agrada el perfume en las chicas, pero no me gusta olerlo por toda la casa. Ni en las grandes tiendas lo soporto.

—Creo que sé a qué te refieres —observó el swami—, pero éste no es dulzón ni fuerte. Es madera de sándalo. Tiene olor a limpio. —Extrajo de su bolsillo un fino palillo de incienso y lo encendió.

—Está bien —dijo Tony.

—Nací en Baltimore —dijo el swami—, en una familia pobre, pero las privaciones de mi raza son más que conocidas, de modo que te ahorraré las mías. Fui a la escuela hasta octavo grado, sé leer muy bien pero no soy muy bueno para la matemática. Mi padre era carpintero, y cuando salí bajo palabra del reformatorio fui a trabajar con él. Mucho tiempo después me fui a Nueva York, y conseguí empleo en Grand Central Station. No era un trabajo importante: limpiaba los baños, ocho horas

todas las noches, cinco noches a la semana. Fregaba los pisos y cosas así, pero la mayor parte del tiempo se me iba en borrar de las paredes las inscripciones que dejaba la gente. Las paredes eran blancas, se podía escribir en ellas fácilmente, y los sábados por la noche quedaban completamente cubiertas de inscripciones. Al principio me molestaba, pero después comprendí que la gente escribía en las paredes porque lo necesitaba. Odiaban que alguien borrara lo que habían escrito, como si lo consideraran parte de ellos. Así que usaban cortaplumas para dejar sus mensajes en las puertas de madera. No se podía decir que estaban locos porque eran miles, y así fue cómo llegué a comprender cuán solas están las personas, y cuánto sufren. Una noche, una madrugada en realidad, yo estaba limpiando el piso cuando se me acercó un hombre y dijo: «Ayúdeme, ayúdeme, creo que voy a morir». Estaba bien vestido, pero tenía el rostro de color ceniza. Yo le dije que acababa de ver a un oficial de policía y que podía subir las escaleras a buscarlo y él podría pedir una ambulancia, pero el hombre me dijo que no lo dejara: «No quiero morir solo». Así que le dije que lo ayudaría a subir y lo tomé de la cintura y fuimos subiendo muy despacio, él gimiendo de dolor, y cuando llegamos arriba no vi a ningún policía, no había nadie, y él dijo que necesitaba sentarse, así que lo acomodé en los escalones. El salón principal estaba desierto, y en penumbras, y hacía frío, sólo uno de los grandes carteles estaba iluminado. Era una publicidad de cámaras fotográficas. Mostraba a una pareja con sus dos niños a la orilla del agua, creo que era en un lago porque atrás se veían montañas cubiertas de nieve. Era una imagen hermosa, y parecía más hermosa porque el gran salón estaba tan frío y desierto y no había nada alegre que mirar. Así que le dije al hombre que mirase las montañas, para ver si podía distraerlo. Y al rato le dije: «Recemos». Y él contestó que no podía recordar ninguna plegaria, y yo tampoco, así que le dije: «Inventemos una». Y comencé a decir: «Valor, valor, valor, valor», y seguí repitiéndolo hasta que él se me unió. Entonces yo dije otras palabras y él las repitió conmigo y después dijo que se sentía mejor y al rato dijo que le parecía que podría tomar un taxi para ir a un hotel y dormir un poco y se despidió y nunca volví a verlo. Pocas semanas después vine a trabajar aquí con el señor Percham, que es mi primo y es carpintero.

La lluvia ha cesado. Nailles vuelve a casa. Golondrinas y mirlos surcan el crepúsculo. El viento sopla del noroeste, y cuando Nailles sube los escalones que llevan a su casa cree distinguir el sonido que hacen los diferentes árboles cuando el viento sopla entre sus ramas: arce, haya, roble. ¿De qué le sirve ese saber a su hijo, o a él? Pero alguien tiene que observar el mundo. La luz crepuscular parece un acorde de timbre perfecto y duración infinita. Nellie le dice que el gurú está arriba con Tony, y que no deben interrumpirlos. Nailles bebe bastante. Después de la cena Nellie dice que subirá a acostarse y obliga a Nailles a prometer que no interrumpirá al gurú. Ella

besa y abre una novela para reforzar su autocontrol.

«En la pequeña localidad de Ostervogen, al norte de Dinamarca», lee, «en el año 1869, ocurrieron los siguientes hechos. Una mañana de enero apareció un joven caminando por la calle principal. La lustrosa elegancia de sus botas y el corte de su ropa daban a entender que venía de Copenhague o de París. No llevaba sombrero, pero en su mano izquierda podía verse un enorme anillo de sello, con el escudo de los Von Hendreich. Durante la noche había nevado, y los techos de la pequeña aldea estaban blancos. Las criadas barrían la nieve de las veredas con escobas de ramas. El joven —que era el conde Eric van Hendreich— se detuvo frente a la residencia más importante y consultó un pesado reloj de oro que llevaba en el bolsillo. Un momento después las campanas de la iglesia dieron las once. Cuando se extinguió en el aire frío la última vibración del bronce, el joven subió ágilmente los peldaños que conducían a la puerta de la casa, y tocó la campanilla. Una doncella que vestía el delantal y la cofia característicos de entonces abrió la puerta, le dedicó una sonrisa tímida y una profunda reverencia. Era una joven bonita, y su voluminoso atuendo no alcanzaba a disimular que estaba embarazada. Ella siguió a través de un vestíbulo oscuro hasta un gran salón donde una anciana dama estaba sentada junto a un samovar. El joven conde saludó afectuosamente en francés a su anfitriona, y aceptó una taza de té. “Sólo puedo quedarme un momento”, dijo. “Tomaré la diligencia a Copenhague y el buque correo a Ostende”. “*Quel dommage*”, dijo la anciana. A su lado tenía sus labores de bordar, en un canasto lleno de ovillos de diferentes colores. La dama extendió la mano al canasto, extrajo una pequeña pistola de mango de marfil y disparó un balazo al corazón del joven conde...»

Nailles deja caer con fastidio el libro sobre la mesa y elige otro, titulado *Verano lluvioso*. Lee la primera frase: «Era un verano muy lluvioso, los ceniceros en las mesas alrededor de la piscina siempre estaban llenos de agua y colillas...» Arroja el libro al otro extremo del living. Suena el timbre. Nailles abre y se encuentra con su vecina, la señora Harvey. Se pregunta por qué tiene el rostro mojado. Detrás de ella ve las primeras estrellas en el cielo. ¿Puede ser que esté llorando? Y en ese caso, ¿por qué? El que debería estar llorando es él.

—Pase, por favor —dijo Nailles—. Entre.

—Creo que la última vez que estuve aquí fue por la colecta para la mutual —dice ella, y decididamente está llorando—. Vengo a pedir de nuevo.

La Cruz Roja, piensa Nailles, la Liga contra la Atrofia Muscular o contra las Enfermedades Cardíacas. Y pregunta:

—¿De qué se trata esta noche, señora Harvey?

—De la familia Harvey —dice ella—. Estoy pidiendo para papá —y ríe, entre sollozos.

—Por favor, siéntese —dice Nailles—. Le serviré una copa.

—Es una larga historia —dice ella—, pero debo contársela entera si pretendo que me ayude. No sé si sabe que Charlie estudiaba en Amherst. Hace poco fue a Boston con algunos compañeros y participó en una manifestación. Lo arrestaron y pasó dos noches en la cárcel, pero sólo le dieron una multa y una sentencia en suspenso. Eso fue hace dos semanas. Pero entonces el comité de reclutamiento le cambió la clasificación: en lugar de licencia por estudio, lo pasaron a apto para todo servicio. Debía presentarse el jueves. Mencioné el asunto en la peluquería y la mujer que tenía sentada al lado, a quien en realidad no conozco, me dijo que hay un psiquiatra en el pueblo que se especializa en entrenar jóvenes para que sean eximidos del servicio militar. Cobra quinientos dólares. Pensé hablarlo con papá, pero me pareció deshonesto. Charlie no quiere que lo recluten pero tampoco quiere mentir. Sería como suicidarse para que no lo mataran. Esto último me lo guardé para mí, por supuesto. La cuestión es que debía presentarse el jueves, así que el miércoles papá fue al Banco y retiró tres mil dólares, que era todo lo que teníamos. Le dio a Charlie quinientos en efectivo y el resto en un cheque certificado. En ningún momento le preguntamos sus planes. Después de la cena, Charlie subió a preparar su equipaje y papá lo llevó a la estación. No se dijeron una sola palabra, ni siquiera se despidieron. Papá dice que no se animó a despedirse porque temía echarse a llorar. Creo que Charlie está en el Canadá, o en Suecia, todavía no tenemos noticias de él. El asunto es que, un día después, se presentó un hombre del gobierno en la oficina de papá y le dijo que sabía que había retirado tres mil dólares del Banco para facilitar la huida de su hijo. Papá y yo creíamos que las cuentas bancarias eran privadas, pero evidentemente no. El hombre del gobierno dijo que deseaba ver a papá en casa y entonces papá tomó un tren más temprano y el hombre del gobierno llegó en auto, y primero acusó a papá de ayudar a un desertor y después dijo que iba a abreviar la cosa, y sacó un cigarrillo de su bolsillo, lo puso sobre la mesa y dijo que papá estaba arrestado por posesión de drogas. El cigarrillo era de marihuana, el primero que papá había visto en su vida. El hombre explicó que se encargaba de rastrear desertores porque había pasado un año y medio en un campo de prisioneros de guerra en Alemania, comiendo ratas, y quería que las nuevas generaciones aprendiesen cómo son las cosas. Entonces papá llamó a su abogado, Harry Marchand, y se fueron todos a la capital del condado, donde tiene su oficina el hombre del gobierno, y papá fue arrestado por posesión de droga, y lo metieron en la cárcel. Fijaron la fianza en dos mil dólares y, como estamos a fin de mes, no tenemos esa cifra, así que estoy yendo de casa en casa tratando de juntarlos.

—Creo que arriba tengo doscientos —dice Nailles—, si sirven de algo.

—Claro que sirven.

En el dormitorio a oscuras, Nellie pregunta a Nailles quién está abajo.

—Es Grace Harvey —dice Nailles—. Ya te contaré.

Cuando abre la caja fuerte empotrada en la pared y retira el dinero, ella pregunta:

—¿Ha terminado el swami? ¿Vas a pagarle?

—No —dice Nailles—. Ya te lo explicaré todo.

—¿Le hago un recibo? —pregunta Grace Harvey.

—No, claro que no.

—Durante cinco años hice la colecta de la mutual —dice ella—, pero nunca me imaginé que algún día me tocaría ir de puerta en puerta pidiendo dinero para la fianza de papá.

El cuarto de Tony huele intensamente a sándalo.

—Desde aquella experiencia en la Grand Central —dice el swami—, creo en rezar. Como no pertenezco a ninguna religión, quizá te preguntes a quién dirijo mis plegarias, y yo no sabría contestarte. Creo que mis plegarias son una fuerza, no una conversación con Dios, y cuando son escuchadas, como ocurre a veces, no sé a quién dirigir mi gratitud. He curado varios casos de artritis, pero mis métodos no siempre son eficaces. Ruego que lo sean en tu caso.

»Tu madre me ha dicho que jugabas al fútbol. Me gustaría que me considerases una especie de líder de porristas espiritual. Los cánticos de las porristas no marcan tantos, pero a veces ayudan. Y yo tengo toda clase de cánticos. Tengo cánticos para los asuntos del corazón y para la compasión y la esperanza y también tengo cánticos de lugares. En los cánticos de lugares sólo pienso en un lugar donde me gustaría estar y me repito a mí mismo una descripción de ese lugar. Por ejemplo, me imagino una casa junto al mar. Entonces elijo la hora del día y el clima que más me gusta. Y me digo: estoy en una casa junto al mar a las cuatro de la tarde y está lloviendo. Después me digo que estoy sentado en una reposera, y que tengo un libro sobre las rodillas. Después me digo que hay una muchacha conmigo a quien amo, que fue a hacer algo pero está por regresar. Digo todo eso, una y otra vez. Digo que estoy en una casa junto al mar a las cuatro de la tarde y está lloviendo y estoy sentado en una reposera con un libro en las rodillas y estoy esperando a una muchacha a quien amo que fue a hacer algo, pero está por regresar. Hay toda clase de cánticos como éste. Si te gusta una ciudad determinada, a mí me gusta Baltimore, eliges la hora del día y el clima y la circunstancia y te lo repites una y otra vez. ¿Ahora harás lo que yo diga?

—Sí —dice Tony—, haré lo que sea.

—Quiero que repitas conmigo lo que yo diga.

—Lo haré —dice Tony.

—Estoy en una casa junto al mar.

—Estoy en una casa junto al mar.

—Estoy mirando llover y son las cuatro de la tarde.

—Estoy mirando llover y son las cuatro de la tarde.

—Estoy sentado en una reposera con un libro sobre las rodillas.

—Estoy sentado en una reposera con un libro sobre las rodillas.

—Estoy esperando a la muchacha que amo, que fue a hacer algo pero está por regresar.

—Estoy esperando a la muchacha que amo, que fue a hacer algo, pero está por regresar.

—Estoy sentado bajo un manzano. Estoy vestido con ropa limpia. Estoy contento.

—Estoy sentado bajo un manzano. Estoy vestido con ropa limpia. Estoy contento.

—Lo has hecho muy bien —dice el swami—. Ahora, probemos el cántico del amor. Repite *Amor* cien veces. En realidad, no necesitas contar. Sólo tienes que decir *Amor, Amor, Amor* hasta que te canses de decirlo. Lo haremos juntos.

—Amor, Amor, Amor...

—Muy bien —dice el swami—. Lo has hecho muy bien. Veo que lo hiciste en serio. Veamos si puedes sentarte.

—Es increíble —dice Tony—. Me siento mucho mejor. Quisiera probar otra plegaria.

Cuando Nailles los oyó cantar *Esperanza, Esperanza, Esperanza, Esperanza*, se sirvió otro whisky. ¿Era un sacerdote vudú? ¿Estaba sometiendo a Tony a un sortilegio? Si Nailles no creía en el poder de la magia, ¿por qué la magia tenía el poder de intimidarlo? Por la ventana podía ver su jardín a la luz de las estrellas. *Esperanza, Esperanza, Esperanza, Esperanza*. Las voces sonaban como tambores. El jardín de Nailles y aquel conjuro pertenecían a reinos distintos. Ya nada tenía sentido.

—Ahora trata de sentir tus pies —dice el swami a Tony—. Y fíjate si puedes incorporarte.

Tony se pone de pie. Ha perdido peso y tonicidad muscular. Se le notan las costillas. Tiene las nalgas flojas y llagas rojas en la espalda.

—Camina unos pasos —dice el swami—. No muchos, sólo dos o tres.

Tony lo hace. Y se echa a reír.

—Me siento yo mismo de nuevo. Es increíble. Estoy débil, por supuesto, pero ya no siento más esa tristeza. Soy yo mismo de nuevo.

—Muy bien. Ahora, ¿por qué no te vistes y bajamos a ver a tus padres? —dice el swami.

—Estoy mucho mejor, papá —dice Tony, cuando entra en el living—. Todavía estoy débil, pero esa horrible tristeza se ha ido. Ya no estoy triste, ni siento que la casa está hecha de naipes. Me siento como si hubiera muerto y resucitado.

Nellie baja la escalera en bata y se detiene en el vestíbulo. Está llorando.

—¿Cómo podemos agradecerle? —pregunta Nailles al swami—. ¿Podemos ofrecerle una copa?

—No, no, gracias —dice el swami con su voz aflautada y melodiosa—. Llevo en mí algo mucho más estimulante que el alcohol.

—Déjeme pagarle entonces.

—Oh, no, no es necesario —dice el swami—. Compréndame, lo que tengo es un don y debo ofrendarlo. Pero puede llevarme a casa. A veces es difícil conseguir taxi.

Y eso fue todo. Diez días después Tony volvió al colegio y todo fue tan maravilloso como había sido antes, aunque cada lunes por la mañana Nailles seguía encontrándose con su proveedor en el estacionamiento del supermercado, en los baños públicos, en el lavadero automático y en los diferentes cementerios del pueblo.

Segunda parte

La primera vez que supe de Nailles (escribió Hammer) fue en la sala de espera de un dentista, en Ashburnham. Había una foto y un breve artículo acerca de su ascenso a jefe de la División Enjuagues de la Saffron Corporation. El artículo mencionaba sus años en Roma y decía que Nailles era miembro del Departamento de Bomberos Voluntarios de Bullet Park y socio del Gorey Brook Country Club. No supe entonces ni sé ahora qué fue lo que atrajo mi atención. Estaba la coincidencia de los apellidos, y me gustó la foto. Pero sólo varios meses más tarde tomé la decisión. Estaba en una playa, había nadado un rato y me disponía a leer un libro.

Estaba solo, en una época en que la valoración de lo doméstico había alcanzado tal intensidad que la soltería se había convertido en un flagrante motivo de sospecha. Uno aparecía en la playa acompañado por su esposa, sus hijos, sus padres o un grupo de invitados. Rara vez se veía a un hombre solitario. Era una hermosa playa, lo recuerdo bien. Tradicionalmente relacionamos la desnudez con el juicio final y la eternidad; por eso, quizá, tendemos a los pensamientos apocalípticos cuando estamos semidesnudos en una playa. Avanzamos hacia la rompiente como si nos internáramos inocentemente en un torbellino moral que aboliera el tiempo. El veredicto esa tarde parecía ser evangélico y el único acorde de tristeza era el llanto de un niño asustado de las olas. Entonces, un maricón que venía caminando por la orilla se detuvo a unos tres metros de donde yo estaba. Era una consecuencia directa de mi soledad. Su andar no era incriminatorio pero sí decididamente presumido. Tenía buen porte, estaba muy bronceado y su pantalón de baño era de una brevedad excesiva. Me dirigió una mirada insinuante y levemente estrábica y luego enganchó los pulgares en el elástico del pantalón y lo bajó para mostrar unos centímetros de trasero. Al mismo tiempo otro hombre apareció en escena. Era bastante mayor que el maricón —unos cuarenta años— y tenía el arrebatado color de aquellos cuyos días de playa están contados. No tenía nada de atlético: parecía uno de esos empleados concienzudos, encorvado de espaldas y de ancho trasero, resultado de años de honesto yugo. Estaba con su esposa y dos hijos, y trataba de remontar un barrilete, al pie de los médanos, con el viento de frente. El barrilete no quería levantar vuelo y el hilo se había enredado. El maricón me dirigió otra miradita, volvió los ojos al mar y dio otra bajada distraída al elástico de su pantaloncito. Yo me puse de pie y me uní al hombre del barrilete. Le expliqué que si se paraba en la parte más alta del médano era probable que el barrilete alzara vuelo, y lo ayudé a desenredar la madeja de hilo. El maricón suspiró, se acomodó los pantaloncitos y siguió su camino, como yo había planeado que ocurriera, mientras sentía entre los dedos la delgadez y la resistencia de aquel hilo de barrilete que había servido para revelarle lacónicamente mis intenciones, y que ahora me transmitía una fortaleza moral extraordinaria, como si el mundo en el cual yo había declarado vivir

se mantuviese unido por esa tanza barata, incolora, admirablemente resistente. Cuando terminamos de desenredar la madeja trepé con el barrilete hasta lo más alto del médano y, sosteniéndolo en alto, vi cómo el viento lo remontaba en línea recta hacia el cielo azul. Los niños estaban encantados. El desconocido y su esposa agradecieron mi ayuda. Yo regresé a mi libro. El maricón había desaparecido, pero me dejó anhelando un orden moral cuyas recompensas fuesen más rotundas que el placer de unos niños, las sonrisas agradecidas de dos desconocidos y la resistente tensión de un hilo de barrilete.

Soy hijo de madre soltera. Mi padre se llamaba Franklin Pierce Taylor. Mi madre, Gretchen Shurz Oxencroft, y había sido secretaria de mi padre. Hace años que no la trato pero puedo verla ante mis ojos en este momento, sus cabellos grises al viento y sus altivos ojos azules brillando en medio de su rostro como dos pozos de agua en una pradera. Nació en un pueblo minero de Indiana, era la menor y la menos atractiva de cuatro hijas. Ni su padre ni su madre fueron más allá de la escuela secundaria, pero las privaciones y el hastío del Medio Oeste desarrollaron en ellos un respeto casi litúrgico por las evasiones que ofrecía el saber. El ejemplar de las obras completas de Shakespeare que tenían en la mesa de la sala parecía depositado allí como una maza. El padre era un nativo de Yorkshire, de tupido cabello oscuro y rasgos caballunos. Era flaco como un alambre, y a los cuarenta le diagnosticaron tuberculosis. Había empezado como obrero en una cantera, lo ascendieron a capataz y, durante una depresión del mercado de piedra caliza, se quedó sin empleo. En la casa donde se crió mi madre había un espejo con marco dorado, un sofá relleno de crin y varias piezas de porcelana y de plata que su madre había traído de Filadelfia. Ninguna de esas cosas estaban allí a modo de recordatorio de tiempos mejores, pero ¡Filadelfia, Filadelfia!, desde aquellas planicies de piedra caliza parecía la ciudad de la luz.

Gretchen detestaba su nombre, y se hizo llamar sucesivamente Grace, Gladys, Gwendolin, Gertrude, Gabriella, Giselle y Gloria. En su adolescencia abrieron una biblioteca en el pueblo y, fuese por accidente o por mal consejo, devoró en aquella sala las obras completas de John Galsworthy. Eso le dejó un leve acento británico y una discrepancia incurable entre su mundo de ensueño y las planicies de piedra caliza. Una tarde de invierno en que volvía de la biblioteca a su casa en un trolebús, vio a su padre de pie bajo un farol, con su caja de almuerzo en la mano. El conductor no frenó para dejarlo subir y Gretchen se volvió hacia la mujer que tenía al lado y exclamó: «¡Usted *vio* a ese pobre hombre! ¡Hizo señas para subir, pero el *descaro* del conductor para ignorarlo!» Eran los ecos de Galsworthy en los que había estado sumergida toda la tarde. ¿Cómo incluir a su padre en ese paisaje? No habría dado el papel de criado ni el de jardinero. Tal vez como peón de las caballerizas, aunque los únicos caballos que había visto eran los que tiraban de la noria en la cantera. Ella sabía que era un hombre honesto y valeroso, pero su soledad bajo el farol se le hizo

tan intolerable que la había obligado a repudiarlo de esa manera.

Gretchen —o Gwendolyn, como a veces se llamaba a sí misma— se graduó con honores en el colegio secundario y recibió una beca de la Universidad de Bloomington. Más o menos una semana después de graduarse en la universidad abandonó las planicies de piedra caliza para probar suerte en Nueva York. Sus padres fueron a la estación a despedirla. Él estaba consumido; ella en un abrigo raído. Mientras se despedía de ellos a través de la ventanilla, otro viajero le preguntó si eran sus padres. Gretchen sintió en su interior los ecos de Galsworthy y estuvo a punto de decir que no eran más que una pobre gente a la que había ido a visitar, pero en cambio exclamó:

—Oh, sí, sí. Son mi padre y mi madre.

Los hijos de la anarquía y del cambio crecen en un territorio genéticamente misterioso, y ésa era la nacionalidad de Gretchen (ahora Gloria). Luego de hacerse socialista en el último año de la Universidad, la fueron despabilando los males, injusticias, indecencias, imperfecciones y desigualdades del mundo. Más que llegar, se arrojó sobre Nueva York y en poco tiempo consiguió ser contratada como secretaria de Franklin Pierce Taylor. Él era un joven adinerado y visionario, miembro del Partido Socialista. Gretchen fue primero su secretaria y poco después su amante. Se los veía muy felices juntos. Lo que se interpuso en esa felicidad —o al menos eso afirmaba mi padre— fue que el ardor revolucionario de mi madre empezara a manifestarse a través de la cleptomanía. Viajaban mucho en esa época y cada vez que llegaba el momento de dejar un hotel, mi madre metía en sus valijas las toallas, los cubiertos, hasta las fundas de las almohadas y las tapas metálicas que mantenían calientes los platos del desayuno. La idea era distribuir aquellos bienes entre los pobres, aunque él nunca vio que se materializara la idea. «Alguien ha de *necesitar* estas cosas», mascullaba ella, mientras atiborraba las valijas de cosas que no le pertenecían. Una vez, al entrar en su habitación en el Hay-Adams de Washington él se la encontró parada sobre una silla tratando de descolgar los caireles de la araña. «Alguien sabrá qué uso darle a esto», masculló al verlo. En el Commodore Perry de Toledo se robó la balanza del baño, pero él se negó a cerrar la valija hasta que ella devolviese el adminículo a su lugar. En cambio logró llevarse una radio de un hotel en Cleveland y un cuadro del Palace de San Francisco. Este hábito incurable —siempre según él— fue causa de amargas disputas que desembocaron en la separación en Nueva York. A Gretchen la perseguía una inquebrantable mala suerte en la relación con todo artefacto —tostadoras, planchas, coches—, y si bien estaba provista del correspondiente artefacto anticonceptivo, la mala suerte atacó de nuevo en ese momento. Poco después de la separación descubrió que estaba embarazada.

Taylor no pensaba casarse con ella, pero pagó los gastos del parto y le habilitó una renta mensual, y con eso ella alquiló un pequeño departamento en el West Side.

Se presentaba con el nombre de Miss Oxencroft. Quería parecer desconcertante. Supongo que veía algo original en nuestra mutua ilegitimidad. Cuando yo tenía tres años vino de visita la madre de mi padre. Le encantó que yo fuera rubio. Ofreció adoptarme. Después de un mes de deliberaciones, mi madre —que nunca fue muy consecuente— aceptó. Pensaba que su destino era viajar por el mundo alimentando su espíritu. Así que me buscaron una niñera y me llevaron a vivir al campo con la abuela. Poco después, mi cabello empezó a ponerse castaño. A los ocho años ya era decididamente oscuro. Mi abuela no se amargó ni se puso excéntrica ni me lo reprochó nunca, pero a menudo repetía que la había tomado por sorpresa. En mi partida de nacimiento figuraba como Paul Oxencroft, pero se consideró que eso era inaceptable y una tarde apareció un abogado en casa para arreglar el asunto. Mientras discutían cómo me llamarían, por la ventana pasó un jardinero llevando un martillo, y así decidieron el asunto. Se fijó un fondo bancario que proporcionara un ingreso decente a Gretchen, y ella partió a Europa. Así concluyó su período como Gloria. Los cheques, giros y documentos insistían en llamarla Gretchen, de modo que fue Gretchen.

Cuando mi padre era joven veraneaba en Munich. Había trabajado toda su vida con barras y pesas, y tenía esa clase de físico imposible de conseguir en cualquier otra disciplina deportiva. Incluso de viejo siguió conservándolo; parecía uno de esos gimnastas retirados que promocionan cursos de calistenia y fórmulas de granola. Por vanidad o por placer, en Munich posó para el escultor Fledspar, a quien le habían encargado decorar la fachada del Prinz-Regenten Hotel. Mi padre fue el modelo para las cariátides masculinas que sostienen sobre sus hombros la marquesina hoy arquetípica de incontables teatros, estaciones ferroviarias, edificios de departamentos y palacios de justicia. El Prinz-Regenten fue bombardeado en 1944, pero mucho antes yo alcancé a ver los rasgos más que identificables de mi padre, su musculatura uniformemente desarrollada, sosteniendo la marquesina de ese hotel que era por entonces uno de los más elegantes de Europa. El estilo de Fledspar fue muy popular a comienzos de siglo; volví a ver a mi padre, esta vez de cuerpo entero, sosteniendo los tres pisos superiores del Hotel Mercedes de Francfort. También lo vi en Yalta, en Colonia y hasta en Broadway. Lo vi desprestigiarse y perder aplomo a medida que esas fachadas monumentalistas fueron pasando de moda. Y lo vi caído entre la maleza de un baldío en Berlín Occidental. Pero eso vino mucho después, y todo sentimiento de rencor acerca de mi ilegitimidad, incluyendo que él se presentara siempre como mi tío, quedó relegado al hecho de que hubiese sostenido sobre sus hombros el Prinz-Regenten, las mejores suites del Mercedes y la Opera de Malsburgo, también bombardeada. Parecía un hombre muy responsable y yo lo quería.

Cierta vez estuve con una chica que me aseguraba saber cómo era o había sido mi

madre. No entiendo por qué una escaramuza carnal podía revelarle algún aspecto de mi vieja madre, pero parece que lo hacía. Lo había interpretado todo mal, pero ni me molesté en corregirla. «Puedo imaginar perfectamente a tu madre. La veo en su jardín, cortando rosas. Usa vestidos de seda y grandes sombreros», suspiraba. Si alguien veía a mi madre en el jardín, se la encontraba en cuatro patas, arrancando malezas como un perro cava en la tierra. No era en absoluto la criatura grácil y delicada que mi amiga imaginaba. Como carezco de padre legítimo, puede que haya esperado de ella más de lo que era capaz de dar, pero lo cierto es que siempre me decepcionó, y a veces supo desconcertarme. Actualmente vive en Kitzbühel, hasta mediados de diciembre, o cuando caigan las primeras nieves, momento en que se traslada a una pensión de Estoril. Cuando la última nieve se derrite, regresa a Kitzbühel. Estos traslados responden más a razones económicas que a su gusto por el sol. Todavía me escribe, una o dos veces al mes. No puedo tirar las cartas a la basura sin abrir porque quizá traigan alguna noticia importante. Transcribo la última carta que recibí, para dar una idea de su estilo epistolar.

«Anoche soñé una película entera», escribe, «no una escena, sino una película en colores con todas las de la ley, acerca de un pintor japonés llamado Chardin. Y después soñé que volvía al jardín de mi vieja casa en Indiana y encontraba todo tal como lo había dejado. Incluso las flores que había cortado hacía tantos años estaban en el porche, aún frescas. Allí estaba todo, pero no como podría haberlo recordado, porque la memoria me falla y además nunca fui capaz de recordar con tanto detalle, sino como un don del espíritu mucho más profundo que el recuerdo. Y después soñé que subía a un tren y que por la ventanilla veía el agua azul y el cielo azul. No estaba muy segura del lugar adonde iba, pero rebuscando en mi bolso encontré una invitación para pasar un fin de semana con Robert Frost. Sé que Frost está muerto y enterrado, y dudo de que nos hubiéramos soportado más de cinco minutos, pero fue como una compensación o una dádiva que me hacía mi imaginación.

»La memoria me falla en algunos rubros, pero en otros es de una tenacidad a veces agotadora. Parece estar tocando música todo el tiempo. Escucho música en mi cabeza desde que me despierto hasta que me acuesto. Lo que me desconcierta es la variada calidad del repertorio. A veces me despierto al son del adagio del primer Razumovsky^[10]. Ya sabes cuánto me gusta. Puede tocarme un concierto de Vivaldi al desayuno, seguido de un poco de Mozart. Pero otras veces me despiertan los tremendos acordes de esas marchas de De Sousa, seguidos por un jingle de golosinas y un tema de Chopin. Detesto a Chopin, ¿por qué mi memoria me atormenta con música detestable? Hay veces que parece recompensarme; pero otras veces es como si quisiera vengarse, y ya que estamos en el tema, aprovecho para referir algo que pasó con la pequeña Jamsie. (Jamsie es su border terrier.) La semana pasada, me despertó un sonido extraño a eso de las tres de la mañana. Como bien sabes, Jamsie

duerme junto a mi cama. El sonido provenía de ella: estaba contando. La oí clarísimamente; contó del uno al doce. Después recitó el abecedario. Tuvo sus dificultades con la ese pero lo recitó entero. Sé que me creerás loca, pero si los delfines pueden hablar, ¿por qué Jamsie no? Cuando terminó el abecedario la desperté. Parecía un poco avergonzada de que la pescara repasando sus lecciones, pero después me sonrió y volvimos a dormirnos las dos.

»Supongo que todo esto te parecerá ridículo, pero por lo menos no me dedico al tarot o a la astrología, ni creo, como mi amiga Elizabeth Howland, que los limpiaparabrisas ofrecen consejos valiosos para invertir en el mercado bursátil. El mes pasado sus limpiaparabrisas la urgieron a comprar acciones de Merck, cosa que hizo, y ganó no sé cuántos miles. Supongo que miente acerca de sus pérdidas, como la mayoría de los jugadores. Lo cierto es que a mí los limpiaparabrisas no me hablan, pero en cambio oigo música en los lugares más inesperados, sobre todo en los aviones. Acostumbrada al ronroneo de los jets transoceánicos, he desarrollado un oído capaz de percibir la esquiva música de los viejos DC-7 y Constellation que me llevan de Portugal a Ginebra. Una vez que estos aviones han alzado vuelo, la armonía de sus motores resuena en mis oídos como una música universal, tan fortuita y ajena al mismo tiempo como la textura de los sueños. No es música jubilosa precisamente, pero sería un error caracterizarla como triste. El sonido del Constellation es más contrapuntístico, y en cierto modo menos universal que el del DC-7. Pero soy capaz de identificar en un avión el paso de un tono mayor a una séptima descendente con la misma nitidez con que puedo hacerlo en una sala de conciertos. El sonido de estos aviones tiene la misma capacidad contrapuntística que la música barroca pero sé por experiencia que nunca alcanzará un clímax ni una resolución. En la iglesia a la que iba de joven, en Indiana, había un organista que no había completado su educación musical, fuese por dificultades financieras o por falta de perseverancia. Tenía una facilidad natural para tocar el órgano pero, a causa de su educación inconclusa, lo que comenzaba vigorosamente como una fuga desembocaba en la vulgaridad más informe. Los Constellation padecen la misma falta de perseverancia. La primera, la segunda y la tercera voz de la fuga resuenan claramente, pero después, como el organista, todo se derrumba en una sucesión de extravíos armónicos. Los motores de los DC-7 son más expresivos pero más limitados también. Cierta noche que volábamos a Francfort oí claramente a las hélices llegar hasta la mitad de las variaciones de Bach por Gounod. También he oído la *Música acuática* de Haendel, el tema de la muerte de *Tosca* y la obertura del *Mesías*. Otra noche, en Innsbruck — puede adjudicarse la excepcionalidad al frío intenso que hacía— los motores lograron producir una exaltada síntesis de todos los sonidos de la vida —sirenas de barcos y trenes, chirridos de portones de hierro y de elásticos de camas, tambores y vientos y lluvias y truenos y pasos—; todos esos sonidos parecían trenzados en un cordel de

aire que se interrumpió en cuanto la azafata hizo el anuncio de no fumar (*Nicht Rauchen*), un anuncio que ha llegado a significar que, si no estoy en casa, al menos voy en camino.

»Por supuesto, sé que no vas a darle la menor importancia a todo esto. No es un secreto para mí que habrías preferido tener una madre más convencional —una que te enviara tortas caseras y recordara tu cumpleaños—, pero también creo que la timidez y circunspección que hemos puesto ambos en el estudio y conocimiento del otro ha alcanzado a veces extremos muy poco prácticos. En nuestra lucha por entrever el alma humana —y acaso anhelamos alguna vez otra cosa alegamos que nos rige la honestidad de la desesperación, cuando lo que hacemos en realidad es erigir estructuras artificiales de realidad aceptable, y mientras tanto nos rehusamos obstinadamente a admitir los términos que rigen nuestras vidas. Antes de terminar esta carta te aburriré con otra observación. Lo que voy a decir es algo que sin duda sabe la mayoría de los que viajan; sin embargo, yo no me atrevería a confiárselo a un íntimo, por temor de que me creyese loca. Como tú ya me crees loca, no hay nada que temer.

»En mis viajes he observado que las camas que ocupo en hoteles y pensiones poseen una atmósfera muy variable y ejercen una influencia profunda en mis sueños. Es sabido que transmitimos parte de nosotros mismos —de nuestro espíritu y de nuestros deseos— a los colchones sobre los cuales descansamos, y tengo evidencia de sobra para demostrarlo. El invierno pasado, en Nápoles, soñé que lavaba un guardarropa entero de ropa de nailon, cosa que, como bien sabes, es algo que no haría en la vida. El sueño era muy explícito: podía ver las prendas colgadas a secar en la ducha, y hasta oler su humedad, cosa que, como bien sabes, no puede pertenecer a mi arsenal de recuerdos. Cuando desperté me sentí inmersa en una atmósfera completamente diferente de la mía: severa, tímida, casta. Evidentemente había una presencia en la habitación. Por la mañana pregunté en la recepción quién había ocupado antes que yo aquella cama. El conserje revisó sus libros y dijo que había sido una turista norteamericana —una tal Harriet Lowell— que luego se había trasladado a una habitación más chica, y que en ese mismo momento salía del comedor. Me volví para mirar a la señorita Lowell, cuyo vestido blanco de nailon ya había visto en mis sueños, y cuyo espíritu severo, tímido y casto aún flotaba en la habitación que había desocupado. Sé que dirás que fue una coincidencia, pero déjame terminar. Tiempo después, en Ginebra, me acosté en una cama que parecía exhalar una atmósfera tan desagradablemente venérea que mis sueños fueron de lo más repugnantes. Vi, por ejemplo, dos hombres desnudos, uno montado en el otro como jinete y caballo. Por la mañana pregunté al recepcionista quiénes habían sido los ocupantes anteriores, y me contestó: «*Ah, oui, deux tapettes*». Habían hecho tanto ruido que se los había invitado a abandonar el hotel. Desde entonces me he

acostumbrado a imaginar quién fue el ocupante anterior de mi cama, y a comprobarlo a la mañana siguiente con el conserje. Acierto siempre, es decir, siempre que el empleado se ha mostrado dispuesto a cooperar. Si se trata de prostitutas, se muestran un poco remisos. Si no siento ninguna presencia, he llegado a la conclusión de que es porque la habitación lleva una semana o diez días desocupada. Nunca he errado. A lo largo de mis viajes de este año, he compartido los sueños de hombres de negocios, turistas, parejas casadas, prostitutas y personas de lo más castas. Mi experiencia más notable fue en Munich durante la primavera.

»Me alojé como siempre en el Bristol, y soñé con un abrigo de marta cibelina. Como sabes, detesto las pieles, pero vi en todo detalle ese abrigo: el corte del cuello, el tornasol de la piel, la seda amarilla del forro y hasta dos entradas para la ópera en uno de los bolsillos. Por la mañana pregunté a la camarera que me trajo el café si la ocupante anterior de esa habitación tenía un abrigo de piel. La camarera se tomó las manos, elevó los ojos al cielo y dijo sí, sí, era de marta cibelina rusa, el más hermoso que había visto en su vida. Y agregó que aquella mujer estaba enamorada de su abrigo, que era como un amante para ella. ¿Y le gustaba ir a la ópera, por casualidad?, pregunté, mientras revolvía mi café y trataba de disimular mi interés. Sí, sí, dijo la camarera, había venido especialmente al Festival Mozart, durante dos semanas había partido cada noche a la ópera envuelta en su abrigo de piel.

»El asunto no me desconcertó demasiado —siempre supe que la vida es abrumadoramente misteriosa— pero ¿aceptas ahora que tengo pruebas indiscutibles de que dejamos fragmentos de nosotros mismos, de nuestros deseos, de nuestro espíritu, en las camas en que dormimos? Ahora bien, qué hacer con esta información. Si se la confesara a una amiga seguramente me creería loca, y después de todo, ¿qué utilidad tiene saber que en mi cama durmió una solterona, una prostituta o lleva una semana desocupada? ¿Es un don particular o todos los viajeros lo tienen y, más que un don, es una facultad que no viene al caso explotar? Mi conclusión final es que nuestros sueños son absolutamente universales —traten de prendas de vestir o de entradas para el teatro—, y que si nos conociéramos unos a otros con esa intimidad podríamos tener un mundo mucho más pacífico de lo que estamos dispuestos a imaginar».

Me crié en la casa de mi abuela en Ashburnham. Iba a una escuela rural. Comí en la cocina hasta que cumplí diez años, y a partir de entonces pasé a la mesa del comedor con los grandes. Solía haber invitados. Era una época de la vida en la que la conversación de los adultos me agotaba profundamente. Supongo que era hostil. Fuera como fuere, la abuela me instruía:

—Ahora que tienes edad suficiente para sentarte a mi mesa, espero que contribuyas a la conversación. Cuando la gente se reúne por la noche lo hace para cenar, pero también para intercambiar opiniones, experiencias, información. Todos los días aprendemos algo, ¿verdad? Todos los días te topará con algo que será interesante para mí y también para los invitados, así que deberás intervenir más activamente en la conversación.

Pedí que me mandaran de vuelta a la cocina, pero la abuela hizo como que no oía, y esa noche estaba muy nervioso cuando bajé a cenar. La conversación siguió su curso habitual, y de pronto la abuela me sonrió indicando que había llegado mi turno. Lo único que recordaba era que en el camino de regreso de la escuela había visto a una señora robando claveles en el parque. Al oír mis pasos, la mujer ocultó las flores bajo el abrigo, y en cuanto me alejé, siguió cortando claveles.

—Vi a una señora en el parque robando claveles.

—¿Eso es todo? —preguntó la abuela.

—También vi un partido de básquet.

Los adultos reanudaron la conversación, y yo comprendí que había fracasado y que debía prepararme. En la escuela estábamos estudiando historia antigua así que empecé a memorizar todas las noches dos páginas de mi libro de texto.

—De todos los Estados griegos que se extendían desde el Mar Negro hasta el Mediterráneo —dije cuando me llegó el turno—, ninguno podía rivalizar con Atenas, y el mérito debe atribuirse a Pericles...

La noche siguiente hablé de Solón, y la siguiente, de la Constitución ateniense. Al final de la semana la abuela me dijo bondadosamente:

—Creo que será mejor que te limites a escuchar la conversación.

La abuela era rica. No entraré en detalles más que para decir que era una mujer robusta, de rostro común y corriente, pero el hecho de no haber tenido que preocuparse nunca por el dinero le había permitido conservar, incluso en la vejez, una lozanía infrecuente. Su suerte y su dinero le habían ahorrado las principales causas de preocupación. Éramos buenos amigos, aunque a veces me burlaba de ella. Cuando tenía doce años, un día en que no fui a la escuela, ella esperaba para cenar a un lord inglés llamado Penwright. Los títulos de nobleza la excitaban y su excitación acerca de la llegada de Lord Penwright me puso de malhumor. Yo debía participar de la

cena. Cuando me enteré de que servirían ostras, fui al pueblo y compré en Woolworth's una perla falsa. Le dije a Olga, la cocinera, que la metiese en una de las ostras del plato de Lord Penwright. Había doce personas a la mesa y todos estábamos charlando cuando Lord Penwright exclamó de pronto:

—Oh, caramba —y nos mostró la perla. Era la más grande que vendían en Woolworth's, ya la luz de las velas parecía invalorable—. Qué exquisita sorpresa —dijo su señoría.

—Hmmm —dijo la abuela y su rostro siempre animado reveló inquietud.

—La haré engarzar y se la regalaré a mi esposa —dijo el lord.

—Pero la perla es mía —dijo la abuela—. Es mi casa. Son mis ostras. La perla es mía.

—No lo había visto desde ese punto de vista —dijo el lord y, suspirando, entregó la perla a la abuela.

Apenas ella la tuvo en su mano comprendió que venía de Woolworth's y, volviéndose hacia mí, que estaba en el otro extremo de la mesa, dijo:

—Sube a tu cuarto.

Fui a la cocina, cené y después subí a mi cuarto. Ella no volvió a mencionar el asunto, pero las cosas entre nosotros nunca volvieron a ser iguales. Y en septiembre me enviaron a un internado.

La abuela murió durante mi último año en el internado, y no tenía adónde ir en Navidad. Tenía muchos amigos, pero ninguno me invitó a pasar Navidad en su casa, o a ninguno le acepté la invitación. Cuando la escuela cerró, me quedé solo en el dormitorio común. La soledad del edificio vacío se me hizo abrumadora; sentía que mi ilegitimidad era una cruel injusticia. Los demás alumnos de la escuela tenían por lo menos a uno de sus padres; yo no tenía ninguno. Pensaba que lo menos que podía hacer mi padre por mí era llevarme a tomar una cerveza con él durante las vacaciones. Era todo lo que esperaba de él. Sabía que se había casado y que vivía en Boston, de modo que esa noche me tomé un avión hacia allá. Encontré su dirección en la guía telefónica y tomé un taxi hasta Dedham, el barrio donde vivía. Sólo iba a pedirle que me pagara una cerveza. Era lo único que quería de él cuando toqué el timbre. Pero fue su esposa la que abrió la puerta. Me sorprendió que tuviera el cabello blanco y el rostro macilento y los dientes enormes. Pero precisamente porque su encanto físico era nulo, parecía haber desarrollado otra clase de encanto. Parecía gentil e inteligente. Tenía la boca grande y los labios demasiado finos, pero su sonrisa era encantadora. Dije que era Paul Hammer y que deseaba ver al señor Taylor. Creo que sabía quién era yo. Dijo que mi padre estaba en la ciudad.

—Se fue a una fiesta el miércoles —dijo—, y cuando se va a una fiesta, generalmente se toma unos días para volver. Suele hospedarse en el Ritz.

No había reproche ni rencor en su voz. Quizá la aliviaba tenerlo fuera de casa. Le di las gracias y fui en el taxi hasta el Ritz. Estaba registrado en conserjería, pero no contestó el teléfono, así que subí a su piso en el ascensor. Tampoco contestó el timbre, pero la puerta estaba sin llave así que entré.

En efecto, había estado de fiesta. La sala mostraba la proverbial colección de botellas y vasos vacíos sin los cuales es imposible celebrar una fiesta. Él estaba en el dormitorio. Había dos camas, y ambas parecían haber sido usadas venéreamente. Mi padre yacía en una de ellas, sumido en un sopor alcohólico, desnudo. Tenía en torno al cuello un collar de corchos de champán —conté diecisiete— que supuse que alguien se lo habría acomodado después de que él perdiera la conciencia. Ya había pasado los cincuenta, pero las pesas le habían rendido resultados. Si uno no miraba con mucho detenimiento lo habría considerado mucho más joven. Era de una delgadez elástica, atlética, casi obscena. Abatido en esa cama por el alcohol, parecía un Ícaro de esos que se ven pintados en la pared de un restaurante italiano de segunda categoría, impregnado de añeja grasitud y cagadas de mosca. No creo que hubiese despertado aunque le gritara al oído, y además necesitaba el descanso. Así de caritativo fui. O aún más. Él era mi padre, el creador —con cierta ayuda— de mi corazón, mis entrañas y mi mente, ¿y hasta dónde podía llegar un hombre con

semejante creador? Podía matarlo, podía maltratarlo o podía perdonarlo, pero algo tenía que hacer, así que me decidí por la versión más blanda y menos convincente del perdón y me fui. La escala siguiente era Kitzbühel. Si mi padre no quería pagarme una cerveza, tal vez consiguiera que mi madre me invitase a una taza de té.

Hablamos de viajes como si fuesen una de las actividades más naturales de la condición humana. «El señor X viajó entonces de Boston a Kitzbühel». Nada más lejos de la verdad. En el Aeropuerto Logan conseguí embarcar en un vuelo vespertino a Londres. El avión se retrasó, bebí cinco martinis en el bar del aeropuerto y crucé el Atlántico en un estupor alcohólico. Llegamos a Londres al amanecer, y descubrí que se había perdido mi valija. Paseé por el aeropuerto hasta las tres de la tarde, cuando encontraron mi valija, y entonces subí a un taxi y me fui hasta el Dorchester. Intenté sin éxito dormir, después fui a ver una película y me emborraché en un pub. Tenía pasaje para el vuelo de la mañana a Francfort, pero una niebla se había posado sobre Londres durante la noche, y cuando llegué al aeropuerto se habían suspendido todos los vuelos. Cada media hora anunciaban que la niebla estaba por disiparse. Tomé mi desayuno, atención de la empresa. Después almorcé, también atención de la empresa. A las tres anunciaron que no habría más actividad en el aeropuerto en lo que restaba de la jornada. Regresé al Dorchester pero no había habitaciones. Después de intentar en cuatro hoteles terminé en una pensión de Parkman Square, donde estuve despierto casi toda la noche a causa de ruidos que prefiero no describir. Por la mañana se mantenía la niebla, pero parecía más próxima a disiparse, así que regresé al aeropuerto. Bebí una taza de café abominable y un vaso de agua color naranja. El efecto de ambos líquidos en mi sistema digestivo fue fulminante y me abalancé al baño de hombres. Habré estado allí unos quince minutos cuando oí que anunciaban mi vuelo. Me levanté los pantalones, atravesé corriendo el aeropuerto y alcancé con lo justo mi avión a Francfort. Pero mis problemas digestivos no habían terminado y me pasé en el baño todo el vuelo. Los anuncios luminosos en tres idiomas me ordenaban regresar a mi asiento, pero ¿cómo hacerlo? En Francfort, donde abordé un vuelo a Innsbruck, hacía mucho frío. En Innsbruck tomé el Transalpino hasta Kitzbühel, llegué a destino a las cuatro de la tarde, pero me pareció que no había llegado a ninguna parte. Me había limitado a derramar mis entrañas por media Europa.

Mi madre vivía en la Pensión Bellevue^[11]. La fachada del edificio de madera estaba decorada con astas de ciervo, y yo me pregunté si los tirolese ignoraban la flagrante alusión al cornudaje que representaba o si se trataría de esa clase de pensión. Cuando pedí ver a mi madre se asombraron. Para ellos era una *Fräulein*. Una criada subió al primer piso y bajó con ella. Mi madre se emocionó al verme y yo la abracé. Había comenzado a encanecer, pero no había engordado. Sus ojos seguían siendo tan azules y brillantes como siempre.

—¿Viniste para Navidad, Paul? —preguntó—. ¿Has venido a pasar Navidad con tu madre? Por lo general estoy en Estoril para estas fechas, pero este año todavía no nevó, así que demoré la partida hasta que caigan los primeros copos.

Me dieron un cuarto contiguo al suyo, y subimos juntos. Preparó té sobre un calentador de alcohol y me sirvió una taza. De pronto, se abrió la puerta e irrumpió una mujer huesuda, que exclamó:

—¡Usted se llevó nuestra azucarera! Nos la pidió ayer a la hora del té y no nos la devolvió.

—Por supuesto que se la devolví —dijo cortésmente mi madre—. La dejé en el estante de los libros. Allí la encontrará. —Cuando la desconocida se marchó, mi madre se volvió hacia mí y preguntó—: ¿Cómo está tu horroroso país?

—Madre, no es horroroso, y es tu país.

—Es cierto que viajo con pasaporte norteamericano —dijo ella—, pero es la clase de concesiones que hay que hacer para lidiar con la burocracia. Y no me digas que no es un lugar horroroso. Cuando estaba en el Partido Socialista con tu padre, le insistí muchas veces en que, si el capitalismo norteamericano seguía exaltando a los mercenarios y a los estafadores, la economía degeneraría en la fabricación de toda clase de estupefacientes y formas de vida tales que harían imposible cualquier clase de reflexión o profundidad emocional. Y tenía razón —dijo apuntándome con el dedo—. A veces hojeo revistas norteamericanas en un café y la mayor parte de sus páginas son de publicidad. Tabaco, alcohol y esos absurdos automóviles que aseguran que harán olvidar a quien los compre la sordidez, la pobreza espiritual y la monotonía de egoísmo que impera alrededor. En toda la historia de la civilización jamás se ha visto una nación consagrada de modo tan absoluto a la tarea de narcotizarse. El año pasado fui a California...

—No sabía que habías estado allí —dije.

—Sí, estuve —dijo—. Y no te llamé.

—No importa —dije.

—Sabía que no te habría importado —dijo secamente—. Para abreviar, fui a visitar a unos amigos en Los Ángeles y me llevaron a pasear en auto por la autopista, y tuve suficiente de irresponsabilidad, tendencias suicidas, corrupción municipal y despilfarro de recursos naturales. No voy a regresar más, porque si volviera, ¿sabes qué haría?

—No, madre.

—Me instalaría en un lugar como Bullet Park, compraría una casa, trataría de ser muy discreta, jugaría al bridge, me dedicaría a la beneficencia, recibiría en casa, para ocultar mi propósito...

—¿Que sería cuál?

—Elegir un joven ejecutivo, preferentemente de una agencia de publicidad,

casado, con dos o tres hijos, alguien que encarnara ejemplarmente esa vida vivida sin sentimientos ni valores auténticos.

—¿Y qué le harías?

—Lo crucificaría contra la puerta de la iglesia —dijo apasionadamente—. Ninguna otra cosa serviría para hacerles abrir los ojos.

—¿Cómo lo crucificarías? —pregunté.

—No he pensado los detalles aún —dijo ella. Y de pronto, volvió a ser una vieja dama amable, de cabellos grises—. Quizá lo narcotizaría en una fiesta. No querría que sufriera.

Fui a mi cuarto a acomodar mis cosas. La pared era delgada y a través de ella podía oír a mi madre hablando. Al principio pensé que alguien había entrado en su habitación después que yo saliera, pero poco a poco comprendí, por el tono de su voz, que hablaba sola. La oía con total nitidez.

—Mi padre fue obrero en las canteras, y a menudo se quedaba sin empleo. He leído por ahí que la trayectoria profesional de una persona puede determinarse según sus comienzos. Con orígenes tan humildes, yo pensé que, si aceptaba pasivamente la situación, acabaría de camarera en un restaurante o, a lo sumo, de bibliotecaria del pueblo. Así que me dediqué a ocultar mis orígenes para ampliar mis horizontes profesionales. Después de crecer en un pueblo como ése, me aterrorizaba la idea de quedar confinada en él.

Salí al pasillo y abrí la puerta de la habitación de mi madre. Se había sacado los zapatos y estaba recostada en la cama, completamente vestida, hablando al techo.

—Madre, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Me estoy analizando —respondió alegremente—. Pensé que el psicoanálisis me haría bien, así que fui a ver a un profesional en el pueblo. Cobraba cien *schillings* la hora. Era una cifra que yo sencillamente no podía pagar. Cuando se lo dije, sugirió que vendiera el auto y comiera menos. Imagínate. Así que decidí autoanalizarme. Ahora, tres veces por semana, me acuesto en la cama y hablo conmigo misma durante una hora. Soy muy franca. No evito nada desagradable. Es una terapia bastante efectiva, y por supuesto no me cuesta un centavo. Todavía me faltan cuarenta y cinco minutos, así que si no te importa dejarme sola... —Salí y cerré la puerta, pero permanecí en el pasillo lo suficiente para oírla decir—: Cuando duermo boca arriba mis sueños son lineales, ordenados y decorosos. A menudo sueño con una villa palladiana. Quiero decir una casa inglesa construida al estilo de Palladio. Cuando duermo en posición fetal mis sueños son sonoros, impropios y a veces eróticos. Cuando duermo boca abajo...

Volví a mi cuarto y recogí mis cosas, el hijo único de una cariátide masculina que sostenía los tres pisos del Hotel Mercedes y de una vieja loca. Le dejé una nota en la cual decía que de pronto había necesitado estar en movimiento otra vez. No me

pareció injusto con ella aparecer para desaparecer enseguida. Tenía la sensación de que estaba tan absorta en su propia excentricidad que apenas advertiría mi partida. Un taxi me llevó a la estación y reemprendí el viaje. Esa noche llegué a Londres a tiempo para cenar. Era el 23 de diciembre. Después de cenar salí a dar un paseo. Nevaba. Pasé frente a un teatro o un cine donde un evangelista, cuyo nombre no recuerdo, predicaba a sus fieles. Entré por curiosidad. El salón estaba medio lleno.

El evangelista era un hombre común, vestido sencillamente de gris; no era feo, pero tenía uno de esos rostros que carecen de toda armonía. Su nariz era protuberante y roja. Los labios eran demasiado finos. El pelo y las orejas parecían puestos apresuradamente y al descuido. Las luces de la sala estaban encendidas y me dediqué a observar la congregación. Abundaban los pensionistas —viejas y viejos solitarios cuya devoción nacía de la estupidez o del hastío—, pero también había rostros límpidos, jóvenes, rostros de hombres y mujeres en meritoria lucha por alcanzar la paz espiritual. El ardor con que inclinaban la cabeza al rezar y el sentimiento de unión que se respiraba en el aire me conmovió profundamente. Fue como si se aliviara en mí el peso cruel del aislamiento, de la soledad, la sospecha, el miedo y la preocupación. La vida era algo natural, y los allí reunidos éramos hombres y mujeres cabales. Un hombre a mi lado parecía zambullido en sus oraciones. Concluido el sermón, se nos pidió que pasáramos al frente a confesar nuestros pecados y seríamos perdonados. En pequeños grupos, la congregación se acercó al escenario y recibió la bendición.

Cuando volvían, después de la bendición, sus rostros estaban radiantes, ¿qué sentido habría tenido preguntarles cuánto podía durar esa exaltación? Muchos de ellos regresarían a sus habitaciones vacías, a cuidar inválidos, a sus matrimonios arruinados, al oprobio, al ridículo, a la desesperación, pero algo promisorio había ocurrido. Yo también avancé hacia el escenario con uno de los últimos contingentes. Perdóname, Padre, porque he pecado. Comí más sándwiches de los que me correspondían en un picnic. He incurrido en todas las formas conocidas de indecencia carnal. Dejé bajo la lluvia mi bicicleta nueva. No amo a mis padres. He admirado mi figura en el espejo. Purifícame y perdóname, Padre Santo.

De pie con la cabeza gacha junto a aquellas personas, me sentí completamente perdonado y purificado. La vida era sencilla, natural, un privilegio. Feliz, caminé de regreso a mi hotel. Mi vida tenía un propósito, aunque éste no me fue revelado hasta un tiempo después.

En mi segundo año en Yale pedí a los tribunales de New Haven permiso para cambiar mi nombre de Paul Hammer a Robert Levy. No sé muy bien por qué. Hammer, por supuesto, no era un apellido. Levy tenía una sonoridad pura y sencilla. Y, ya que no pertenecía a ninguna comunidad, pensé que podría infiltrarme en la judía. Mi abogado planteó con elocuencia mi caso: que había nacido de madre soltera y que me habían registrado con el nombre de una herramienta humilde y rudimentaria que habían visto pasar por la ventana. El juez, llamado Weinstock^[12], rechazó mi petición. El diario de New Haven publicó la noticia, incluyendo mi origen y el de mi apellido, y como resultado fui suprimido de la guía social y perdí por lo menos una docena de amigos. Siempre me ha asombrado comprobar que ser bastardo continúa representando una amenaza para la sociedad.

Les ahorraré mis años de universidad. Cuando tenía veinticuatro años y vivía en Cleveland, invertí cincuenta mil dólares del dinero que me dejó la abuela en una editorial que dirigía un compañero de universidad. Los dos carecíamos de experiencia y el negocio salió mal. Al final del primer año debimos hipotecar nuestra firma con una editorial más importante, que seis meses después ejecutó la hipoteca y se quedó con mi inversión. No creo que fuera a causa de eso —yo aún tenía una renta respetable—, pero más o menos por esa época comencé a padecer melancolía, el *cafard*, una forma de desesperación que a veces se me hacía literalmente tangible. Podría jurar que una o dos veces entreví alguno de sus atributos físicos. Estaba cubierta de vello. Era la clásica *bête noire*, pero en general no era más visible que una corriente de aire. Decidí mudarme a Nueva York y me puse a traducir la poesía de Eugenio Montale. Alquilé un departamento amueblado, pero no conocía a casi nadie en la ciudad, de modo que me pasaba gran parte del tiempo solo con mi *cafard*.

Me despertaba saludable y lleno de planes, pero el *cafard* me aplastaba mientras me afeitaba o bebía la primera taza de café. Era particularmente intenso, o yo era especialmente vulnerable, cuando me despertaba el ruido del tránsito en la madrugada. Mi mejor defensa, la única, era cubrirme la cabeza con la almohada e invocar aquellas imágenes que encarnaban la excelencia y la belleza perdidas. La primera de ellas era una montaña, el Kilimanjaro. La cima era un cono perfecto cubierto de nieve, iluminado por un fugaz resplandor. Vi esa montaña mil veces —la convoqué con mis anhelos—, y a medida que me familiarizaba con ella llegué a avistar en su base una aldea primitiva reunida en torno al fuego. La visión se remontaba a la Edad de Bronce o de Hierro. También veía —convocaba— una ciudad medieval fortificada, que puede haber sido Saint-Michel, Orvieto o el gran monasterio de los lamas del Tíbet. La imagen de la ciudadela amurallada, como la de la montaña cubierta de nieve, parecían encarnar la belleza, el amor y el entusiasmo.

También veía, con menos frecuencia y menor éxito, un río de orillas cubiertas de césped, que supongo eran los Campos Elíseos, aunque se llegaba a ellos con dificultad, y en cierto momento me pareció que las vías del ferrocarril o una autopista habían destruido la belleza del lugar.

Comencé a beber mucho para combatir el *cafard*, y una mañana —llevaba un mes en Nueva York— bebí mi primer trago de gin mientras me afeitaba. Volví a la cama, me cubrí la cabeza con la almohada y traté de convocar la montaña nevada, la ciudad fortificada o los campos verdes, pero lo único que vi fue una mujer pálida vestida con una camisa de hombre a rayas celestes. Durante los pocos instantes en que la vi experimenté una cercanía profunda, pero la imagen se desvaneció enseguida.

Ese día me quedé en la cama hasta pasadas las doce y después fui al bar de la esquina y pedí un desayuno. El lugar había comenzado a llenarse con los que venían a almorzar, y el ruido y los olores me dieron náuseas. Bebí un poco de café y un jugo de naranja y volví a mi departamento y me serví otra copa. Estaba bebiendo gin puro. Así me sentía mejor. Me serví una tercera copa y salí otra vez, a ver si podía comer algo. Esta vez fui a un restaurante francés para no ofender mi susceptibilidad alcohólica. Pedí un martini, un poco de paté y un plato de huevos revueltos, y pude tragarlo todo. Después regresé a mi departamento, me desvestí y volví a taparme con las mantas. Odiaba la luz del día, parecía la esencia de mi *cafard*, como si la oscuridad aliviase mis frustraciones y la noche fuese una forma de olvido. Me quedé en cama todo el día, ni dormido ni despierto. Cuando volví a vestirme y salí a la calle había oscurecido. Regresé al restaurante francés, pedí caracoles y un *filet mignon*, y después fui a un cine. Era una película de espionaje, parecía tan de otra época que socavó mi ya deteriorado sentido del tiempo y la realidad. Me fui por la mitad y regresé a la cama. Calculo que eran las diez. Tragué un par de somníferos y abrí los ojos a las dos de la tarde siguiente. Me vestí y fui al restaurante francés y pedí otro plato de huevos revueltos. Después volví a la cama y allí me quedé hasta las diez de la mañana siguiente. Lo único que quería era dormir mucho, mucho tiempo, y tenía píldoras suficientes para conseguirlo. Así que arrojé las píldoras al inodoro, llamé a uno de mis pocos amigos y le pedí el nombre de su médico. Después llamé al médico y le pedí el nombre de un psiquiatra. Me recomendó uno llamado Doheny.

Doheny me recibió esa tarde. Su sala de espera tenía una abundante colección de revistas, pero los ceniceros brillaban, los almohadones estaban flamantes y me dio la sensación de ser el primer paciente que pisaba aquel lugar en mucho tiempo. Quizás era un psiquiatra sin pacientes, un fracasado o desacreditado, que mataba el tiempo en su consultorio vacío, exactamente igual que lo haría un peluquero o un vendedor de antigüedades. Finalmente apareció y me hizo pasar a un consultorio amueblado con piezas de época. Me pregunté si la educación de un psiquiatra incluía el amueblado de su consultorio. ¿Se encargaban ellos personalmente? ¿Encomendaban la tarea a

sus esposas, contrataban los servicios de un profesional? Doheny tenía grandes ojos pardos y cara alargada. Cuando me senté en el sillón de los pacientes apuntó hacia mí el rayo de sus ojos pardos, tal como un dentista enfoca en nuestra boca el reflector que tiene entre los tornos, y durante los cincuenta minutos siguientes me asé en su mirada, que le sostuve en todo momento para demostrarle que yo era tan veraz como viril. Como en esas alucinaciones provocadas por el alcohol, me pareció que tenía dos caras, y me resultó fascinante ver cómo una se fundía en la otra. Cobraba un dólar por minuto.

Después de la cuarta o quinta sesión, me dijo que me masturbase cuando regresara a casa y le informara después las consecuencias. Hice lo que me pedía y le informé que me había avergonzado de mí mismo. Le encantó oírlo, dijo que eso probaba que el origen de mi *cafard* era la represión sexual y que yo era un homosexual reprimido, o travestido. Ya le había contado que mi padre había posado para Fledspar y él afirmó que esa imagen de un hombre desnudo sosteniendo hoteles, palacios de justicia y teatros me había intimidado hasta imponerme un modo de vida antinatural. Le dije que se fuese al carajo y que ya había tenido suficiente. Le dije que era un charlatán y que lo denunciaría a la Asociación Psiquiátrica. Si no era un charlatán ¿por qué no colgaba de la pared sus diplomas como los demás médicos? Eso lo hizo enfadar mucho. Abrió bruscamente uno de sus cajones y tiró sobre el escritorio un puñado de diplomas. Había uno de Yale, otro de Columbia y otro del Hospital Neurológico. Pero todos estaban a nombre de Howard Shitz^[13], así que le pregunté si los había conseguido en una librería de saldos. Él contestó que se había cambiado el nombre cuando empezó a ejercer, por razones que cualquier imbécil comprendería. En ese momento me levanté y me fui.

Después de Doheny no me sentí mejor sino peor y comencé a preguntarme seriamente si la omnipresencia del cuerpo de mi padre tallado en piedra no me habría perjudicado; pero en ese caso ¿qué podía hacer? La Opera de Malsburgo y el Prinz-Regenten habían sido demolidos, pero aún sostenía el Mercedes de Francfort y tampoco podía retirarlo de la fachada que sostenía en Broadway. Continué bebiendo —más de un litro por día— y las manos empezaron a temblarme terriblemente. Cuando entraba en un bar esperaba que el camarero me diese la espalda antes de llevarme la copa a la boca. A veces derramaba la mitad del contenido sobre el mostrador. A los demás parroquianos les hacía mucha gracia. Un fin de semana fui a Pensilvania con varios amigos que bebían como yo y volví en un tren que me dejó en Penn Station a las once de la noche del domingo. Estaban reconstruyendo la estación, y el espectáculo de las ruinas era tal que parecía una aterradora proyección de mi caos interno. Salí desesperadamente a la calle en busca de un bar. Todos los que había cerca de la estación estaban demasiado iluminados para un hombre al que le temblaban las manos así que caminé y caminé, buscando uno en suficientes

penumbras como para que mi padecimiento pasase inadvertido. Mientras caminaba vi en una calle transversal dos ventanas apenas iluminadas, sin cortinas, que dejaban ver el interior de una habitación de paredes amarillas. Apoyé mi valija en el piso para mirar mejor. Estaba convencido de que quien viviera ahí llevaba una vida digna y respetable. Quizá fuera un hombre solo como yo, pero de carácter moderado, regido por su inteligencia y buen ánimo. Esas dos ventanas me colmaron de vergüenza. Quería que mi vida fuese no sólo decente, sino ejemplar. Quería ser útil, moderado y estar en paz conmigo mismo. Si no podía modificar mis hábitos, al menos podía cambiar de ambiente, y supe que si encontraba una habitación de paredes amarillas como ésa lograría curar mi *cafard* y mi alcoholismo.

La tarde siguiente salí con mi valija y atravesé la ciudad en taxi hasta el Hotel Milton, en busca de la habitación donde comenzaría mi nueva vida. Me dieron un cuarto del segundo piso que daba a un tubo de ventilación. Sobre la mesa había una botella de whisky vacía y dos vasos usados, y una de las dos camas era un revoltijo de sábanas. Llamé a la recepción para quejarme, y me dijeron que, fuera de esa habitación, sólo podían ofrecerme una suite en el décimo piso. Me trasladé allí. Tenía un saloncito, un dormitorio con dos camas y abundantes cuadros de flores. Pedí una botella de gin, vermut y hielo, y me emborraché. No era lo que había planeado, así que por la mañana me mudé al Hotel Madison.

Mi habitación del Madison estaba amueblada con la clase de muebles que Doheny tenía en su consultorio. Sólo faltaban las fotos en colores de sus tres hijos. El escritorio, o parte de él, había sido un clavicordio. Había una mesa baja revestida de cuero tatuado por mil cigarrillos. Había espejos en todas las paredes, así que no podía escabullirme de mi propia imagen. Me vi fumando, bebiendo, vistiéndome y desvistiéndome, lo primero que veía al despertar por la mañana era a mí mismo. Al día siguiente me trasladé al Waldorf, donde me dieron una habitación agradable, de techos altos. Tenía muy buena vista. Podía ver la cúpula de Saint Bartholomew, el edificio Seagram y uno de esos edificios modernos en V, que tienen un amplio frente con galería y ventanales, y una vista trasera absolutamente plana en ladrillo amarillo, sin otro signo de vida que el desagüe para la lluvia. Parecía que lo hubieran cortado en dos con un cuchillo. Casi todo paisaje en Nueva York por encima del decimoquinto piso incluye algunas cariátides y náyades, acogedores tanques de agua y arcos florentinos; ése era el paisaje que estaba contemplando cuando se me ocurrió lo fácil que sería escapar del *cafard* saltando por la ventana, así que me fui del Waldorf y tomé un avión a Chicago.

En Chicago me instalé en una habitación del Palmer House. Estaba en el decimosexto piso. Los muebles parecían pertenecer todos al mismo período, pero cuanto más los examinaba, más parecían una improvisación fortuita, y entonces comprendí que eran los mismos muebles que había visto en mi habitación del

Waldorf. Abrí las persianas. Mi ventana daba a un paisaje cerrado: hacia arriba, hacia abajo y hacia los costados sólo había cientos de ventanas exactamente iguales a la mía. Que mi habitación careciera de toda originalidad parecía una grave amenaza para mi propia originalidad. Sentí un intenso vértigo emocional. No temía caer sino desvanecerme en el aire. Si no había nada en mi habitación que la diferenciara de cientos de otras habitaciones, tal vez no había nada en mí que me diferenciara de otros hombres, así que cerré las persianas y salí de la habitación. Mientras esperaba el ascensor, un hombre me dirigió una de esas miradas medrosas e insinuantes típicas de los maricones y pensé que el paisaje uniforme que ofrecían las ventanas del hotel lo había inducido a proyectar en los demás sus tendencias antinaturales. Bajé castamente los ojos. En el bar bebí tres martinis seguidos y me fui a un cine. Estuve dos días en Chicago y después tomé el Zephyr a San Francisco. Creí que un compartimiento de tren podía ser el ambiente propicio para comenzar mi nueva vida, pero no fue así. En San Francisco me quedé dos noches en el Palace y otras dos en el Saint Francis, después tomé un avión a Los Ángeles y me hospedé en el Biltmore. El ambiente no podía ser peor así que me pasé al Chateau Marmont. De ahí me mudé al Beverly Hills, y un día después subí a un avión que iba a Londres por la ruta transpolar. Traté de conseguir habitación en el Connaught, pero estaba lleno así que fui al Dorchester, donde aguanté dos días. Después volé a Roma y me alojé en el Edén. El *cafard* me había seguido por el mundo y seguía bebiendo demasiado. Acostado en la cama del Edén una mañana, con la almohada sobre la cabeza, evoqué el Kilimanjaro y su aldea prehistórica, los Campos Elíseos y la ciudadela fortificada. Recordé que la ciudadela me había parecido Orvieto alguna vez, así que alquilé un Fiat y partí hacia el norte.

Había pasado la hora del almuerzo cuando llegué a Umbría. Me detuve en un pueblo y comí pasta y bebí vino. Era una región agrícola, con bosques más densos que la mayor parte de Italia, y muy verde. Como la mayoría de los viajeros, yo insistía estúpidamente en reparar en la similitud de las diferencias, y me estaba diciendo que, de guiarme por el paisaje, bien podía estar en New Hampshire o en las afueras de Heidelberg. ¿Haciendo qué? Eran casi las siete cuando bajé por el camino sinuoso que desemboca en el ancho valle que rodea Orvieto.

Me había equivocado acerca de las torres, pero todo lo demás era tal cual. La ciudad se alzaba como un compacto puñado de construcciones en piedra, tal como el lugar que yo había invocado para espantar el *cafard*. Estaba exaltado. Mi vida y mi cordura estaban en juego. La catedral papal provocaba, como era su propósito, admiración y temor reverencial, como si parte de mi memoria fuese la de un hereje camino al interrogatorio y otra parte la de uno de los obispos que iban a interrogarlo. Ascendí por las callejuelas hasta el centro de la ciudad y me alojé en el Hotel Nazionale, donde me dieron una gran habitación a la europea, de lujo, con un armario

macizo y una araña de cristal. No era la habitación que yo estaba buscando. Caminé por las calles hasta que, poco antes de oscurecer, en una casa que no estaba lejos de la catedral, vi las ventanas iluminadas y las paredes amarillas.

Mientras las miraba desde la calle, me pareció estar en el umbral de una nueva vida. Eso no era un santuario; era el ojo de la tormenta, el único lugar inaccesible para el *cafard*. La puerta del edificio estaba abierta. Subí hasta el segundo piso, donde estaban las habitaciones amarillas. No había muebles, tal como me las había imaginado, y estaban recién pintadas. Estaba todo listo para que yo las ocupase. Había un hombre colocando estantes para mis libros. Le pregunté a quién pertenecían las habitaciones. Dijo que eran suyas. Le pregunté si las tenía en venta o alquiler. Sonrió y dijo que no. Le dije que las quería y que estaba dispuesto a pagar lo que me pidiese por ellas, pero él continuó sonriendo y diciendo que no. Oí que otros hombres avanzaban por el pasillo cargando algo pesado. Oí sus gruñidos y su tensa respiración, y el misterioso objeto golpeando contra las paredes. Era una cama enorme, que introdujeron en la segunda de las habitaciones amarillas. El dueño me explicó entonces que era su cama matrimonial. Iba a casarse al día siguiente en la capilla de la catedral y en esas habitaciones comenzaría su vida conyugal. Yo seguía tan convencido de que las habitaciones eran mías, al menos espiritualmente, que le pregunté si no preferiría vivir en uno de los departamentos nuevos del sector bajo de la ciudad. Le pagaría la diferencia del alquiler y estaba dispuesto a ofrecerle un importante regalo de boda. Fue inútil. Como tantos novios, había imaginado tantas veces el momento en que entrara con su novia en brazos en esas habitaciones amarillas que ni por todo el oro del mundo aceptaría desterrar esa imagen de sus fantasías. A pesar de todo, le deseé lo mejor y bajé por la escalera. Había encontrado mis habitaciones amarillas y las había perdido. Por la mañana salí de Orvieto rumbo a Roma y al día siguiente abandoné Roma rumbo a Nueva York.

Pasé una noche en mi departamento y bebí una botella entera de whisky. La tarde siguiente fui en coche a Pensilvania, a visitar a un compañero de universidad, Charlie Masterson, y a su esposa. Eran grandes bebedores y antes de la cena se nos acabó el gin. Fui en auto hasta Blenville, compré una buena provisión de alcohol en la licorería e inicié el camino de regreso. Tomé mal un desvío y desemboqué en un camino de tierra que parecía no llevar a ninguna parte. Entonces, a mi izquierda, en una elevación del terreno más bien retirada del camino, vi por tercera vez las paredes amarillas.

Apagué el motor y las luces y bajé del coche. Entre el camino y la casa corría un arroyo, que crucé por un puente de madera. El prado o jardín —el césped necesitaba una buena poda— ascendía hasta la casa, que era rectangular, de piedra, una clásica granja de Pensilvania, y la habitación amarilla era la única iluminada. Las paredes tenían el mismo color que había visto en Orvieto. Me acerqué, con la cautela de un

ladrón. En la habitación amarilla había una mujer sentada leyendo un libro. Tenía un vestido negro y zapatos de taco alto, y sobre la mesa, a su lado, había un vaso de whisky. Tenía el rostro pálido y hermoso. Le di treinta años. El vestido negro y los zapatos de taco alto me parecieron un poco incongruentes en esa casa de campo, y me pregunté si la mujer acababa de llegar o se disponía a partir hacia la ciudad, aunque el tamaño del vaso de whisky lo hacía improbable. Pero no era ella sino la habitación lo que yo anhelaba, esa habitación cuadrada, de paredes amarillo limón sencillamente iluminadas. Sentía que si llegaba a poseer ese ambiente sería de nuevo yo mismo, alguien decente y productivo. De pronto ella levantó la mirada, como si hubiera sentido mi presencia, así que me aparté de la ventana y volví al auto. Me sentía muy feliz. Cuando retrocedía vi el nombre Emmison pintado en un buzón. Encontré el camino que llevaba a casa de los Masterson, y les pregunté si conocían a alguien llamado Emmison.

—Por supuesto —dijo la mujer de mi amigo—. Dora Emmison. Creo que está en Reno.

—Había luz en su casa —dije.

—¿Qué demonios hacías allá?

—Me perdí.

—Por lo que sé, estaba en Reno. Quizás acaba de llegar. ¿La conoces? —me preguntó.

—No, pero me gustaría conocerla.

—Pues si ha vuelto la invitaré mañana a tomar una copa.

Vino a la tarde siguiente, con el mismo vestido negro y los zapatos de taco alto. Era bastante reservada, pero yo la encontré fascinante, no por sus encantos físicos o intelectuales sino porque era la dueña de mi habitación amarilla. Se quedó a cenar y le pregunté por su casa. Poco después la tanteé para saber si quería venderla. No mostró el menor interés. Después le pregunté si podía ver la casa y ella aceptó con indiferencia. Quería acostarse temprano; si yo deseaba ver la casa podía volver con ella. Eso fue lo que hice.

Apenas entré en la habitación amarilla sentí esa paz mental que tanto había codiciado desde la primera vez que vi aquellas ventanas iluminadas en una calle transversal cerca de Penn Station. A veces, al entrar en un granero, una carpintería o una oficina de correos del campo, nos sentimos inesperadamente en paz con el mundo. Suele ser bien avanzado el día. El lugar huele bien (debo incluir las panaderías). El granjero, carpintero, empleado de correos o panadero tiene un rostro tan límpido, tan ajeno a toda inquietud, que sentimos que nada malo ha pasado ni pasará allí, tal es la atmósfera de armonía y santidad que hay en esos lugares, y que, en mi experiencia al menos, jamás sentí en una iglesia.

Dora Emmison me ofreció una copa y yo volví a preguntarle si vendería la casa.

—¿Por qué habría de venderla? —preguntó—. Me gusta esta casa. Es la única que tengo. Si está buscando una propiedad en esta zona, la casa de los Barkham está en venta, y en realidad es mucho mejor que la mía.

—Pero la que yo quiero es ésta.

—No comprendo por qué se ha encaprichado así con este lugar. Si tuviese opción, yo elegiría la de los Barkham.

—Muy bien. Compraré la casa de los Barkham y se la cambiaré por ésta.

—No tengo el menor interés en mudarme —dijo ella, y miró su reloj.

—¿Puedo dormir aquí? —pregunté.

—¿Dónde?

—Aquí, en esta habitación.

—¿Por qué quiere dormir aquí? El sofá es duro como una piedra.

—Igual.

—Bueno, si tanto lo desea puede quedarse. Pero nada de tonterías.

—Nada de tonterías.

—Le traeré sábanas.

Subió al primer piso y volvió con sábanas y una manta y me preparó la cama.

—Creo que yo también me acostaré —dijo, y se volvió hacia la escalera—. Ya sabe dónde está todo. Si quiere otra copa, hay algo de hielo en el balde. Y creo que mi marido dejó una navaja de afeitar en el botiquín. Buenas noches. —Su sonrisa era cortés y nada más. Subió la escalera.

No me serví una copa. Como suele decirse, no la necesitaba. Me senté en una silla al lado de la ventana, y me dejé reconfortar por las paredes amarillas. Podía oír el rumor del arroyo, un pájaro nocturno, el movimiento de las hojas. Todos los sonidos del mundo nocturno me resultaban cautivantes, como si amase a la noche tal como se ama a una mujer. Amaba las estrellas, los árboles, las malezas del jardín con el mismo ardor con que uno puede amar los pechos de una mujer o el corazón de manzana que ella dejó en el cenicero. Amaba a todos y cada uno de los seres vivientes. Mi vida había comenzado de nuevo y desde ese umbral podía ver cuánto me había apartado del curso natural de las cosas. Éste era el sentido de la realidad: una estructura armónica, venerable, benéfica, a la cual yo pertenecía. Salí al jardín. Estaba nublado, pero podían verse algunas estrellas. El viento estaba cambiando y olía a lluvia. Bajé hasta el puente, me desnudé y me sumergí en el arroyo. El agua burbujeaba y tenía un dejo salobre a causa de los pantanos de los cuales provenía, pero, a diferencia del contenido cristalino y desinfectado de una piscina, tenía una intensidad profunda e inequívocamente erótica. Me sequé con la camisa y regresé desnudo a la casa, sintiendo que la tierra se extendía ante mi contento. Me lavé los dientes, apagué la luz, y cuando me metí en la cama comenzó a llover.

Durante un año o más el sonido de la lluvia había significado para mí sólo

paraguas, impermeables, galochas, asientos mojados de convertibles; ahora parecía una expansión de mi felicidad, un premio adicional, que acentuaba mi sensación de limpidez e inocencia, así que rechacé el sueño para escucharla con la atención y curiosidad que le dedicamos a la música. Cuando al fin me dormí, soñé con la montaña, la ciudadela amurallada y el río de orillas verdes, en ese orden, y cuando me desperté al alba no había ni rastros del *cafard*. Volví a zambullirme en el arroyo y me vestí. En la cocina encontré un melón, preparé un poco de café y freí tocino. El olor del café y el tocino eran como el olor de lo nuevo. Comí con buen apetito. Ella bajó más tarde, en bata, y me agradeció el café. Cuando se llevó la taza a los labios, la mano le tembló y se derramó un poco encima. Fue hasta la alacena, sacó una botella de whisky y echó un poco en el café. Ni se disculpó ni dio explicaciones, pero el toque de alcohol le afirmó el pulso. Le pregunté si le gustaría que cortase el césped.

—Francamente sí —dijo—, si no tiene nada mejor que hacer. Es terriblemente difícil encontrar por aquí alguien que haga algo. Todos los jóvenes se van y todos los viejos se mueren. La cortadora está en el galpón y creo que queda un poco de combustible.

Encontré la cortadora y la nafta y corté el césped. Era un terreno grande y la tarea me llevó hasta el mediodía. Ella estaba en la galería leyendo y bebiendo algo, agua helada o gin. Me senté a su lado, y me pregunté cómo lograr que mi disponibilidad se le hiciera indispensable. Podía intentar seducirla, pero si nos convertíamos en amantes tendría que compartir con ella la habitación amarilla, y eso no era lo que yo deseaba.

—Si quiere un sándwich antes de irse, hay un poco de jamón y queso en la heladera —dijo—. Viene alguien a visitarme en el tren de las cuatro, pero me imagino que usted querrá irse antes.

Sentí miedo. Irme, irme, irme, de regreso a las grasientas aguas verdosas del Leteo, a mi despreciable cobardía, al santuario inerte y pavoroso de mi cama, a anestesiarme con alcohol hasta ser capaz de comer un plato de huevos revueltos. Me pregunté de qué sexo sería su visitante. Si era mujer, ¿no podría quedarme como una especie de asistente que comiera en la cocina y durmiera en la habitación amarilla?

—Si no hay algo más que desee que haga —dije—. ¿Leña?

—La compro en Blenville.

—¿Quiere que le deje preparados unos troncos en el hogar?

—En realidad, no —dijo.

—La puerta de alambre tejido de la cocina está floja —dije—. Puedo arreglarla.

Fue como si no me oyera. Entró en la casa y regresó poco después con dos sándwiches.

—¿Quiere mostaza? —preguntó.

—No, gracias —dije.

Acepté el sándwich como un sacramento, porque sería el último alimento que iba a saciar mi apetito hasta que regresara a la habitación amarilla, ¿y cuándo sería eso? Estaba desesperado.

—¿La visita que espera es hombre o mujer? —pregunté.

—A decir verdad, no creo que le importe —dijo ella.

—Disculpe.

—Gracias por cortar el césped. Había que hacerlo. Pero espero que entienda que no puedo tener un desconocido durmiendo en el sofá sin que perjudique mi reputación, y le aseguro que mi reputación no es precisamente invencible.

—Me iré enseguida —dije.

Volví en coche a Nueva York, condenado al exilio y francamente asustado de mi tendencia a la autodestrucción. Apenas entré en mi departamento retomé mi vieja rutina de alcohol, Kilimanjaro, huevos revueltos, Orvieto y Campos Elíseos. A la mañana siguiente me quedé en la cama hasta tarde. Bebí un poco de gin mientras me afeitaba y salí a la calle para tomar un café. En el frente mismo de mi edificio me topé con Dora Emmison. Iba de negro —nunca la vi vestida de otro color— y dijo que estaba en la ciudad por pocos días, para hacer compras e ir al teatro. Le pregunté si quería almorzar conmigo, pero dijo que estaba ocupada. Apenas nos separamos subí a mi auto y me dirigí a Blenville.

La casa estaba cerrada con llave, pero rompí un vidrio de la cocina y conseguí entrar. Lo único que quería era estar solo en la habitación amarilla. Me sentí feliz, en paz y fortalecido. Había traído el Montale y pasé la tarde traduciendo. Las horas transcurrieron con liviandad; las agujas del reloj ya no tenían esa rigidez angustiante. A las seis fui a nadar, bebí una copa y me preparé la cena. Había muchas provisiones y anoté todo lo que usaba para reponerlo antes de irme. Después de la cena seguí leyendo con la esperanza de que las ventanas iluminadas no despertaran la curiosidad de nadie. A las nueve me desvestí, me envolví en una manta y me acosté a dormir en el sofá. Pocos minutos después vi las luces de un auto que se acercaba por el camino.

Me levanté, fui hasta la cocina y trabé la puerta. Naturalmente, estaba desnudo. Pensé que, si era ella, podía escapar por la puerta del fondo. Y si no lo era, si se trataba de un amigo o un vecino, probablemente se iría. Pero el visitante golpeó la puerta del frente, que yo había dejado sin llave. Después la puerta se abrió y una voz de hombre susurró:

—Dora, Dora, ¿estás durmiendo? Despierta, nena, aquí está el viejo Tony, tu querido amante. —Subió las escaleras sin dejar de susurrar—: Dori, Dori, Dori...— Cuando entró en el dormitorio y encontró vacía la cama, dijo en voz más alta: —Mierda. —Bajó la escalera y salió de la casa.

Yo permanecí temblando en la cocina hasta que oí que el auto arrancaba y se

alejaba por el camino.

Volví al sofá y no había pasado media hora cuando apareció otro coche por el camino. Volví a refugiarme en la cocina, y un hombre llamado Mitch hizo más o menos el mismo itinerario, repitiendo el mismo parlamento, incluida la exclamación de desaliento al encontrar la cama vacía, y se fue. No pude recuperar del todo la tranquilidad, así que por la mañana vacié los ceniceros, ordené todo y regresé a Nueva York.

Dora había dicho que pensaba quedarse pocos días en la ciudad. Pocos, en ese contexto, por lo general significa tres, a lo sumo cuatro, y ya habían pasado. El día que, según mis cálculos, ella estaría de vuelta en casa, compré un cajón de botellas del bourbon más caro y enfilé hacia Blenville avanzada la tarde. Cuando entré por el camino de tierra ya había oscurecido. Las luces de la casa estaban encendidas. Primero me acerqué a la ventana y vi que estaba sola leyendo, tal como la primera vez que me había asomado por esa ventana. Llamé a la puerta del frente. Cuando abrió y vio que era yo, pareció desconcertada y molesta.

—¿Y ahora qué demonios quiere?

—Le traje un regalo —dije—. Quería agradecerle su amabilidad, que me dejara pasar la noche en su casa.

—No se justificaba tamaño regalo —dijo ella—, pero tengo debilidad por el buen bourbon. ¿Quiere pasar?

Entré el cajón al vestíbulo, lo abrí y extraje una botella.

—¿Qué le parece si lo probamos? —pregunté.

—Estaba por salir —dijo ella—, pero creo que tengo tiempo para beber una copa. Le agradezco. Póngase cómodo, yo me encargo del hielo.

Advertí que Dora era de esos bebedores que se lo toman en serio, que preparan su instrumental tal como un dentista prepara el suyo antes de realizar una extracción. Depositó con todo cuidado los vasos, la hielera y la jarra de agua sobre la mesa junto a su sillón, y luego agregó su paquete de cigarrillos, un cenicero y un encendedor. Cuando tuvo todo al alcance de la mano, se acomodó en el sillón y sirvió las bebidas.

—Chin, chin.

—Salud —dije.

—¿Vino manejando desde Nueva York? —me preguntó.

—Sí.

—¿Cómo está la ruta?

—Hay niebla. Bastante niebla.

—Maldita sea —dijo ella—. Tengo una fiesta en Havenwood y detesto la niebla. Ojalá no tuviese que ir, pero los Helmsley dan esta fiesta en honor de una compañera mía del colegio y les prometí no faltar.

—¿A qué colegio fue?

—¿De veras quiere saberlo?

—Sí.

—Fui dos años a Brearley. Después estuve un año en Finch. Después, dos años en una escuela rural llamada Fountain Valley. Después, un año de escuela pública en Cleveland. Dos en la Escuela Internacional de Ginebra y uno en la Parioli de Roma. Y, cuando volvimos a Estados Unidos, estuve un año en Putney y tres en Masters, donde me gradué.

—¿Sus padres viajaban mucho?

—Sí. Papá estaba en el Departamento de Estado. ¿Y usted qué hace?

—Traduzco a Montale.

—¿Es traductor profesional?

—No.

—¿Lo hace sólo para entretenerse?

—Para tener algo que hacer.

—Seguramente tiene dinero —dijo.

—En efecto.

—Igual que yo, a Dios gracias. Detestaría no tener dinero.

—Hábleme de su matrimonio —dije. Podía sonar inoportuno, pero jamás he conocido a un recién divorciado, sea hombre o mujer, que no quiera hablar de su matrimonio.

—Fue un desastre —dijo ella—, un desastre que duró ocho años. Él bebía y me acusaba de serle infiel y escribió cartas anónimas a la mayoría de mis amigas, diciendo que yo era una puta. Me lo saqué de encima con dinero. Le pagué para divorciarnos, pagué muchísimo. Fui a firmar los papeles a Reno el mes pasado. Creo que beberé otra copita —agregó—, pero primero voy a refrescarme.

Volví a llenar su vaso. Casi habíamos terminado la primera botella. Cuando volvió del baño no se tambaleaba, en absoluto, pero su andar era mucho más elástico y grácil. Me puse de pie y la recibí en mis brazos, pero me hizo a un lado sin enojarse y dijo:

—Por favor no. No esta noche, no tengo ganas. Me he sentido pésimo todo el día. El bourbon me levantó un poco el ánimo, pero no para eso. Hábleme de usted.

—Soy bastardo —dije.

—¿De veras? Nunca conocí un bastardo. ¿Qué se siente?

—En general es deprimente. Quiero decir, hubiera preferido tener un juego completo de padres.

—Los padres pueden ser terribles, es cierto, pero me imagino que es mejor tener un padre terrible que no tener ninguno. Los míos eran terribles. —Dejó caer en su falda un cigarrillo encendido, pero lo recuperó antes de que ardiera la tela.

—¿Sus padres viven?

—Sí, en Washington, son muy viejos. —Suspiró y se puso de pie—. Bueno, si tengo que ir a Havenswood, será mejor que me ponga en marcha.

Ahora sí se tambaleó un poco. Se sirvió un dedo de bourbon y se lo bebió sin hielo ni agua.

—¿Por qué tiene que ir a Havenswood? ¿Por qué no llama por teléfono y dice que hay niebla en la ruta, o que se ha resfriado, o cualquier otra excusa?

—Usted no comprende —dijo con voz ronca—. Es una de esas fiestas a las que hay que ir. Como un bautismo o un casamiento.

—Creo que sería mejor que no fuera.

—¿Por qué? —dijo belicosamente.

—Porque sería mejor, eso es todo.

—Porque cree que estoy borracha —dijo ella.

—No.

—Sí, eso es lo que está pensando, ¿verdad? Que estoy borracha, maldito entrometido. ¿Y qué hace usted aquí? No lo conozco, nadie lo invitó a esta casa y usted tampoco me conoce. No sabe nada de mí, salvo los colegios a los que fui. Ni siquiera sabe mi apellido de soltera.

—No.

—No sabe nada de mí, ni siquiera mi apellido de soltera, pero tiene el descaro de sentarse ahí y decirme que estoy borracha. Es cierto que he bebido, y le diré por qué. Si estoy sobria, no puedo conducir por la maldita autopista. Las autopistas fueron pensadas para bufones y para borrachos. Todo aquel que no sea un bufón de nervios de acero tiene que emborracharse. Ninguna persona sensata puede conducir por una autopista. Tengo un amigo en California que fuma marihuana antes de subir a la autopista. Es un excelente conductor, es un conductor maravilloso, y si hay mucho tránsito usa heroína. Deberían vender marihuana y bourbon en las estaciones de servicio. Así no habría tantos accidentes.

—Bebamos por eso —dije yo.

—Fuera —dijo ella.

—Está bien.

Salí de la habitación amarilla a la galería y la contemplé desde la ventana. Fue tambaleándose hasta donde estaba su bolso, metió algunas cosas dentro, se recogió el pelo con un pañuelo, apagó las luces y cerró con llave la puerta. La seguí a prudente distancia. Cuando estaba frente a su coche, se le cayeron las llaves. Encendió los faros y la luz interior del coche y la vi tanteando el césped hasta que las encontró. El coche derrapó por el camino de tierra y volteó el buzón de la correspondencia. La oí maldecir por encima del ruido de vidrios rotos. ¿Por qué ese sonido es siempre tan portentoso, un anuncio tan inequívoco de perdición? Me alivió pensar que no seguiría hasta Havenswood en ese estado, pero me equivoqué. Oí cómo retrocedía hasta

desembarazarse del buzón y se perdía en la oscuridad. Pasé la noche en un motel de Blenville. Por la mañana llamé a la policía de tránsito del condado. Había durado menos de quince minutos en la autopista.

Mi abogado negoció la compra. Pagué, por la casa y cuatro hectáreas de tierra, treinta y cinco mil dólares. La madre de Dora Emmison vino de Washington, se llevó todos los efectos personales y yo me instalé tres semanas después, y así comenzó mi vida ordenada. Me despertaba temprano, nadaba en el arroyo, me hacía un abundante desayuno y me ponía a trabajar en una mesa que había puesto en la habitación amarilla. Trabajaba feliz hasta la una, a veces hasta más tarde, y después me hacía una sopa. Compré algunas herramientas y dediqué las tardes a limpiar el bosque que había alrededor de la casa, y a hacer acopio de leña para el invierno. A las cinco me daba otro baño y bebía el primero de mis tres whiskies diarios. Después de la cena estudiaba alemán hasta las diez y media y cuando me iba a la cama me sentía flexible, limpio y fatigado. Cuando soñaba, mis sueños eran de una inocencia y una pureza excepcionales. Ya no necesitaba invocar la montaña, el valle o la ciudadela.

Tenía un gato llamado Schwartz, no porque me gusten los gatos, sino para evitar que las ratas y los murciélagos invadieran la casa. El dependiente de la farmacia de Blenville me regaló a Schwartz. Nunca supe nada de su pasado, salvo que parecía de mediana edad y de temperamento más bien lunático, si tal cosa es concebible en un animal. Dos veces por día le daba comida para gatos envasada. Había una marca que le desagradaba; si yo me olvidaba y se la servía, iba a la habitación amarilla y cagaba en el piso. Mientras le diera comida que le gustaba, se portaba bien. Teníamos una relación práctica, sin afecto. Aunque no me gustaba tener un gato sobre las rodillas, de vez en cuando lo alzaba y le daba unas palmaditas para demostrarle que cumplía mi parte del trato. Con los primeros fríos, las ratas comenzaron a sitiar la casa. Schwartz abatía una víctima casi todas las noches. Yo estaba orgulloso de él. Pero cuando había alcanzado su más alta eficiencia como cazador, Schwartz desapareció. Una noche lo dejé salir y a la mañana siguiente no había vuelto. No sé mucho de gatos, pero supuse que eran fieles a su hogar, así que me resigné a la idea de que un perro o un zorro habría matado a mi amigo. Una semana después (había nevado por la mañana), Schwartz regresó. Le serví una lata de su marca favorita y le hice las caricias pertinentes. Él olía intensamente a perfume francés. O bien había estado sobre las rodillas de alguien que usaba perfume o lo habían rociado. Era un aroma almizclado pero astringente. En la casa más próxima vivían unos polacos, y hasta donde yo sabía, la mujer no olía a rosas precisamente. La casa siguiente estaba cerrada durante el invierno, y no pude imaginarme a ningún habitante de Blenville que usara perfume francés. Schwartz se quedó diez días, y volvió a desaparecer una semana. Cuando regresó olía como el sector perfumería de Bergdorf Goodman durante la semana de Navidad. Hundí la nariz en su pelaje y tuve un ataque de nostalgia por la ciudad y sus mujeres. Esa tarde subí a mi auto y recorrí todos los

caminos entre mi casa y Blenville, en busca de una casa que pudiese albergar a una mujer fascinante. Tenía que ser fascinante y tenía que estar deliberadamente tentándome con ese perfume con el que rociaba a mi gato. Todas las casas que vi eran granjas o pertenecían a gente conocida, así que fui a la farmacia y conté lo que estaba pasando.

—El gato que me regaló desaparece cada tanto de la casa y cuando vuelve huele como un prostíbulo.

—No hay un solo prostíbulo en la zona —dijo el farmacéutico.

—Lo sé —dije—, pero entonces ¿de dónde sale ese perfume?

—A los gatos les gusta vagabundear —dijo el farmacéutico.

—Lo sé —dije yo—, pero ¿usted vende perfume francés? Si averiguo quién compra esa clase de perfume...

—No recuerdo haber vendido un solo frasco desde la última Navidad —dijo el farmacéutico—. El chico Avery compró uno para su novia.

—Gracias —dije.

Esa noche, después de la cena, Schwartz se acercó a la puerta y dio a entender que quería salir. Me puse un abrigo y lo seguí. Schwartz cruzó el jardín y se internó en el bosque. Yo estaba tan excitado como un amante que acude a su cita. El aroma del bosque, acentuado por la humedad del arroyo, las estrellas que brillaban en el cielo nocturno, especialmente Venus; todo parecía anticipar mi cita amorosa. La dama misteriosa tendría cabello negrísimo, una palidez marmórea, una única y delicada vena azul en la sien y una eterna juventud (yo tenía veintitrés en ese entonces). Cada tanto Schwartz soltaba un maullido, así que no era difícil seguirlo. Atravesé con brío el bosque, crucé el jardín de los Marshman y me interné en su bosque. Se notaba que llevaba años sin el menor cuidado; la maleza me flagelaba los pantalones y la cara. De pronto perdí a Schwartz. Lo llamé con insistencia:

—Schwartz, Schwartz, ven aquí, Schwartz.

Si ella oyera mi voz en el bosque, ¿reconocería la voz del amante que se avecinaba? Vagué por el bosque llamando al gato, hasta que una rama me dio en el ojo, y me harté. Volví a casa frustrado y solitario.

Schwartz regresó el fin de semana. Lo alcé y olí su pelaje para comprobar si ella seguía con su estrategia de seducción. Así era. Esta vez Schwartz se quedó diez días. Cuando se fue, nevó toda la noche y por la mañana vi que sus huellas eran lo bastante visibles como para seguir las. Atravesé el bosque de los Marshman, y más allá me topé con una casita de madera, pintada de gris. Carecía de todo encanto, parecía obra de un aficionado a la carpintería que le había dedicado sábados y domingos y las últimas horas de luz de los días laborales de verano. Se me hacía cada vez más difícil imaginar que allí esperara mi dama misteriosa de cabellos negrísimos. Las huellas del gato daban vuelta a la casa y se perdían en la puerta trasera. Cuando golpeé, me abrió

un anciano.

Era muy bajito, y su escaso pelo gris estaba peinado con fijador. En el oído izquierdo tenía un audífono conectado a un cable. Por las arrugas y la falta de color de su rostro imaginé que tenía más de setenta años. Pero una pugna evidente entre su vanidad y el inmutable paso del tiempo lo mantenía vivo. Era viejo, pero usaba un llamativo anillo de diamantes, tenía los zapatos lustrados y el pelo impecablemente peinado con fijador. Me hizo acordar a esos personajes atemporales que administran cines en los pueblos del desierto.

—Buenos días —dije—. Estoy buscando a mi gato.

—Ah —dijo—, usted ha de ser el dueño del querido Henry. Me he preguntado a menudo dónde se queda Henry cuando no está conmigo. Henry, Henry, tu segundo dueño ha venido a visitarnos.

Schwartz dormía sobre una silla. No se movió. La habitación era una mezcla de cocina y laboratorio. Los utensilios culinarios típicos convivían con tubos de ensayo y retortas. En el aire había un intenso olor a perfume.

—No soy experto en las cualidades olfativas de los gatos, pero parece que a Henry le agradan los perfumes, ¿verdad, Henry? Me presentaré. Soy Gilbert Hansen, ex director químico de Beauregarde et Cie.

—Hammer —dije yo—, Paul Hammer.

—Mucho gusto. Siéntese, por favor.

—Gracias —dije—. ¿Fabrica perfumes aquí?

—Experimento con esencias —dijo—. Ya no tengo nada que ver con el rubro producción, pero si encuentro algo que me agrada, vendo la patente. No a Beauregarde et Cie, de ninguna manera. Después de trabajar con ellos cuarenta y dos años fui despedido sin causa ni preaviso. Aunque parece que ésa se ha vuelto una práctica habitual en el ramo. En fin. Vivo de mis patentes. Soy el inventor de Étoile de Neige, Chous-Chous, Muguet de Nuit y Naissance de Jour.

—¿De veras? —dije—. ¿Y por qué eligió un lugar tan apartado para montar su laboratorio?

—No está tan apartado como parece. Y aquí puedo tener una huerta. Cultivo mi propio tomillo, espliego, menta, gaulteria, apio y perejil, tengo lirios y rosas y heliotropos. Compro limones y naranjas en Blenville, y Charlie Hubber me consigue castores y ratas almizcleras, que son tan buenos como la civeta y los consigo a la mitad del precio de mercado. Y tengo mi provisión de resina, salicilato de metilo y benzaldehído. Los perfumes de flores no son mi fuerte, porque tienen escaso efecto afrodisíaco. El principal ingrediente del Chous-Chous es la corteza de cedro, y Naissance de Jour se hace con apio, gaulteria y perejil.

—¿Estudió bioquímica?

—No. Empecé como aprendiz y me fui instruyendo solo. Para mí, es más

alquimia que química. Por supuesto, la alquimia es la transmutación de metales inferiores en metales nobles, pero cuando un extracto de almizcle de castor, corteza de cedro, heliotropo, apio y resina puede despertar los más profundos anhelos en un varón, estamos bastante cerca de la alquimia, ¿no le parece?

—Sospecho que sí —dije.

—La idea del hombre como un microcosmos que contiene en sí mismo todo el universo se remonta a Babilonia. Los elementos se mantienen constantes; son las destilaciones y transmutaciones las que liberan su potencia innata. Este concepto no sólo puede aplicarse a la fabricación de perfumes; las mismas transmutaciones operan en el desarrollo de la personalidad.

Oí ruido de tacos de mujer en la habitación de al lado. Eran leves y dinámicos, tenían que ser de una persona joven. Y entonces apareció Marietta en la cocina.

—Le presento a mi nieta —dijo el viejo—, Marietta.

—Paul Hammer —dije yo.

—Hola —dijo ella. Y encendió un cigarrillo—. Es el octavo.

—¿Y ayer cuántos? —preguntó el viejo.

—Dieciséis —dijo la joven—, pero anteayer solamente doce.

Vestía un abrigo tosco y una hilacha blanca flotaba sobre su hombro. No era un pelo, porque lo tenía de un rubio más bien oscuro. Y no era hermosa; no todavía. Algo, un dejo de soledad o infelicidad velaba su expresión. Sería mentir decir que siempre tuvo una hilacha blanca en el hombro —que incluso cuando le compraba un tapado de piel aparecía ese hilacha blanca en su hombro—, pero que fue una señal no me cabe duda, como si tuviera el misterioso poder de llamar mi atención y mantenerme mágicamente pendiente de ella. Cuando Marietta se la quitó con dos dedos y la dejó caer en el piso, la magia persistió.

—¿Adónde vas, ahora? —preguntó el viejo.

—Pensaba ir en coche a Nueva York —contestó ella.

—¿Para qué? ¿Qué necesitas en Nueva York? No tienes nada que hacer allí.

—Ya veré —dijo ella—. Iré al Museo de Historia Natural.

—¿Y las compras?

—Las haré a la vuelta. Volveré antes de que cierren.

Y un instante después se había ido.

—Bueno, Schwartz, nos vemos —dije yo—. Vuelve a casa cuando quieras. Me alegro de haberlo conocido —dijo al viejo—. Venga con su nieta cuando quieran a beber una copa. Vivo en la casa que era de los Emmison.

Y atravesé a toda carrera los bosques nevados hasta llegar a mi casa, y me cambié de ropa y me subí al coche y enfilé rumbo a la ciudad. Estaba enamorado de Marietta; reconocía todos los síntomas. Mi vida era un páramo, me temblaban las rodillas. Y no tenía nada que ver con los efectos afrodisíacos del Étoile de Neige, o del Chous-

Chous, o del Muguet de Nuit o del Naissance de Jour. Puede considerarse inmaduro un enamoramiento tan espontáneo, pero la verdad del caso es que era algo que me sucedía a menudo. Me he enamorado tan repentinamente de hombres, mujeres, niños y perros. Son vínculos siempre imprevisibles, y tan ardientes como numerosos.

Por ejemplo, cuando aún tenía la editorial, un día concerté una cita con un impresor en Nueva York. Me anuncié en la recepción del hotel, y él me invitó a subir a su habitación. Cuando abrió la puerta, vi detrás de él a su esposa. No era una belleza, pero tenía un encanto y una vitalidad impactantes. Conversé con ella los breves instantes que él tardó en ponerse el sombrero y el abrigo, pero fue suficiente para enamorarme. Le propuse que almorzara con nosotros, pero dijo que debía ir a Bloomingdale's a ver muebles. Me despedí de ella, y el impresor y yo salimos a comer. La conversación de negocios me aburrió como nunca y a duras penas logré poner atención al asunto concreto que teníamos que discutir. Sólo podía pensar en la radiante exquisitez con que esa mujer iluminaba aquel cuarto del hotel con su sola presencia. Comí de prisa, dije que tenía otra cita y me abalancé a la sección muebles de Bloomingdale's, y allí la vi examinando la etiqueta del precio de una cómoda.

—Hola —dije.

—Hola —dijo—, no sé por qué tenía la sensación de que volveríamos a vernos — y me tomó del brazo y salimos de Bloomingdale's como flotando y fuimos a un restaurante donde ella pidió té y yo, una copa. Era como si estuviéramos inmersos uno en el otro; ella irradiaba una calidez luminosa y yo la absorbía con todo mi ser. No recuerdo gran cosa de lo que dijimos, pero sí que me sentía tremendamente feliz, y que todos los que nos rodeaban —camareros y comensales— parecían compartir esa felicidad. Me dijo que vivían en Connecticut y que fuera a visitarlos el fin de semana. La acompañé hasta el hotel, le di un beso de despedida y durante una hora recorrí las calles de la ciudad, tan exaltado que me zumbaban los oídos. El viernes fui a Connecticut. Ella me esperaba en la estación. Nos besamos largamente en el auto. Le dije que la amaba. Ella dijo que me amaba. Esa noche, después de la cena, cuando el marido subió al baño del primer piso, hablamos de sus hijos —tenían tres niños y ella me explicó que hacía siete años que su marido se analizaba y que cualquier perturbación que se produjera en su vida en ese momento podía ser catastrófica. El placer que nos daba a ambos el mero hecho de estar cerca debía de ser evidente, porque al marido comenzó a agriársele el humor el sábado. Y el domingo se mostró directamente sombrío y desagradable. Dijo que sobre todo detestaba a esos desequilibrados que usurpaban la felicidad ajena. Mencionó cinco veces la palabra *parásito*. Yo dije que tenía que estar en Cleveland a la mañana siguiente y ella dijo que me llevaría al aeropuerto. Él dijo que de ninguna manera. Tuvieron una discusión que terminó con ella llorando. Cuando me fui, antes del alba, aún dormían; el gato fue el único habitante de la casa del cual me despedí.

Tardé más o menos un mes en olvidarla, pero entre tanto tuve que ir a Londres. El hombre que se sentó a mi lado en el avión era agradable, y nos pusimos a conversar. No hablamos de nada importante, pero simpatizamos mucho, y en determinado momento me preguntó si prefería dormir o seguir conversando. Dije que no tenía sueño y charlamos todo el viaje por encima del Atlántico. Compartimos un taxi del aeropuerto a Londres. Yo me alojaba en el Connaught y él iba al Navy Club. Cuando nos despedimos me propuso almorzar el día siguiente. Yo no tenía otro compromiso, así que él pasó a buscarme por el Connaught. Después del almuerzo salimos a caminar, y recorrimos casi todo Londres hasta Westminster y el río. Cuando abrieron los bares fuimos a un pub y bebimos unas copas. Él dijo que conocía un buen restaurante cerca de Grosvenor Square y fuimos allí a cenar. Cerca de la medianoche nos despedimos. Intercambiamos tarjetas y prometimos llamarnos en Nueva York, pero nunca lo hicimos, y nunca volví a verlo.

Hasta donde yo sé no hubo nada anormal en todo el asunto, pero las cosas no son siempre así de sencillas. Al final del invierno fui a Wentworth a jugar al golf. La noche que llegué, un hombre muy amable en el bar del club me propuso que jugásemos juntos, ya que teníamos el mismo handicap. Al día siguiente, cuando íbamos por el hoyo tres, advertí que elogiaba de manera un poco extravagante mi swing. No hay nada en mi swing que merezca admiración, y percibí algo anormal en su forma de adularme —porque eso es lo que era—; de hecho, empezó a hacérseme evidente que me estaba dejando ganar, porque su juego era francamente superior al mío, pero desviaba algunos tiros adrede para que yo siguiera adelante en el marcador. Jugamos dieciocho hoyos, y su actitud fue cada vez más comedida y paternal. En la ducha mantuve mi distancia, y cuando fuimos al bar ya estaba seguro de que algo iba a intentar. Aprovechaba cualquier excusa para tocarme. No es que me repeliera, pero yo no iba a invertir ni un gramo de mi sexualidad en una revolcada con un desconocido en Wentworth, de modo que me fui a la mañana siguiente.

En cuanto a los niños, ofreceré un solo ejemplo. Una vez pasé un fin de semana en casa de Maggie Fowler, en los Hamptons. Ella estaba con su hijo, un niño de ocho o nueve años, fruto de su primer matrimonio. Sin duda el niño pasaba la mayor parte del tiempo con el padre o en la escuela. Se lo veía un tanto descolocado junto a su madre. Tenía ese extraordinario don de reserva que tienen ciertos niños. Puede que fuera consecuencia del divorcio de sus padres, pero es algo que he visto en toda clase de niños. El sábado por la mañana me levanté temprano y me lo encontré en la cocina así que fuimos juntos a la playa a nadar un poco. En el camino me tomó la mano —un gesto inusual en un niño de su edad— y supuse que se sentía solo, pero atribuir a esa causa su conducta me llevaría a reconocer que yo también me sentía solo, porque a mí también me agradó tenerlo a mi lado. Quizá me recordó mi propia niñez, porque sentí resonar en mi interior un afecto profundo, parte del cual era indudablemente

recuerdo.

Nadamos bastante y después desayunamos, y después me preguntó, muy tímidamente, si quería jugar a la pelota. Estuvimos casi una hora en el jardín arrojándonos la pelota uno al otro. Después bajaron los demás y comenzamos a beber cócteles, y se sucedieron las actividades típicas de un fin de semana, la mayoría de las cuales excluía a un niño de su edad. Esa noche, cuando me estaba vistiendo para cenar, Maggie llamó a mi puerta y dijo que el niño deseaba darme las buenas noches. El domingo a la mañana, cuando me levanté, él estaba sentado frente a la puerta de mi dormitorio, así que bajamos juntos a la playa. No lo vi mucho durante el resto del día, pero cada tanto me parecía oír su voz, o sus pasos, o su presencia en algún rincón de la casa. El domingo por la tarde volví en mi auto a la ciudad y nunca más lo vi ni supe nada de él, pero durante aquellas pocas horas que pasamos juntos sentí algo evidentemente parecido al amor por ese niño.

En cuanto a los perros, también me limitaré a un solo ejemplo. Una primavera fui a Connecticut a pasar un fin de semana con los Powers. El sábado, después del almuerzo, decidimos subir a lo que ellos llamaban la montaña. En realidad no era más que una colina. Tenían una perra collie vieja y sucia llamada Francey, que nos acompañó. Cerca de la cima había un trecho empinado que amilanó a Francey, así que la cargué en brazos y así llegamos hasta la cumbre. La perra hizo todo el descenso a mi lado, y cuando estuvimos de vuelta en la casa y sirvieron los cócteles, Francey permaneció echada a mis pies, y cada tanto yo le rascaba el abundante pelaje detrás de las orejas. Creo que estaba tan a gusto conmigo como yo con ella. Cuando subí a cambiarme, Francey me acompañó y se echó en el piso. Me fui a acostar alrededor de medianoche, y cuando estaba cerrando la puerta de mi habitación, Francey asomó el hocico y se abrió paso. Durmió en mi cama. El domingo fuimos inseparables. Me seguía a todas partes y yo le conversaba, le daba galletas, le rascaba el pelaje y le acariciaba el cuello. Cuando llegó el momento de partir, mientras yo estaba despidiéndome Francey se metió en mi auto. Por supuesto, me sentí halagado, pero todo halago tiene su contraparte, y me pasé todo el viaje de vuelta pensando en la vieja perra, como si hubiese dejado a una amante.

Llegar a esa hora a Nueva York me llevó una hora y media y tardé otros veinte minutos buscando donde estacionar cerca del museo. Sabía que sería difícil encontrarla en ese laberinto, pero tenía su lógica que debiera sortear las sinuosidades y obstáculos de un laberinto para encontrarla, así que entré alegremente por una puerta lateral. Desde que tenía memoria, yo visitaba las salas de aquel museo al menos dos veces al año, y aunque cada tanto se produjeran cambios en su interior, eran infinitamente mejores que los cambios que se habían producido afuera. En los últimos quince años la canoa de guerra de Alaska se había desplazado veinte metros,

cediendo su lugar original a un puñado de tótems que cumplían el rol de antesala. Dentro de una enorme vitrina, un grupo de mujeres esquimales ejecutaba las mismas tareas humildes que les había visto realizar en mi niñez, de la mano de la señorita Gretchen Oxencroft. Decidí comenzar mi búsqueda desde arriba e ir bajando piso por piso. Subí en ascensor hasta la sala de piedras preciosas y cristales moleculares. La iluminación era el principal obstáculo: si las salas hubiesen estado bien alumbradas, yo habría podido comprobar desde la entrada si ella estaba allí o no; pero tuve que ir en penumbras de sala en sala, buscando su rostro en la nocturnidad artificial. La dedicada al pleistoceno —con su desmesurada estructura de huesos prehistóricos y ese olor tan intensamente humano a ropa húmeda— pude abarcarla de un vistazo, y la de serpientes embalsamadas también. Después pasé frente a la ballena azul y al gran oso hormiguero, y por otra sala en penumbras, cuya única iluminación provenía de las vitrinas de protozoos ampliados. De allí bajé a la penumbra aun mayor de la sala africana, y de allí a la de fauna norteamericana, en cuyas rancias sombras entendí el sentido de la palabra *permanencia*. Ni una hoja, ni un copo de nieve había cambiado en esos paisajes, estaciones climáticas, momentos del tiempo, en el curso de toda mi vida. Los flamencos seguían volando exactamente como volaban cuando yo era niño. Los alces en celo seguían trenzados cornamenta contra cornamenta, los lobos se escabullían por la misma huella en la nieve azul rumbo al vidrio que los protegía del caos y el cambio de afuera, el brillante follaje otoñal no había perdido una sola hoja en todos esos años, el oso de Alaska seguía erguido sobre sus patas traseras al extremo de aquel pasillo que ya parecía su cubil, y allí, precisamente allí la encontré, admirando al oso.

—Hola —le dije.

—Oh, hola —dijo ella.

Con toda naturalidad. Entonces me tomó del brazo y dijo:

—Tengo una idea maravillosa. ¿Por qué no me llevas a comer al Plaza?

Ya estábamos cruzando el parque en dirección al Plaza cuando le dije:

—Creo que no tengo dinero suficiente para pagar un almuerzo, y no conozco ningún lugar cerca donde me puedan cambiar un cheque. —Me detuve y conté cuánto llevaba en la billetera. Diecisiete dólares.

—Diecisiete alcanzan para que me des de almorzar —dijo ella—. Quiero decir, por una vez en la vida podrías saltearte un almuerzo, ¿o no? —Eso hicimos. Ella pidió dos platos, postre y una botella de vino. Yo expliqué al camarero que ya había comido, pero bebí una copa de vino. Me despidió en la puerta del hotel.

—Tengo que volver a Blenville a hacerle las compras al abuelo antes de que cierren. De vuelta a la prisión, pueden cerrar el calabozo.

Comí una hamburguesa con una gaseosa en la esquina, y yo también volví a Blenville.

La tarde siguiente, a eso de las cuatro, estaba de vuelta frente a su puerta. Me abrió ella. Tenía un vestido gris y una hilacha blanca en el hombro.

—¿Comiste algo? —preguntó.

—Una hamburguesa.

—Lamento haber gastado todo tu dinero.

—Está bien. Tengo más. ¿Por qué no vienes a mi casa?

—¿Dónde vives?

—Compré la casa de Dora Emmison.

—Espera que busque un abrigo. Me siento como en la cárcel aquí.

En casa encendí el fuego en el hogar, preparé unas copas y nos sentamos en la habitación amarilla y ella me contó su historia. Tenía veintitrés años, nunca se había casado. Vivió en Francia hasta los doce años, hasta que los padres murieron en un accidente y el abuelo se convirtió en su tutor. Había estudiado en Bennington. Cuando el abuelo se mudó al campo, ella alquiló un departamento y consiguió trabajo como recepcionista en Macy's. Se aburría y se sentía sola en la ciudad. En otoño había venido a Blenville con la esperanza de conseguir otro trabajo, pero la única empresa de Blenville que tomaba gente era el motel, y ella no quería ser ni prostituta ni empleada de limpieza.

Mientras hablaba, un trueno partió el cielo. Era poco común que tronase en esa época del año —fin del invierno—; cuando lo oí pensé que era un avión rompiendo la barrera del sonido. El segundo estruendo —retumbante y sonoro— era inequívocamente un trueno.

—Mierda —dijo ella.

—¿Qué pasa?

—Me asustan los truenos. Ya sé que es absurdo, pero me asustan igual. Cuando trabajaba en Macy's y vivía sola, si había tormenta eléctrica me metía en el armario. Al final fui a un psiquiatra a ver si podía ayudarme, y me dijo que les tenía miedo a los truenos porque era una egocéntrica terminal. Porque me creía tan importante que el trueno venía dirigido a mí, a exterminarme a mí. Puede que sea cierto, pero sigo temblando cuando truena. —Efectivamente estaba temblando, así que la abracé y nos volvimos amantes antes de que la tormenta pasara a la casa siguiente.

—Me hizo bien —dijo—, me hizo mucho bien. Fue hermoso.

—Nunca fue tan hermoso —dije yo—. Casémonos.

Seis semanas después nos casamos en la iglesia de Blenville. Marietta entró con un vestido gris y una hilacha blanca en el bretel. (¿De dónde salían? Cuando recorrimos Europa, a cada rato se aparecía con una de esas hilachas blancas sobre el hombro.) Después de la ceremonia fuimos en avión a Curaçao y nos quedamos dos semanas en St. Martha's Bay. Fue maravilloso, y cuando volvimos a Blenville sentí que poseía todo lo que deseaba en el mundo. Cuando terminé el Montale y lo llevé a

Nueva York, descubrí que ya estaba traducido, pero no me importó. No había nada que pudiera importarme. No sabría decir cuándo terminó la luna de miel, así que me voy a inclinar por esta noche en Blenville: son las once, mi mano tantea y encuentra vacío el lado de la cama de Marietta. Hay luz en la cocina. Puedo ver el rectángulo de luz de la ventana en el pasto del jardín. ¿Estaba enferma? Siempre duermo desnudo, estaba desnudo cuando bajé por la escalera que lleva a la cocina. Marietta estaba de pie en el centro de la cocina, con el anillo puesto y nada más. Estaba comiendo con un tenedor de dientes doblados el contenido de una lata de salmón. Cuando la abracé me apartó y dijo:

—¿No ves que estoy comiendo?

El salmón olía a mar, un olor grato, fresco y salado. Sentí ganas de nadar. Cuando volví a tocarla dijo:

—Déjame en paz. ¡Déjame en paz! ¿No se puede comer sin que te molesten?

Después de esa noche —si fue ésa la noche— hubo más aspereza que ternura y dormí solo muchas noches. Pero aunque sus arranques eran agotadores, duraban lo que dura una ráfaga de viento. Y a veces parecían influidos por el viento. La primavera y sus saltos inciertos —todo lo que fuera clemencia climática— parecían provocarle una perturbación barométrica que liberaba su descontento más profundo. En cambio, la violencia —huracanes, tormentas, nevadas— le suavizaba el carácter. En otoño, cuando las tempestades con nombre de mujer azotaban las Bermudas y sobrepasaban el Cabo Hatteras en nuestra dirección, podía ser delicada, sumisa, doméstica. Cuando las nieves cerraban los caminos y paralizaban los trenes se volvía angélica, y una vez, en lo peor de una tormenta de nieve memorable, dijo que me amaba. El amor le parecía un dilema de proporciones universales, provocado por las convulsiones de la naturaleza y de la historia. Nunca olvidaré lo tierna que estuvo el día en que abandonamos el patrón oro, y su pasión no tuvo límite cuando acribillaron al Rey de Partia (rezando en la basílica). Cuando nuestro único bien común era un techo de estrellas y unas cómodas reposeras, me miraba como si yo fuera una bestia repulsiva que la había comprado a un traficante de esclavos; pero cuando los carros del trueno rodaban por los cielos, cuando el cuchillo del asesino encontraba su destino, cuando caían los gobiernos y los terremotos resquebrajaban los muros de la ciudad, ella era mi gloria y mi niña.

Un veterano como Shitz habría dicho que tuve suficiente advertencia, pero Shitz se había equivocado en todo. Mi error consistía en haber concebido el amor como un embriagante destilado de nostalgia, un ola de la memoria que resistiría todo análisis cibernético. Yo me había enamorado de un recuerdo, de un pedazo de hilo blanco y una tormenta. Estaba enamorado de un pedazo de hilo blanco, eso era lo que pasaba.

Por dormir solo, cosa que sucedía a menudo, me vi obligado a caer en los ensueños del adolescente, del soldado, del prisionero. Para sublimar mis necesidades

físicas y paliar el insomnio, caí en el hábito de inventarme chicas imaginarias. Conozco la vasta distancia que separa el ensueño de la robusta y sudorosa realidad de una cogida en una tormentosa tarde de domingo. Pero, como el prisionero en confinamiento solitario, sólo tenía mis recuerdos y mi imaginación. Comencé por mis recuerdos y me hice creer que estaba durmiendo con una chica de Ashburnham. Recordaba en todo detalle su blondo cabello y pude sentir su vello púbico contra mi cadera desnuda. Noche tras noche evocaba a todas las chicas que había cortejado. Noche tras noche llegaban, individualmente y a veces en parejas, y esas noches yacía feliz, boca abajo, con una mujer desnuda a cada lado.

Al principio las evocaba; después de un tiempo pareció que venían por propia iniciativa. Como todos los hombres solitarios, me enamoré —sin remedio— de las chicas que aparecían en las tapas de las revistas y de las modelos que publicitaban ropa interior. No llegué al extremo de guardar sus fotos en la billetera, pero estuve tentado, y después de enamorarme de esas desconocidas, comprobé que de buena gana venían a mi cama. Rodeado de las mujeres de mis recuerdos y de las revistas, vino a sumarse un tercer grupo de consuelo, proveniente, creo, de cierta cámara secreta de mi personalidad. Eran mujeres a quienes jamás había visto. Una medianoche me desperté acostado junto a una china imaginaria que tenía pechos muy pequeños y curvas voluptuosas. Después fue una negra juguetona, y más tarde una pelirroja muy gorda y afable. Que yo recordase, jamás me había interesado una mujer gorda. Pero igual venían, me desahogaban, me ayudaban a dormir, y cuando me despertaba por la mañana sentía una moderada esperanza.

Envidiaba a los hombres como Nailles, quien podía, o por lo menos eso creía yo, al mirar a Nellie, recordar la cantidad y variedad de veces que la había penetrado. A orillas del Atlántico y del Pacífico, del Tirreno y del Mediterráneo, en playas y barcazas, en lanchas y yates y transatlánticos; en hoteles, moteles, castillos, carpas; en camas, sofás, pisos, colchones de agujas de pino, cornisas de piedra entibiadas por el sol; a toda hora del día y de la noche; en Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia, en España; mientras que yo, cuando miraba a Marietta, recordaba todos los lugares donde ella me había desairado. Aquel motel de Stockbridge donde se había encerrado en el baño hasta que yo me dormí. Aquel crucero de dos semanas, cuando olvidó sus anticonceptivos, y el médico del barco no tenía. Aquella vez que me pateó la ingle, en Chicago. O cuando, en East Hampton, se defendió con una cuchilla de trinchar. Sus períodos menstruales tan frecuentes y prolongados. Su carrera del baño a la cama, y cómo se enterraba bajo las cobijas antes de que yo empezara a desvestirme. Estoy cansada, tengo sueño, tengo fiebre, me duele la muela, me indigesté, tengo jaqueca. Una vez, en Nantucket, aunque me rehuyó, creí que la tenía arrinconada en aquel velero, pero saltó por la borda y nadó hasta la costa.

Después de un año o dos, la pintura amarilla de las paredes había comenzado a

agrietarse y decolorarse. Marietta llamó a un pintor de Blenville y le pidió que trajese algunas muestras. Yo nunca le había hablado de la importancia de las paredes amarillas. Si eligió el rosado no fue por malicia, pero en todo caso eligió el rosado. Yo podría haber protestado, pero mi obsesión por el amarillo había empezado a parecerme absurda. Creía tener suficiente carácter como para tolerar un cambio, así que dejé hacer al pintor. Dos o tres semanas después que terminara, desperté con el *cafard*. Al levantarme reconocí todos los síntomas del pánico. Tenía los labios hinchados, respiraba con dificultad y me temblaban las manos.

Me vestí y bebí dos vasos de gin antes del desayuno. Estuve borracho todo el día. Comprendí que debía modificar mi rutina, y el viernes volamos a Roma.

El *cafard* me siguió todo el viaje, pero sin demasiado apremio, fuese porque era un *cafard* perezoso o porque estaba tan confiado de tener a su presa que no necesitaba esforzarse. El sábado a la mañana me desperté con ánimo y vitalidad. El domingo estuve igual, pero el lunes al abrir los ojos tenía una melancolía tan profunda que me costó un esfuerzo tremendo levantarme y llegar, penosamente, paso a paso, hasta la ducha. El martes fuimos en tren a Fondi; atravesamos en taxi las montañas hasta Sperlonga, donde teníamos amigos. Fueron dos días buenos, pero la *bête noire* cayó sobre mí al tercer día, así que abordamos en Formia el tren a Nápoles. En Nápoles pasé cuatro días buenos. ¿La *bête noire* me había perdido el rastro o simplemente me dejaba estar, con la parsimonia del asesino veterano? El quinto día en Nápoles fue aplastante así que tomamos el tren de regreso a Roma. Volví a pasar tres días buenos, pero el cuarto desperté temiendo por mi vida y salí a dar un paseo, arrastrando los pies. En una calle ancha y sinuosa, cuyo nombre no recuerdo, vi venir hacía mí un grupo de policías en moto. Se movían con tal lentitud que a cada momento tenían que apoyar un pie en el pavimento para mantener el equilibrio. Detrás venían centenares de hombres y mujeres con carteles que decían PACE, SPERANZA y AMORE. Era una marcha en homenaje al delegado comunista Mazzacone, a quien habían matado a tiros en la bañera. Sólo sabía de él lo que había dicho *L'Unità*: que era un santo. No conocía sus opiniones, ni había leído ninguno de sus discursos, pero me puse a llorar. No era cuestión de secarme las lágrimas. Corrían como un torrente por mi rostro y mi camisa mojada. Me incorporé a la marcha, y apenas comencé a caminar entre ellos sentí que se disipaba el *cafard*. Varios delegados con brazaletes custodiaban la marcha. Se nos dijo que no habláramos, así que recorrimos Roma al solo son de nuestros zapatos contra el pavimento, y a causa de nuestro número, y de que muchos de esos zapatos estaban gastados, el sonido era profundo, extraño, orgánico, una suerte de suspiro que quien estuviera de espaldas podía confundir con el mar.

Atravesamos la Venezia en dirección al Coliseo. Caminamos con orgullo, hombres, mujeres y niños, a pesar de que arrastrábamos los pies. Ese pesar que, en mi caso, compartía accidentalmente, me hablaba de lo poco que teníamos en común. A

lo largo de tres cuerdas sentí el más intenso amor por esos desconocidos que me rodeaban. Hubo un homenaje en el Coliseo, no tan conmovedor como la marcha, pero cuando llegué al hotel seguía sintiéndome bien.

Poco después volvimos a Nueva York. El verano siguiente estaba sentado solo en una playa (ya había visto la fotografía en esa revista odontológica) y decidí, tal como se tensa el hilo de un barrilete al viento, que el plan de mi vieja y absurda madre de crucificar a un hombre era un buen plan, y que iba a instalarme en Bullet Park y asesinar a Nailles. Tiempo después resolví que Tony fuera mi víctima.

Tercera parte

Nailles invitó a Hammer a pescar. Las cosas se dieron así:

Nailles integraba el Departamento de Bomberos Voluntarios, era el responsable de conducir una de las viejas autobombas LaFrance rojas. Lanzarse a toda velocidad por las colinas y valles de Bullet Park bien entrada la noche, tocando la campana, sonando la sirena, le parecía el punto culminante de su fascinante vida. ¡Enjuagues bucales, motosierras, autobombas! En esos momentos el pueblo parecía suspendido a la luz de las estrellas y las únicas luces encendidas titilaban en los baños. Era su hora más gloriosa.

Los bomberos voluntarios se reunían a cenar el primer jueves de cada mes, y Nailles era siempre de la partida. Esos días estacionaban las autobombas fuera del edificio, barrían y lavaban el garaje, e instalaban allí mesas cubiertas con sábanas, así como una barra para las ensaladas y las bebidas. Cuando Nailles llegó, dos aprendices de bombero lavaban los vasos y Charlie Maddux, autodesignado cocinero del destacamento, asaba una pierna de cordero en una cocina de gas en el fondo. Charlie vendía autos usados y pesaba casi ciento cuarenta kilos. Nada le gustaba más en la vida que comprar comida, cocinarla y comérsela, y soñaba todas las noches con cortes especiales de res y baldes de mariscos. Previsiblemente, su esposa era una bolsa de huesos que vivía a dieta perpetua. Ser cocinero de los bomberos le daba a Charlie una vitalidad que ni su esposa ni los autos usados podían igualar. Durante aquellas horas revolvía, condimentaba, cataba, trozaba y servía la comida totalmente absorto en su trabajo y, como la mayoría de los cocineros aficionados, era incurablemente prematuro: siempre tenía lista la comida antes de que todo lo demás estuviese listo. Nailles subió al primer piso, donde estaba la sala de reuniones.

El cuerpo de bomberos tenía treinta miembros y esa noche se habían reunido alrededor de veinte. Parte de la atmósfera de cofradía se debía a que ellos mismos habían hecho habitable aquel galpón. Robándoles horas a los fines de semana, habían instalado el piso vinílico, pintado las paredes, tendido el cableado de luz. Naturalmente, se sentían orgullosos de su labor. Y, naturalmente, aquellas reuniones eran sólo para hombres. Exceptuando el vestuario del *country club*, aquél era el último enclave exclusivamente masculino que quedaba en el pueblo, y ya habían empezado los cuestionamientos. Varias integrantes de las Damas Auxiliares pretendían asistir a la reunión mensual, aunque sólo fuera para encargarse del bufé. Veían a Charlie Maddux como un usurpador, cuyos gastos de cocina seguramente eran escandalosos. La ofensiva había sido exitosamente reprimida, pero el asedio a la exclusividad del lugar había conferido a aquellas reuniones un clima conspirativamente solemne, comparable a los ritos de iniciación masculina en las tribus primitivas. Todo era ceremonioso. El jefe daba por iniciada cada sesión con un

martillo de juez, el secretario desplegaba una bandera norteamericana de impoluta seda con bordados en oro, se leían las actas de la sesión anterior para su aprobación, y el tesorero informaba que había ochenta y tres dólares y catorce centavos en caja. Todo con una solemnidad que no se condecía con la menudencia de aquellos hechos y cifras. Después tenía lugar un grave debate durante el cual podía cuestionarse, por ejemplo, el comportamiento de aquellos miembros del departamento encargados de lavar las autobombas esa semana, que terminaban bebiendo cerveza en lugar de cumplir con su obligación. Quien pusiera un toque de humor habría profanado la seriedad de aquel rito.

—Tenemos una nueva solicitud de ingreso —dijo ese jueves el secretario—: el señor Paul Hammer. ¿Puede el aspirante abandonar la sala mientras discutimos su solicitud?

Nailles se volvió y vio a Hammer en la última fila.

Hammer se puso de pie y se retiró.

—El señor Hammer vive en Powder Hill —dijo el secretario—, y parece la clase de persona que armonizaría bien con el grupo, pero cuando le pedimos sus antecedentes dijo que había sido miembro de los bomberos voluntarios de Ashburnham, un pueblo que queda en las afueras de Cleveland. Escribimos pidiendo confirmación de sus antecedentes y nos vino la carta de vuelta. No hay bomberos voluntarios en Ashburnham. Jamás los hubo. No me gusta acusar a nadie de mentiroso, pero tampoco queremos un impostor vistiendo el uniforme, ¿verdad?

—¿Cómo sabemos que no hay bomberos voluntarios en Ashburnham? —preguntó Nailles.

—Porque nos devolvieron la carta.

—Pudo ser un error del correo. ¿Por qué no podemos aceptarlo, aunque sea a prueba? Nos falta gente, y aunque no tenga experiencia, siempre puede ayudar a lavar las autobombas.

—¿Desea presentar su propuesta como moción?

—Sí. Propongo que Paul Hammer sea aceptado como miembro del Departamento de Bomberos Voluntarios de Bullet Park.

—Moción aprobada —dijo el jefe del destacamento.

—Quienes estén de acuerdo digan sí —dijo el secretario.

—Sí.

—Quienes estén en desacuerdo digan no.

—La comida está lista hace veinte minutos —gritó Charlie Maddux desde la escalera—. Si no mueven el trasero y bajan ya, se echará a perder. No me importa cocinar, pero no me gusta que desprecien mi comida.

La asamblea se suspendió y Eliot se acercó a Hammer, que esperaba en la barra, y le preguntó si pescaba. Lo hizo sólo por camaradería. Hammer contestó que sí.

—Hay un arroyo pasando Venable al que a veces voy a pescar los sábados a la mañana —dijo Eliot—. Si quieres, puedo pasarte a buscar a eso de las ocho. En esta época del año hay que usar carnada.

El sábado a la mañana Eliot, con Tessie en el asiento trasero, recogió a Hammer y enfilaron al norte por la ruta 61. Era una autopista nueva, y parecía de las más inhumanas que habían construido. Había cambiado tan drásticamente el paisaje como un episodio sísmico, desfigurándolo hasta dejarlo más escarpado que Montana. En sus distintos tramos morían no menos de cincuenta personas por año. Los sábados por la mañana, la mezcla de vehículos particulares y de carga era dantesca. Había camiones enormes como plataformas de asfalto de los tiempos bárbaros, que bajaban las colinas rugiendo y subían las pendientes a paso de hombre. El mero hecho de pasarlos convertía el viaje en una incursión de guerra. Nailles recordaba los caminos de su juventud, cómo se adaptaban a las ondulaciones del paisaje, la frescura al bajar por un valle, el calor creciente al subir una colina. Se podía medir las distancias con el olfato. Incluso antes de que apareciera un criadero de ganado con sus pasturas, o el mar, se lo podía oler en el aire. El aroma de pinos en los caminos de montaña. Los mojones reconocibles —granjas abandonadas, una torre de piedra, una laguna—, los rostros de niños o ancianos, gatos o macetas de cactus, vistos al pasar en las ventanas de las casas junto al camino. Recordó aquel paisaje tan humanamente íntimo y grato, comparado con ese páramo de asfalto rugiente por el cual se abría paso entre los bárbaros.

En Venable salieron de la autopista, compraron carnada y se internaron a pie por el bosque. Debían caminar cerca de tres kilómetros. Tessie los seguía cojeando pero disimulando el esfuerzo. Cuando bajaban al valle oyeron el murmullo del arroyo, como una risa alegre y desprejuiciada de ninfas tontas resonando en el sombrío bosque primaveral. El arroyo era poco profundo —tal vez eso explicaba lo cantarín de aquella risa—, así que remontaron su curso hasta encontrar una olla.

—Yo seguiré un poco más allá —dijo Nailles—. ¿Por qué no nos reunimos aquí a las once? Quiero llegar a almorzar en casa. —Y se alejó con Tessie.

Cuando se encontraron a las once, Nailles había pescado dos truchas y Hammer ninguna. Ambos tenían su petaca de whisky y se sentaron a beber un trago en la orilla, acompañados de la risa cantarina del arroyo. Los dos parecían tener la misma altura, el mismo peso y la misma edad; hasta parecían tener el mismo número de calzado. Nailles tenía el cabello oscuro, con un mechón que le caía sobre la frente y que él se echaba atrás con los dedos. Su padre le había criticado ese gesto; quizá por esa razón lo había conservado, como signo de rebeldía e independencia. Hammer, en cambio, tenía el pelo castaño y muy corto. El rostro de Nailles era más amplio y más franco. El de Hammer era afilado, y tendía a tocárselo como si tanteara entre sus rasgos algo que había perdido. Tenía una risa breve y seca, tres sonidos explosivos, y

cada tanto movía nerviosamente la cabeza, apretando los dientes y acomodando los hombros como si en su mente se sucedieran como espasmos los dilemas y las resoluciones. Debo fumar menos (crispación de dientes). La vida puede ser bella (contracción de hombros). Por qué me interpretan mal tan a menudo (rotación del mentón).

La amistad era para Nailles casi tan importante como el amor, si bien no había muchas semejanzas entre una cosa y la otra. El amor, con su parafernalia de sexualidad, absolutismo e intransigencia, era más fácil de reconocer que la amistad, que parecía carecer de ese tipo de ebulliciones (excepto la competitividad). Nailles había tenido muchos amigos y, hasta donde llegaba su memoria, la mayoría habían sido camaradas o cómplices, fuese de esquí, de pesca, de naipes o de copas. Se sentía profundamente satisfecho en compañía de sus amigos —entre los cuales ahora incluiría a Hammer—, pero era una satisfacción sin el menor componente de intransigencia, absolutismo o sexualidad. Recordaba de su niñez chicos que eran celosos y posesivos, pero sinceramente él no había experimentado nunca esos sentimientos con sus amigos. En los clubes a los que iba en la adolescencia había una pugna callada y rudimentaria por la popularidad, pero Nailles nunca había participado muy activamente. No por insensibilidad. Bajar una montaña esquiando en compañía de un amigo era dicha pura para Nailles, pero esa felicidad se resistía a todo análisis. Le daba una enorme alegría encontrarse con un viejo amigo, pero no sentía pena cuando se separaban. Sus amigos cumplían una función práctica en su vida y carecían de toda importancia en sus añoranzas. Cuando se iban, nunca les escribía —apenas los recordaba—, pero su felicidad cuando volvía a verlos era tan absoluta como genuina. Se trataba de un afecto despojado de todos los componentes que permiten identificar a un afecto. Así de feliz se sentía Nailles bebiendo whisky en el bosque con Hammer.

Mientras tanto, Hammer había llegado a un punto en que no le parecía en absoluto monstruoso el plan de asesinar a su compañero de excursión. Mientras miraba a su víctima, procedió a eliminar de su acusación todos los agraviantes clichés que podían justificarla. Por ejemplo, que Nailles fuese el responsable de introducir el Spang en el mercado, o que tuviese alguna influencia en aquella repugnante campaña publicitaria (*Si usted se avergonzara de su ropa, ¿no se cambiaría? Si se avergonzara de su casa, ¿no la reformaría? Si se avergonzara de su automóvil, ¿no 10 reemplazaría? En ese caso, ¿por qué avergonzarse de su aliento si con Spang puede tener hasta seis horas de aroma incomparable?*). Era infantil echarle la culpa por esa clase de cosas, pensó Hammer. Formaban parte del paradigma nacional de los últimos veinticinco años y no había la menor señal de que algo fuera a cambiar. Hammer anhelaba un cambio, alguna novedad, pero quería que sus anhelos fueran maduros. ¿Por qué despreciar a Nailles por el fatuo orgullo con que exhibía ese encendedor de

oro que acababa de sacar del bolsillo? La economía de su país era francamente capitalista, ¿quién, salvo una criatura, podía deprimirse porque el excluyente fetiche colectivo fuese el oro? Las mujeres que soñaban con un tapado de piel tenían más sentido común que aquellas que soñaban con el cielo. La especie humana era tan aterradora como singular, y el hábitat natural de la especie humana era el caos. Para Hammer, era un error considerar hipócritas las creencias religiosas de Nailles. Podían ser difusas y ridículamente sentimentales, pero si la Iglesia de Cristo era el único lugar de Bullet Park en el que se rendía culto al misterio, y la vida de Nailles tenía tanto misterio (los muslos de Nellie, el amor por su hijo), nada había de hipócrita en el hecho de que se pusiera de rodillas en el templo una vez por semana. Hammer sabía que había elegido a su víctima por otros motivos. Precisamente por su ejemplaridad.

—¿Puede ser que haya visto a tu hijo estacionando autos en casa de los Brown? —preguntó.

—Sí —dijo Nailles, riendo—. Se encarga de acomodar los coches de los invitados en las fiestas del vecindario. Estuvo muy enfermo.

—¿Qué le ha pasó?

—Mononucleosis.

—¿Quién lo atendía?

—Pues... Mullin, hasta que le quitaron la licencia. Y después fuimos al viejo Feigart, pero a decir verdad ninguno de los dos curó a Tony. Fue muy extraño. Llevaba en cama más de un mes cuando alguien nos habló de un sanador que se hace llamar Swami Rutuola. Vive encima de la funeraria de Peyton. El tipo vino una noche a casa, y no sé qué hizo pero logró que Tony se curara.

—¿Es un santón?

—En realidad, no lo sé. No sé nada de él. Ni siquiera sé qué hizo exactamente. No nos permitió entrar en el cuarto. Pero curó a Tony. Ahora derrocha salud. Va a la escuela, juega al básquet y se encarga de los coches de los invitados en las fiestas del vecindario. A propósito, hazme acordar que le avise que los Lewellen dan una fiesta el viernes. Bueno, ¿nos vamos?

Volvieron a cruzar el bosque, el verdugo y su víctima, seguidos por la vieja setter. Nailles depositó su equipo de pesca en el baúl del auto, y después abrió una de las puertas traseras para que entrara Tessie.

—Salta, muchacha —dijo. La perra gimió. Después intentó llegar de un salto al asiento, pero fracasó—. Mi pobre anciana —dijo Nailles. La alzó con toda naturalidad, a pesar de que el animal agitaba las patas traseras, y la depositó sobre el asiento trasero del coche.

—¿Por qué no haces algo por ella? —preguntó Hammer.

—Hice todo lo posible, o casi —dijo Nailles—. Podría aplicarle inyecciones, un

destilado de novocaína. Prolongarían su vida, pero cuesta quince dólares cada inyección y hay que darle dos por semana.

—No me refería a eso —dijo Hammer.

—¿Qué querías decir?

—¿Por qué no la matas de un tiro?

La inesperada crueldad de su nuevo amigo, la despiadada indiferencia necesaria para concebir siquiera la idea de matar a una vieja perra tan bondadosa e indefensa, provocó en Nailles una ira tan asfixiante y abrumadora que por un instante sintió que iba a matar a Hammer. Pero no hizo nada, y volvieron en silencio hasta Bullet Park.

¿Alguna vez cometieron un asesinato? ¿Alguna vez saborearon la sublime rectitud que siente el homicida? Los hombres de escrúpulos viven como ciudadanos de una nación fronteriza y lluviosa, familiarizados con una docena de himnos nacionales, con sus pasaportes rebosantes de visas, pero incapaces de amor y fidelidad hasta que violan la ley. ¿Alguna vez despertaron una mañana de verano sabiendo que ése es el día en que matarán a un hombre? El esplendor de la mañana no tiene igual. Dirijan los ojos en cualquier dirección en busca de un defecto, y verán que no hay ninguno. La sombra de cada brizna de hierba es sencillamente perfecta. Ese día Hammer cortó el césped de su casa. El simulacro era conmovedor. Miren al señor Hammer cortando el césped. Qué buen hombre debe de ser el señor Hammer.

Marietta había ido a pasar el fin de semana a Blenville. Hammer trabajó hasta el mediodía en su jardín y fue a servirse una copa. Después subió a su auto y se dirigió al supermercado y compró un tubo de gas paralizante y una cachiporra, en el sector de artículos de autodefensa. Todo estaba listo, todo salvo la nafta. Agitó el bidón con el que había cargado la cortadora de césped. Estaba vacío. Lo llevó a llenar y después se sentó en su jardín. A las tres vio la furgoneta del cartero. Frenaba delante de los buzones que había en cada entrada. No hubo correspondencia para Hammer. De todas las casas excepto la suya salió alguien a vaciar el buzón: una cocinera, una suegra, un inválido que abrió el suyo de un modo furtivo, casi sexual, como si estuviera desabrochándose los pantalones. Todos ellos retiraron aquellos eslabones que los unían con el tempestuoso mundo —facturas, cartas de amor, invitaciones— y regresaron a sus casas. No había una sola nube en el cielo. A Hammer le pareció que los pájaros en los árboles entonaban la lista de invitados a una fiesta o los nombres de los socios de una firma legal. *Tichnor, Cabot, Ewing, Trilling y Swope*, parecía que cantaban. Entró en la cocina, pasó delante de la barra y sonrió a las botellas. Lo hizo tres veces; en la cuarta se sirvió un buen trago. No bebía para juntar coraje sino para intensificar el éxtasis de lo ilícito. Bebió demasiado. Hammer no era la clase de bebedor que va tambaleándose hasta su coche y conduce peligrosamente; pero la excitación de su mente era arrebatadora. Entrada la tarde sintió que necesitaba hablarle a alguien de su plan. Necesitaba un confidente.

Se decidió por el santón que vivía encima de la funeraria. Lo eligió con tal convicción como si ya lo tuviese decidido de antes, inconscientemente. Fue en su auto hasta el barrio de los pobres y llamó a la puerta del Templo de la Luz.

—Adelante —dijo Rutuola. Estaba sentado en una silla, y se cubría el ojo muerto con la mano derecha.

—¿Usted es el santón? —preguntó Hammer.

—De ninguna manera. Nunca dije que lo fuera. Debe disculparme. Esta tarde

estoy muy cansado.

—¿Cura a los enfermos?

—A veces. Los ayudo con plegarias, pero esta noche estoy tan cansado que no puedo ni ayudarme a mí mismo. Me he repetido cien veces que estoy sentado en una casa a orillas del mar a las cuatro de la tarde y que está lloviendo, pero sé que son las seis y media y estoy sentado en una silla vieja encima de una funeraria.

—¿Recuerda a Tony Nailles?

—Sí.

—Voy a matarlo —dijo Hammer—. Voy a prenderle fuego sobre el altar de la Iglesia de Cristo.

—Salga de aquí —dijo el swami—. Salga del Templo de la Luz.

Los invitados de los Lewellen habían sido citados para las siete y media. Tommy Lewellen estaba en pie en su porche. Su idea de una fiesta era aquel día que se prolongó toda la noche en Berlín Occidental con tres prostitutas que recogió en la Kurfürstendamm. Eso era una fiesta. Las cosas eran diferentes en Bullet Park, pensó mientras miraba cómo los camareros preparaban las mesas para cincuenta invitados, bajo una carpa iluminada con linternas de papel. «La Amalgamated Development Corporation y el señor y la señora Lewellen tiene el agrado de invitar a...» El nombre de la empresa figuraba en la invitación para que Lewellen pudiese declarar los gastos de la fiesta como exención impositiva. Si Rentas aceptara su declaración, la fiesta no sólo no le costaría nada sino que además embolsaría unos cientos de dólares. Lewellen estaba mucho más interesado en las posibilidades financieras que le ofrecían aquellos eventos, que en disfrutar las fiestas que organizaba su esposa. Se aburría tanto en esas veladas que parecía estar haciendo mentalmente su declaración jurada en esos momentos, usando como ábacos a los invitados que circulaban en torno de él. ¿Qué tenían de malo la conversación amistosa y los canapés y la música de fondo y la elegancia con que venían vestidos todos sus vecinos? Nada, nada, absolutamente nada, excepto que le resultaba ofensiva toda aquella insipidez. Nadie se emborrachaba, nadie se peleaba, nadie fornicaba con nadie, nadie tenía nada que celebrar o conmemorar. Si algo esperaba él de esas veladas, era que alguna vez desbarrancasen en el desenfreno y el libertinaje. Tantas sonrisas y conversación trivial, pensó, terminarían obligando a alguno a aparecerse con las bolas al aire delante de los invitados. Un poco de indecencia y grosería podrían quebrar la monotonía y vincularlos vigorosamente con la muerte. Los camareros estaban colocando los floreros. Las flores parecían bastante frescas, pero Lewellen sospechó que venían de pasar la tarde en una boda, y que después de una noche en la cámara frigorífica seguirían marchitándose invisiblemente en algún banquete para reunir fondos en Greenwich, Connecticut.

La dinámica del cambio era casi desconocida para Lewellen. Que la escena que comenzaría poco después fuese totalmente inocente de esa dinámica la convertía en menos que una escena: en la mitad inconclusa de algo, en una página arrancada de una revista y adherida a la superficie del cielo, y acaso había algo más miserablemente aburrido que el cielo —pensó Lewellen—, esa cúpula de azul uniforme, apenas alterada por unas nubes de tormenta que se alzaban al oeste como un desvencijado inquilinato del West Side, última morada de pestilentes viudas húngaras que dejaban sus platos sucios en el pasillo. ¡Qué tedio era el cielo! Sonó un trueno. El vibrato del trueno, he ahí algo que le gustaba, pensó Lewellen: era como el estremecimiento que producía un buen orgasmo.

Alcanzó a ver, en el resplandor posterior, cómo avanzaban las nubes negras desde el oeste, o quizás estaban incendiando algo en el gueto y no eran nubes sino una humareda. Pero el viento venía del sur; si estuviesen disparando se oirían los disparos, desde donde estaba él.

Tony Nailles, que se encargaría de acomodar los autos de los invitados, se acercó por el jardín con una linterna en la mano.

—Hola, Tony —dijo Lewellen—. ¿Quieres una copa?

—Una cerveza estaría bien —dijo Tony.

—No hay cerveza —dijo Lewellen—, ¿por qué no te sirves un gin-tonic? — Mientras Tony se acercaba a una de las dos barras de bebidas, un coche entró en la residencia de los Lewellen y estacionó en un costado de la casa. Eran los Wickwire. Como siempre, venían impecablemente vestidos y exhibiendo su encanto incandescente, pero él llevaba anteojos oscuros y, debajo de ellos, se alcanzaba a ver que tenía un parche de tela adhesiva sobre un ojo.

—Qué idea formidable la de la carpa —exclamó ella. Venía en silla de ruedas.

Al entrar en el baño, Nailles encontró desnuda a Nellie y la abrazó.

—Si vamos a hacerlo, que sea antes de bañarme —dijo ella.

Lo hicieron. Después, Nellie se fue a la ducha y Nailles se levantó para vestirse. Nellie le había dejado el traje y una camisa limpia sobre el sillón junto a la cama. De pie, desnudo delante de su vestuario, Nailles sintió una intensa resistencia a vestirse. Después de su experiencia con los trenes, había aprendido algo acerca de las misteriosas polaridades que batallaban en su interior, y ahora se preguntó si esa renuencia a vestirse no acabaría convirtiéndose en otra fobia. ¿Pasaría el resto de su vida caminando desnudo por el dormitorio mientras la pobre Nellie trataba de disimular el bochorno ante sus amistades y el resto del mundo? Nailles no apreciaba especialmente su desnudez, pero detestaba su traje. Tendido sobre aquel sillón, parecía la encarnación misma de una rectitud repulsivamente ajena a su naturaleza. ¿Quería ir a la fiesta con una hoja de parra, un taparrabos, o qué? Lo que fuera, pero

no en ese traje.

Nailles pensó en su madre. La había visitado el martes por la noche. «¿Te sientes mejor, mamá?», le había preguntado. «¿Quieres que Tony venga a verte? ¿Puedo traerte algo?» Ella llevaba un mes sin contestarle. Pero en ese momento, desde un recodo de su mente más profundo que el recuerdo, la oyó cantar:

*La niña cantaba bajo la higuera,
cantemos todos como canta el sauce,
la mano en el pecho, alto el mentón,
cantemos como el sauce, hagámoslo.*

Ya vestido, Nailles buscó su billetera. Debía de estar en el bolsillo del traje que había usado esa tarde. Metió la mano pero estaba vacío. El bolsillo vacío le pareció un raro portento, como si Nailles hubiese formulado ciertas preguntas definitorias acerca del dolor y la muerte y ésa hubiese sido toda la respuesta, ese hueco vacío.

—Entré en casa —dijo en voz alta—, me preparé una copa, y después subí y me desvestí y me duché, así que debe estar aquí, en alguna parte.

Seguramente la había dejado sobre la cómoda, o la mesa de luz, o el tocador de Nellie, o en el armario, o sobre la cama. De modo que recorrió todas las superficies planas del dormitorio en las cuales pudiese haber apoyado su billetera, pero no estaba por ninguna parte. En alguna de las otras habitaciones, entonces. No recordaba haber entrado en ninguna de ellas esa tarde, pero igual hizo su recorrida. En vano. Oyó los tacos de Nellie por el pasillo.

—Perdí la billetera —dijo.

—Oh, querido —dijo Nellie. Sabía que él no necesitaría la billetera esa noche, pero también sabía que se negaría a salir hasta haberla encontrado. La pérdida de ciertos objetos era para ambos todo un tema, como si sus vidas dependieran de ciertos talismanes.

—Entré en casa —insistía Nailles—, me preparé una copa y después subí y me desvestí y me duché, de modo que debe estar aquí, en alguna parte.

Durante media hora revisaron el piso de arriba y el de abajo, entraron y salieron del living, abrieron cajones que no abrían nunca, espionaron debajo de los sillones, revolvieron las pilas de diarios y revistas, deslizaron la mano bajo los almohadones. Quien les viera las caras habría pensado que habían perdido el santo grial. ¿Por qué Nailles no podía ir a la fiesta sin su billetera? Porque no podía.

—Entré en casa —se repitió por enésima vez—, me preparé una copa, después subí y me desvestí y me duché...

—Aquí está —exclamó Nellie, con la prístina voz de un ángel, libre de toda atadura mortal—, estaba sobre la barra, debajo de los papeles que trajiste de la

oficina. Seguro que la dejaste aquí cuando te serviste la copa.

—Gracias, querida, gracias —dijo Nailles a su redentora.

Partieron a la fiesta. Sonó el trueno. El ruido recordó nuevamente a Nailles cómo había sido ser joven.

—Qué feliz fui ese verano en el Tirol, cuando escalé el Grand Kaiser y el Pengelstein —dijo—. Cuando hay tormenta tocan todas las campanas de las iglesias. Es impresionante. No sé por qué te digo esto. Debe de ser por los truenos.

Llegaron a la fiesta a las ocho menos cuarto. Diez minutos después, Hammer frenó su coche a la entrada de la residencia de los Lewellen. Estaba muy borracho y no se había cambiado de ropa. Tony se acercó con su linterna:

—Avance tranquilo. Hay espacio de sobra en el fondo.

El auto de Hammer no se movió.

—Por favor, avance —dijo—. Hay espacio al fondo.

—Tengo que irme temprano —dijo Hammer—. Pensé que, si estacionaba aquí, sería más fácil salir.

—No tema —dijo Tony—. Sólo esperamos treinta coches.

—Entonces sube que te llevo hasta la casa —dijo Hammer—, y después me estacionas el coche.

Apenas Tony entró en el auto, Hammer le echó gas paralizante en los ojos. Tony aulló de dolor y golpeó la cabeza contra la ventanilla. Hammer lo desmayó de un cachiporrazo y recorrió la corta distancia que lo separaba de la iglesia, donde la puerta estaba sin llave, para que entraran libremente los que necesitaran orar y meditar.

Tuvo suerte. Hasta apenas diez minutos antes, la señorita Templeton había estado arreglando las rosas en el altar. Hammer arrastró a Tony hacia el interior de la iglesia y después regresó a su auto en busca del bidón de nafta. Una vez dentro, trabó la puerta del atrio, única acceso a la iglesia si se exceptuaba la entrada lateral a la sacristía. A la luz de la lámpara del sagrario, la única iluminación que había en el recinto, acomodó a Tony sobre el altar. Después buscó el tablero de las luces y las encendió. Ya se disponía a derramar la nafta sobre el cuerpo exánime del muchacho cuando decidió fumar primero un cigarrillo. Estaba cansado y sin aliento. Le hizo gracia la manera en que el Cordero de Dios sostenía en su pezuña el estandarte de madera de la cristiandad. Entonces oyó un repiqueteo en la sacristía y creyó que le iba a estallar el corazón, hasta que comprendió que era solamente el ruido redoblante de la lluvia. Se había desatado la tormenta.

Cuando Rutuola bajó del taxi frente a la casa de los Lewellen, el jefe de camareros le impidió pasar.

—Si es una entrega —dijo—, tiene que ir por la cocina.

—Tengo que ver al señor Nailles —dijo el swami.

—No puede entrar por aquí.

—Señor Nailles, señor Nailles —gritó el swami—. Señor Nailles, venga inmediatamente, por favor.

Nailles, que en ese momento estaba frente a una de las barras, oyó que gritaban su nombre y salió de la carpa.

—Vaya a la Iglesia de Cristo —gritó Rutuola—. No me haga preguntas. Vaya ahora mismo a la Iglesia de Cristo.

El tono de voz del swami le hizo entender inequívocamente que Tony estaba en peligro. Sin embargo, Nailles no se apresuró hacia su coche ni se dejó llevar por la desesperación. Tenía los labios hinchados, pero los nervios insólitamente serenos. Los autos que salían de la estación —acababa de llegar el último tren de la ciudad— lo obligaron a aminorar la marcha, pero no intentó ninguna maniobra arriesgada para pasarlos. Cuando llegó a la iglesia, reconoció el auto de Hammer estacionado afuera. En cierto modo era lo que esperaba. Golpeó las puertas.

—¿Quién es? —preguntó Hammer.

—Nailles.

—No puedes entrar. He trabado todas las puertas.

—¿Qué estás haciendo, qué te propones?

—Voy a matar a Tony.

Nailles regresó a su auto. Un zumbido estridente y doloroso en los oídos parecía dictarle qué hacer. No sentía miedo ni vacilación. Fue directamente al garaje de su casa en Chestnut Lane, cargó la motosierra y regresó a la iglesia.

—¿Hammer, sigues ahí?

—Sí.

—¿Tony está bien?

—Por ahora sí, pero voy a matarlo en cuanto termine de fumar este cigarrillo.

Nailles apoyó el pie en la motosierra y tiró con fuerza del cordón de arranque. El motor emitió un sonido entrecortado y luego arrancó. Las puertas de la iglesia estaban hechas de paneles, pero los intersticios eran de madera delgada, y la sierra los perforó sin dificultad. Nailles trabajó con febril ahínco y, cuando cargó con el hombro contra la puerta, ésta cedió con facilidad.

Hammer estaba acurrucado en la primera fila de bancos, llorando. A su lado yacía el bidón de nafta. Nailles alzó a su hijo del altar y lo llevó en brazos afuera. Diluviaba. El agua que caía sofocaba la luz de los faroles y tenía tal intensidad que arrancaba las hojas de los árboles. El aire olía a cloaca. La lluvia en la cara hizo despertar a Tony.

—Papá —murmuró, aún en brazos de Nailles—, ¿quién era ese hombre? ¿Qué quería?

—¿Estás herido? ¿Quiero decir, gravemente herido? ¿Quieres que te lleve al

hospital?

—No, estoy bien. Me duele la cabeza y me arden los ojos, pero prefiero ir a casa.

Los diarios relataron el caso. «MOTOSIERRA FRUSTRADA EXTRAÑO INTENTO DE HOMICIDIO. Eliot Nailles, de Chestnut Lane, Bullet Park, NY, derribó con una motosierra la puerta de la Iglesia de Cristo, ayer por la noche, y logró salvar la vida de su hijo, Anthony. Paul Hammer, también residente de Bullet Park, confesó que se proponía asesinar al joven y fue remitido por la policía al sector de Criminales Insanos del Neuropsiquiátrico Estatal. Hammer confesó que había secuestrado al joven en una fiesta ofrecida por el señor y la señora Lewellen, de Marlborough Circle, y que se lo llevó a la iglesia con el propósito de inmolarlo sobre el altar. Según declaró a la policía, quería que el mundo abriera los ojos».

El lunes Tony regresó a la escuela, Nailles partió —drogado— a trabajar, y todo fue tan maravilloso, maravilloso, maravilloso como había sido antes.



John Cheever (1912-1982) es uno de los mejores escritores norteamericanos del siglo xx. Durante los años de su juventud fue un colaborador clave de la famosa revista *The New Yorker*, donde publicó muchos de sus cuentos. Atormentado por el alcoholismo y la depresión durante largos períodos de su vida consiguió, sin embargo, producir una de las obras más originales y sólidas de la narrativa contemporánea. Se lo considera el cronista más sensible e insidioso de la clase media estadounidense de los años cincuenta, al retratar con humor sutil las siempre difíciles relaciones familiares y la decadente vida en las zonas residenciales. Entre sus novelas se destacan *La familia Wapshot* (1964), *Bullet Park* (1969), *La geometría del amor* (compilación de Rodrigo Fresán, 1978), *Diarios* (Emecé 2004) o *Cuentos y relatos*, compilación que permaneció en las listas de libros más vendidos durante seis meses en su país natal. En 1979 recibió el Premio Pulitzer.

Notas

[1] *Hazzard*: en inglés, «azar». (N. del T.) <<

[2] *Wickwire*: en inglés, «cable pelado». (N. del T.) <<

[3] *Hammer*: en inglés, «martillo». *Nail*: en inglés, «clavo». (*N. del T.*) <<

[4] En alemán, *Glockenspiel*, carillón y *Rathaus*, ayuntamiento. (N. del Ed.) <<

[5] *Hoe*: en inglés, «cavar una zanja». (N. del T.) <<

[6] *Hubbub*: en inglés, «griterío, estridencia». (N. del T.) <<

[7] *Crutch*: en inglés, «muleta». (N. del T.) <<

[8] *Pile*: en inglés, «hemorroide». (N. del T.) <<

[9] *Sprat*: en inglés, «arenque o sardina pequeña». (N. del T.) <<

[10] Referencia al cuarteto de cuerda de Beethoven, op. 59/1, el primero de los dedicados por el compositor al príncipe Andréi Razumovsky, embajador ruso ante la corte de Viena (*N. del Ed.*) <<

[11] *Bellevue*: Neuropsiquiátrico estatal de Nueva York. (N. del T.) <<

[12] *Weinstock*: «cepa» en alemán; *Winestock* «bodega» en inglés. (N. del T.) <<

[13] *Shit*: en inglés, «mierda». (*N. del T.*) <<